

CUARESMA-PASCUA

2014



UNA NUEVA ETAPA

CUARESMA-PASCUA 2014

Escribe: Tomás García Torres

BLOG: www.tomasgt2.blogspot.com

E MAIL: padretomasgarcia@hotmail.es

© Tomás García Torres 2014

Con licencia Eclesiástica



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2014

“Se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (cfr. 2 Cor 8, 9)

Queridos hermanos y hermanas:

1.- Con ocasión de la Cuaresma os propongo algunas reflexiones, a fin de que os sirvan para el camino personal y comunitario de conversión. Comienzo recordando las palabras de san Pablo: «Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8, 9). El Apóstol se dirige a los cristianos de Corinto para alentarlos a ser generosos y ayudar a los fieles de Jerusalén que pasan necesidad. ¿Qué nos dicen, a los cristianos de hoy, estas palabras de san Pablo? ¿Qué nos dice hoy, a nosotros, la invitación a la pobreza, a una vida pobre en sentido evangélico?

La gracia de Cristo

2.-Ante todo, nos dicen cuál es el estilo de Dios. Dios no se revela mediante el poder y la riqueza del mundo, sino mediante la debilidad y la pobreza: «*Siendo rico, se hizo pobre por vosotros...*». Cristo, el Hijo eterno de Dios, igual al Padre en poder y gloria, se hizo pobre; descendió en medio de nosotros, se acercó a cada uno de nosotros; se desnudó, se “vació”, para ser en todo semejante a nosotros (cfr. *Flp 2, 7; Heb 4, 15*). ¡Qué gran misterio la encarnación de Dios! La razón de todo esto es el amor divino, un amor que es gracia, generosidad, deseo de proximidad, y que no duda en darse y sacrificarse por las criaturas a las que ama. La caridad, el amor es compartir en todo la suerte del amado. El amor nos hace semejantes, crea igualdad, derriba los muros y las distancias. Y Dios hizo esto con nosotros. Jesús, en efecto, «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. [Gaudium et spes](#), 22).

3.-La finalidad de Jesús al hacerse pobre no es la pobreza en sí misma, sino —dice san Pablo— «...*para enriqueceros con su pobreza*». No se trata de un juego de palabras ni de una expresión para causar sensación. Al contrario, es una síntesis de la lógica de Dios, la lógica del amor, la lógica de la Encarnación y la Cruz. Dios no hizo caer sobre nosotros la salvación desde lo alto, como la limosna de quien da parte de lo que para él es superfluo con aparente piedad filantrópica. ¡El amor de Cristo no es esto! Cuando Jesús entra en las aguas del Jordán y se hace bautizar por Juan el Bautista, no lo hace porque necesita penitencia, conversión; lo hace para estar en medio de la gente, necesitada de perdón, entre nosotros, pecadores, y cargar con el peso de nuestros pecados. Este es el camino que ha elegido para consolarnos, salvarnos, liberarnos de nuestra miseria. Nos sorprende que el Apóstol diga que fuimos liberados no por

medio de la riqueza de Cristo, sino *por medio de su pobreza*. Y, sin embargo, san Pablo conoce bien la «riqueza insondable de Cristo» (*Ef* 3, 8), «heredero de todo» (*Heb* 1, 2).

4.- ¿Qué es, pues, esta pobreza con la que Jesús nos libera y nos enriquece? Es precisamente su modo de amarnos, de estar cerca de nosotros, como el buen samaritano que se acerca a ese hombre que todos habían abandonado medio muerto al borde del camino (cfr. *Lc* 10, 25ss). Lo que nos da verdadera libertad, verdadera salvación y verdadera felicidad es su amor lleno de compasión, de ternura, que quiere compartir con nosotros. La pobreza de Cristo que nos enriquece consiste en el hecho que se hizo carne, cargó con nuestras debilidades y nuestros pecados, comunicándonos la misericordia infinita de Dios. La pobreza de Cristo es la mayor riqueza: la riqueza de Jesús es su confianza ilimitada en Dios Padre, es encomendarse a Él en todo momento, buscando siempre y solamente su voluntad y su gloria. Es rico como lo es un niño que se siente amado por sus padres y los ama, sin dudar ni un instante de su amor y su ternura. La riqueza de Jesús radica en el hecho de ser *el Hijo*, su relación única con el Padre es la prerrogativa soberana de este Mesías pobre. Cuando Jesús nos invita a tomar su “yugo llevadero”, nos invita a enriqueceremos con esta “rica pobreza” y “pobre riqueza” suyas, a compartir con Él su espíritu filial y fraterno, a convertirnos en hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano Primogénito (cfr *Rom* 8, 29).

5.- Se ha dicho que la única verdadera tristeza es no ser santos (L. Bloy); podríamos decir también que hay una única verdadera miseria: no vivir como hijos de Dios y hermanos de Cristo.

Nuestro testimonio

6.- Podríamos pensar que este “camino” de la pobreza fue el de Jesús, mientras que nosotros, que venimos después de Él, podemos

salvar el mundo con los medios humanos adecuados. No es así. En toda época y en todo lugar, Dios sigue salvando a los hombres y salvando el mundo *mediante la pobreza de Cristo*, el cual se hace pobre en los Sacramentos, en la Palabra y en su Iglesia, que es un pueblo de pobres. La riqueza de Dios no puede pasar a través de nuestra riqueza, sino siempre y solamente a través de nuestra pobreza, personal y comunitaria, animada por el Espíritu de Cristo.

7.- A imitación de nuestro Maestro, los cristianos estamos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a tocarlas, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas. La *miseria* no coincide con la *pobreza*; la miseria es la pobreza sin confianza, sin solidaridad, sin esperanza. Podemos distinguir tres tipos de miseria: la miseria material, la miseria moral y la miseria espiritual. La *miseria material* es la que habitualmente llamamos pobreza y toca a cuantos viven en una condición que no es digna de la persona humana: privados de sus derechos fundamentales y de los bienes de primera necesidad como la comida, el agua, las condiciones higiénicas, el trabajo, la posibilidad de desarrollo y de crecimiento cultural. Frente a esta miseria la Iglesia ofrece su servicio, su *diakonia*, para responder a las necesidades y curar estas heridas que desfiguran el rostro de la humanidad. En los pobres y en los últimos vemos el rostro de Cristo; amando y ayudando a los pobres amamos y servimos a Cristo. Nuestros esfuerzos se orientan asimismo a encontrar el modo de que cesen en el mundo las violaciones de la dignidad humana, las discriminaciones y los abusos, que, en tantos casos, son el origen de la miseria. Cuando el poder, el lujo y el dinero se convierten en ídolos, se anteponen a la exigencia de una distribución justa de las riquezas. Por tanto, es necesario que las conciencias se conviertan a la justicia, a la igualdad, a la sobriedad y al compartir.

8.- No es menos preocupante la *miseria moral*, que consiste en convertirse en esclavos del vicio y del pecado. ¡Cuántas familias viven angustiadas porque alguno de sus miembros —a menudo joven— tiene dependencia del alcohol, las drogas, el juego o la pornografía! ¡Cuántas personas han perdido el sentido de la vida, están privadas de perspectivas para el futuro y han perdido la esperanza! Y cuántas personas se ven obligadas a vivir esta miseria por condiciones sociales injustas, por falta de un trabajo, lo cual les priva de la dignidad que da llevar el pan a casa, por falta de igualdad respecto de los derechos a la educación y la salud. En estos casos la miseria moral bien podría llamarse casi suicidio incipiente. Esta forma de miseria, que también es causa de ruina económica, siempre va unida a la *miseria espiritual*, que nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor. Si consideramos que no necesitamos a Dios, que en Cristo nos tiende la mano, porque pensamos que nos bastamos a nosotros mismos, nos encaminamos por un camino de fracaso. Dios es el único que verdaderamente salva y libera.

9.- El Evangelio es el verdadero antídoto contra la miseria espiritual: en cada ambiente el cristiano está llamado a llevar el anuncio liberador de que existe el perdón del mal cometido, que Dios es más grande que nuestro pecado y nos ama gratuitamente, siempre, y que estamos hechos para la comunión y para la vida eterna. ¡El Señor nos invita a anunciar con gozo este mensaje de misericordia y de esperanza! Es hermoso experimentar la alegría de extender esta buena nueva, de compartir el tesoro que se nos ha confiado, para consolar los corazones afligidos y dar esperanza a tantos hermanos y hermanas sumidos en el vacío. Se trata de seguir e imitar a Jesús, que fue en busca de los pobres y los pecadores como el pastor con la oveja perdida, y lo hizo lleno de amor. Unidos a Él, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción humana.

10.- Queridos hermanos y hermanas, que este tiempo de Cuaresma encuentre a toda la Iglesia dispuesta y solícita a la hora de testimoniar a cuantos viven en la miseria material, moral y espiritual el mensaje evangélico, que se resume en el anuncio del amor del Padre misericordioso, listo para abrazar en Cristo a cada persona. Podremos hacerlo en la medida en que nos conformemos a Cristo, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza. La Cuaresma es un tiempo adecuado para despojarse; y nos hará bien preguntarnos de qué podemos privarnos a fin de ayudar y enriquecer a otros con nuestra pobreza. No olvidemos que la verdadera pobreza duele: no sería válido un despojo sin esta dimensión penitencial. Desconfío de la limosna que no cuesta y no duele.

11.- Que el Espíritu Santo, gracias al cual «[somos] como pobres, pero que enriquecena muchos; como necesitados, pero poseyéndolo todo» (2 Cor 6, 10), sostenga nuestros propósitos y fortalezca en nosotros la atención y la responsabilidad ante la miseria humana, para que seamos misericordiosos y agentes de misericordia. Con este deseo, aseguro mi oración por todos los creyentes. Que cada comunidad edesial recorra provechosamente el camino cuaresmal. Os pido que recéis por mí. Que el Señor os bendiga y la Virgen os guarde.

Vaticano, 26 de diciembre de 2013

Fiesta de San Esteban, diácono y protomártir

FRANCISCO



I PRESENTACIÓN

LA CUARESMA: TIEMPO DE CONVERSIÓN Y DE GRACIA.

Os anuncio, hermanas y hermanos, un tiempo favorable, un tiempo de Gracia y de Salvación.

Empezamos el tiempo santo de la Cuaresma, tiempo litúrgico fuerte, tiempo espiritual intenso, cuarenta días de camino hacia la Pascua de Cristo, nuestra Pascua.

Queremos, con la ayuda del Espíritu, que sea un tiempo de gracia. Un tiempo de conversión, es decir, de renovación, de rejuvenecimiento, de superación. Un tiempo para crecer, para ser, para amar.

Creer: en la fe, en la esperanza, en la caridad, en el conocimiento de Cristo, en el desarrollo de las propias capacidades y talentos.

Ser: en línea de autenticidad humana y cristiana. Ser más humanos quiere decir más libres, más responsables, más justos y solidarios. Ser más cristianos quiere decir ser más conscientes y consecuentes de lo que confesamos y creemos, estar más compenetrados con los criterios y actitudes de Jesucristo, identificamos con él.

Amar: porque éste es el verdadero camino para el crecimiento y la vivencia cristiana. Somos y creemos en la medida que amamos. Y amar significa compartir, servir, entregarse. Es un camino que nunca acabamos de recorrer.

Por eso no es un tiempo triste. Se trata de un tiempo gozoso. Tiempo de humanización y de divinización. Tiempo de libertad, de creatividad, de interioridad, de verdad, de crecimiento espiritual, de rejuvenecimiento.

Tiempo de cambio, de conversión que te plenifica como persona.

Es tiempo de salvación y de libertad.

Mirad, Dios no está en nuestra contra. Dios está de parte del hombre y quiere ejercer misericordia con los que reconocen, con valentía, su realidad más descuidada.

El Señor nos invita a salir de nosotros mismos y a recorrer un camino insospechado, como lo hizo Abrahán y todos los que, como él, han puesto su confianza en el Señor.

Un camino de cinco semanas, donde se nos invita a morir al hombre viejo, como el grano de trigo en la tierra, para resurgir en espigas de primavera en el tiempo santo de la Pascua, que en definitiva es hacia donde la Cuaresma nos conduce.

En la primera semana se nos invitará a caminar hacia un mundo nuevo.

Un mundo que se construye a golpes de amor y a golpes de gracia, un mundo nuevo que se construye intentando ser cada día más santos: “Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo”.

Esta primera semana nos centra en lo esencial; santidad y la vida como servicio a los hermanos.

En la segunda semana se nos invita a recorrer el camino de la misericordia.

Abrir los brazos a todos, acercarnos a todos y dar cabida a todos es el mensaje de la predicación de Jesús y debe ser también el nuestro.

En la tercera semana se nos invita a renovar nuestro bautismo.

La Samaritana va al pozo, como todos los días, a sacar agua que apague la sed por un momento, y se encuentra con un agua que “salta hasta la vida eterna”. En el fondo del pozo queda su vida pasada; en el brocal del pozo se le ofrece el agua nueva que le salva: Jesús de Nazaret y su palabra

En la cuarta semana es la semana de la luz, como el ciego de nacimiento, debemos pedir que podamos ver, que se disipen las tinieblas de nuestros ojos y de nuestra alma.

El ciego de nacimiento es el personaje que orienta la semana: ver la luz, renacer a la caridad y vivir como hijos de la luz es el gran mensaje de la semana.

La quinta semana es la semana de la vida. “Yo soy la resurrección y la vida”, dice Jesús; quién cree en mí, aunque haya muerto vivirá.

Dios es el Dios de la vida, y en la persona de su Hijo Jesucristo, ha venido para que tengamos vida y la tengamos en plenitud.

Esto nos tiene que hacer luchar con fuerza por todas las víctimas de la cultura de la muerte: los ancianos abandonados y solos, los niños abandonados por la guerra o por el hambre, los no nacidos, las mujeres maltratadas. Tantos y tantas sin una vivienda digna, sin un trabajo estable. Tantos y tantas viviendo, durmiendo, muriendo, en la calle.

En definitiva, en este tiempo santo de la cuaresma, se te grita con fuerza: “Levántate y anda”. Cambia el mundo. Recorre el camino de la misericordia. Revitaliza tu bautismo. Abre los ojos, ilumínate e ilumina al otro. Vive y defiende la vida.

Sólo así no buscarás más entre los muertos al que vive.

Un abrazo a todos, y que este tiempo santo que comenzamos nos rejuvenezca en cuerpo y alma.

Tomás García Torres

II AMBIENTACIÓN

UNA NUEVA ETAPA

Antes de narrar su actividad profética, los evangelistas nos hablan de una experiencia que va a transformar radicalmente la vida de Jesús. Después de ser bautizado por Juan, Jesús se siente el Hijo querido de Dios, habitado plenamente por su Espíritu. Alentado por ese Espíritu, Jesús se pone en marcha

para anunciar a todos, con su vida y su mensaje, la Buena Noticia de un Dios amigo y salvador del ser humano.

No es extraño que, al invitamos a vivir en los próximos años “una nueva etapa evangelizadora”, el Papa nos recuerde que la Iglesia necesita más que nunca “evangelizadores con Espíritu”. Sabe muy bien que solo el Espíritu de Jesús nos puede infundir fuerza para poner en marcha la conversión radical que necesita la Iglesia. ¿Por qué caminos?

Esta renovación de la Iglesia solo puede nacer de la novedad del Evangelio. El Papa quiere que la gente de hoy escuche el mismo mensaje que Jesús proclamaba por los caminos de Galilea, no otro diferente. Hemos de “volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio”. Solo de esta manera, “podremos romper esquemas aburridos en los que pretendemos encerrar a Jesucristo”.

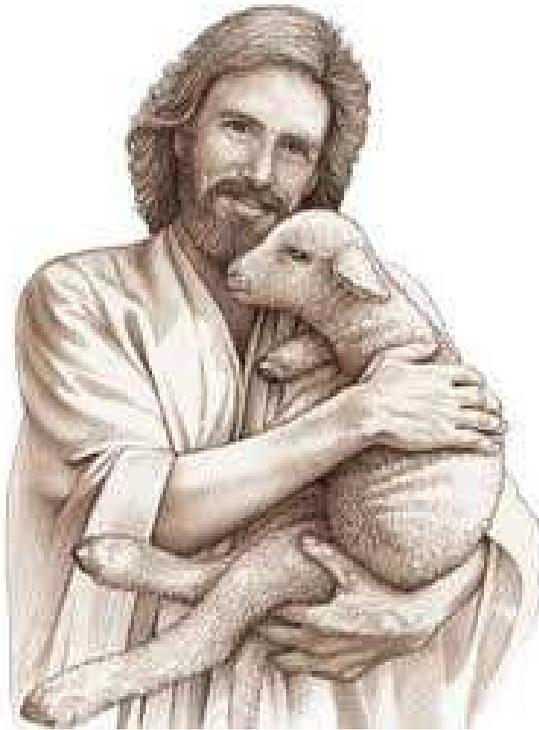
El Papa está pensando en una renovación radical, “que no puede dejar las cosas como están; ya no sirve una simple administración”. Por eso, nos pide “abandonar el cómodo criterio pastoral del siempre se ha hecho así” e insiste una y otra vez: “Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades”.

Francisco busca una Iglesia en la que solo nos preocupe comunicar la Buena Noticia de Jesús al mundo actual. “Más que

el temor a no equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: Dadles vosotros de comer”.

El Papa quiere que construyamos “una Iglesia con las puertas abiertas”, pues la alegría del Evangelio es para todos y no se debe excluir a nadie. ¡Qué alegría poder escuchar de sus labios una visión de Iglesia que recupera el Espíritu más genuino de Jesús rompiendo actitudes muy arraigadas durante siglos! “A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa del Padre donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas”.

José Antonio Pagola



III INTRODUCCIÓN

UNA IGLESIA CON OLOR A OVEJAS EN SUS PASTORES

Comenzamos el tiempo santo de la Cuaresma, con una llamada imperiosa a la conversión, al cambio, a abrir nuestro corazón a los valores del reino y dejar, en el camino estrecho, los valores del mundo, contrario siempre a Dios y al hombre.

Esta Cuaresma, es la primera del Papa Francisco, y esta introducción quiero dedicarla a la idea que él tiene de la Iglesia, a la

Iglesia que él quiere, y que mejor que aprovechar su magnífica Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”, para ello.

Dos palabras, reformas y una vuelta al Evangelio, es lo que quiere el Papa Francisco para la Iglesia, pero estoy seguro que coincidiremos tú y yo, en que es lo mismo que queremos nosotros y que le hemos venido pidiendo a Dios desde la celebración del Concilio Vaticano II que el Espíritu Santo de Dios, suscitó en el corazón de un anciano santo, el Papa Juan XXIII.

Los ejes de la Exhortación Apostólica son:

Una Iglesia abierta y misionera, una renovación espiritual y estructural de la misma y el regreso a la esencia del Evangelio.

El texto, el primero de envergadura del pontificado de Francisco, se basa en los trabajos del Sínodo de Obispos, celebrado del 7 al 28 de octubre de 2012, dedicado a “la nueva Evangelización para la transmisión de la fe”.

Desmenuzemos un poco su contenido, y meditemos en este tiempo santo, que es lo que el Señor nos ofrece.

LA “REVOLUCIÓN DE LA TERNURA”

En el centro de la Exhortación está la vuelta a lo esencial del Evangelio, a la misericordia y la “revolución de la ternura”

de Jesús; una Iglesia que no se pone en el centro pero coloca en el centro a Cristo y está dirigida a la periferia “geográfica y existencial”, a los más alejados y a los más pobres.

Sostiene además Francisco que “la Eucaristía no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles, para que los que busquen a Jesús lo encuentren”, en referencia a los divorciados casados.

CRÍTICAS A LA IGLESIA MUNDANA

Francisco critica sin ambages a la Iglesia mundana que vive para sí misma, “oscura”, fiel a cierto estilo católico del pasado, que se siente superior a otros “sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en las necesidades de la gente”.

Por ello, el Sumo Pontífice redama que la Iglesia emprenda “nuevos caminos” y “métodos creativos” que no encierren el mensaje en “esquemas aburridos”.

El Papa pide así “una conversión del papado”, destacando que sería necesaria “una saludable descentralización”. Francisco pide no tener miedo a revisar costumbres de la Iglesia, una Iglesia que prefiere “accidentada y herida por salir a la calle que enferma por el encierro y aferrada a sus comodidades”.

“UNA IGLESIA POBRE PARA LOS POBRES”

Acerca de los pobres, el Papa dijo que “para la Iglesia la opción de los pobres es una categoría teológica, antes que sociológica”. “Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos” y aseveró que “mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, no se resolverán los problemas del mundo”.

Francisco denunció duramente el actual sistema económico que considera no sólo “injusto en su raíz” sino que “mata” porque predomina la ley del más fuerte.

MAYOR PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES

El papa Francisco afirmó que las mujeres “deben tener mayor espacio y una presencia más incisiva” en la Iglesia católica, aunque les cerró cualquier posibilidad de sacerdocio al decir que “está reservado a los varones, como un signo de Cristo Esposo que se entrega en la Eucaristía”.

El papa aseguró al introducir el tema que “la Iglesia reconoce el indispensable aporte de la mujer en la sociedad” pues “la sensibilidad, la intuición y unas capacidades peculiares suelen ser más propias de las mujeres que de los varones”. Entre ellas, el papa cita la “especial atención femenina hacia los otros, que se expresa de un modo particular, aunque no exclusivo, en la maternidad”.

“Porque el genio femenino es necesario en todas las expresiones de la vida social, por lo que se ha de garantizar la presencia de las mujeres también en el ámbito laboral y en los diversos lugares donde se toman las decisiones importantes, tanto en la Iglesia como en las estructuras sociales”, afirma el Papa.

Para el Papa “las reivindicaciones legítimas” de los derechos de las mujeres sobre su igualdad con los hombres plantean a la Iglesia profundas preguntas “que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente”.

LA IGLESIA NO CAMBIARÁ SU POSTURA SOBRE EL ABORTO

En cuanto al aborto, el Papa dice que la Iglesia no cambiará su postura. El aborto “no está sujeto a supuestas reformas o modernizaciones. No es progresista pretender resolver los problemas eliminando una vida humana”, aseguró.

Francisco pide además escuchar a los jóvenes “porque llevan en sí las nuevas tendencias de la humanidad” y añade: “Nos abren al futuro, de manera que no nos quedemos andados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual”.

EL ECUMENISMO

El documento del Papa Francisco apuesta fuerte por el ecumenismo y asegura que “el verdadero islam y una adecuada

interpretación del Corán se oponen a toda violencia” y pide humildemente el cese de la persecución de los cristianos.

También dirige una mirada “muy especial” al pueblo judío: “El diálogo y la amistad con los hijos de Israel son parte de la vida” de los católicos pues “los hijos de Israel son parte de la vida de los discípulos de Jesús”.

Padre Tomás García Torres

IV DIEZ INVITACIONES AL CAMBIO

1.- LA SAMARITANA: Es el ejemplo de la persona alejada, que se encuentra con Jesús, se abre a su diálogo, se deja interpelar, abre su conciencia y Jesús transforma su vida. Necesitaba el agua viva para limpiar las adherencias y suciedades de su vida anterior. El agua de Jesucristo la limpia y purifica y se convierte en otra persona y en un testigo. (Jn 4, 1-31)

2.- LA MUJER ADULTERA: Personifica la capacidad de misericordia de Jesucristo. Habla del misterio del perdón cristiano. Llama a la sinceridad del corazón y de una vida recta partiendo de uno mismo. Alerta sobre nuestros juicios y prejuicios. Habla de la necesaria apertura cristiana hacia todas las personas, que siempre son dignas del amor y del perdón de Dios. Testimonia la potencialidad salvadora de la mirada compasiva de Jesucristo. (Jn 8, 1-11)

3.- EL PADRE DE LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO: Es la imagen del Dios Padre rico en misericordia. Nos recuerda su amor, su bondad, su espera. Cree en la libertad y confía en el retorno de su hijo. No inquiera, no lleva cuentas del mal, sino que siempre está dispuesto al abrazo del perdón, de la reconciliación y de la vida nueva. Es justo desde el amor, un amor que no tiene medidas ni reglas puramente humanas. (Lc 15,11-32).

4.- EL HIJO PRÓDIGO: Es, de nuevo, imagen de los alejados y de aquellos que hacen, en algún momento, un uso indebido de su libertad y de sus derechos. Es prototipo, en primera instancia, de quien piensa sólo en sí mismo y busca los placeres rápidos, inmediatos y efímeros. Es después representación de la obra de la gracia, que también desde situaciones, circunstancias y conveniencias humanas, va moviendo el corazón hacia la conversión. Toma conciencia de su situación de postración, se pone en camino, se deja guiar por la reconciliación y experimentan el don y la gracia inmensos del perdón y del amor. (Lc 15,11-32).

5.- EL HERMANO MAYOR DEL HIJO PRÓDIGO: Es reflejo de tantos de los planteamientos de los “cercanos”, de los que se mantienen en la Iglesia, pero que no acaban de abrir del todo su alma a la sabiduría de Dios y a la plenitud del Evangelio. Lleva “cuentas”, el calculador, lo tiene todo apuntado, tiene sus razones y sus derechos. Pero necesita encontrar las verdaderas razones y derechos de la gratuidad, del perdón y del amor.

6.- NICODEMO: Representa al hombre cabal, religioso y recto que busca la verdad. La cuaresma es tiempo para no anclarnos en la “verdad” de nuestros pensamientos y opciones sino de ponernos en camino en la búsqueda de la verdad auténtica y definitiva. (Jn 3.1-21)

7.- EL ENFERMO DE LA PISCINA DE BETESDA: Es el prototipo del enfermo que aguarda la salud y de quien necesita ayuda de los demás. Llevaba enfermo 38 años y nadie le había empujado a la piscina de las aguas sanadoras. El cristiano debe estar alerta para descubrir a quien necesite de nosotros. El enfermo de la piscina de Betesda, una vez sanado, es también modelo de agradecimiento y de testimonio.

8.- EL CIEGO DE NACIMIENTO: Representa la oscuridad y la ceguera como enfermedad del cuerpo y como enfermedad del alma. Cuaresma es descubrir las oscuridades de nuestra vida cristiana y buscar la mano sanadora de Jesús, que, a través de su Iglesia, unta el barro y el ungüento de la luz en los ojos de nuestra alma. La fe es la luz; Jesús es la luz. Vivir sin la fe, vivir sin Jesús es oscuridad y ceguera. Y el cristiano, como el ciego de nacimiento, una vez recobrada la vista, debe ser testigo de la Luz. (Jn 9, 1-41).

9.- LÁZARO: Es el amigo de Jesús. Es el resucitado, signo y primicia de la gran Resurrección de Jesucristo, prenda de nuestra futura resurrección. También nosotros, si creemos, si mantenemos y cultivamos la amistad con Jesús, podremos ver la gloria de Dios y dar testimonio de ella con nuestras obras. Lázaro, junto a sus hermanas Marta y María, habla de la necesidad de mantener un trato de intimidad con Jesús y de hacer de nuestra cuaresma tiempo y espacio para nuestra Betania cotidiana. (Jn 11, 1-44).

10.- MARÍA DE NAZARET: Es la madre, es la solidaria, la asociada a la pasión, muerte y resurrección de su Hijo Jesucristo. Mira la pasión y la pascua con ojos y corazón compasivos, como Jesús. Está. Testimonia así la fuerza decisiva de la presencia, de la compañía, de saber estar en el lugar donde debemos estar. María de Nazaret nos ha de ayudar a permanecer al pie de la cruz de nuestros hermanos y

a saber acompañarlos con nuestra presencia y amor en sus Vías Dolorosas. (Jn 19, 25-27).

5 DE MARZO 2014

MIÉRCOLES DE CENIZA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 6,1-6.16-18

***“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayais tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayais a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.*”**

Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan: Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará.”

REFLEXIÓN

COMENZAMOS LA CUARESMA

Con el Miércoles de Ceniza empezamos, un año más, la celebración de la Cuaresma. Toda la Iglesia está invitada a ponerse en camino hacia la Pascua con un corazón nuevo, con un corazón renovado. Los textos litúrgicos serán nuestra guía, nuestra compañía, en este tiempo santo. Tenemos que dejarlos hablar, para poder recoger su mensaje salvífico. Tenemos que estar abiertos a este “tiempo favorable”. Si de verdad nos implicamos en esta propuesta de conversión, en esta aventura de gracia, si de verdad nos reconciliamos con Dios, será un camino de liberación y de vida renovada.

LOS GRITOS DE LA CUARESMA

Los textos bíblicos que la liturgia nos ofrece en este primer día de la Cuaresma, nos invitan a la conversión, a centrarnos en lo esencial, a preguntarnos por qué, tan a menudo, cosas sin

importancia, pasan a ser importantes en nuestra vida hasta el punto de distraernos de las relaciones con Dios, con los hermanos, y de descentrarnos a nosotros mismos.

El profeta Joel llama al pueblo a la conversión interior y sincera, a huir de la ritualidad puramente externa, con frases como éstas: “Convertíos a mí de todo corazón...” “Rasgad los corazones, no las vestiduras”.

En el salmo, en sintonía con las lecturas, cantamos: “...por tu inmensa compasión borra mi culpa. Lava del todo mi delito, limpia mi pecado..., crea en mí un corazón puro..., renuévame por dentro con espíritu firme, no me arrojes lejos de tu rostro...”, “no me quites tu Santo Espíritu”, “devuélveme la alegría de tu salvación...”

Pablo describe la salvación como gracia, como don gratuito que hemos de acoger, y nos invita: “os pedimos que os reconciliéis con Dios”.

TRES PUNTOS IMPORTANTES A TENER EN CUENTA

- **Piedad auténtica:** limosna, oración, ayuno. Esto nos remarca el texto evangélico de hoy, en la sección central del Sermón de la Montaña de San Mateo. Aquí Jesús exhorta a una espiritualidad auténtica.
- **Cuaresma,** tiempo de gracia y de reconciliación. El protagonismo de este tiempo no lo tienen nuestras obras, por muy buenas que sean, sino la gracia de Dios. En el centro de la reconciliación de Dios con el hombre y del hombre con Dios está la obra de Cristo: “Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por

nuestros pecados, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios”. Cada uno de nosotros ha de sentirse acogido por Dios, tal como lo expresa Pablo en este texto, cuando cita a Isaías 49,8: “en tiempo favorable te escuché, en día de salvación viene en tu ayuda”. La conclusión que saca el apóstol conviene que tenga eco a lo largo de toda nuestra vida: “Ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación”.

- Al final, dominando todo el horizonte, la Pascua. En ningún momento de estos cuarenta días, debemos olvidar la meta a la que nos conduce: la Pascua. Las oraciones litúrgicas de estos días, van a incidir en ello: “Que, fieles a las prácticas cuaresmales, puedan llegar, con el corazón limpio, a la celebración del misterio pascual de tu Hijo...”, “...concédenos, por medio de las prácticas cuaresmales, el perdón de los pecados; así podremos alcanzar, a imagen de tu Hijo resucitado, la vida nueva de tu reino...”.

Esto es lo que hemos dicho a nuestro Padre Dios este Miércoles de Ceniza, ahora es una nueva oportunidad, tal como nos ha recordado Pablo. Cuando se trata de avanzar en la conversión del corazón partimos del protagonismo del Padre que nos ha regalado su gracia. Es la gracia, derramada en nuestro corazones con el Espíritu que se nos ha dado, la que nos capacita para amar tal como Jesús amó, para actuar con misericordia, para dar ternura, para orar con confianza, para ser sencillos, para perdonar a quien nos ha ofendido, para reconocer la propia pequeñez, para ayudar con más desprendimiento, para ser más compasivos con nuestros hermanos más necesitados, los más pobres, los enfermos, los ancianos, los niños... y tantas y tantas maravillas, que la gracia de Dios nos permite realizar.

Por tanto una llamada al arrepentimiento, a convertirnos al Dios del amor y el perdón, que ha hecho su obra en Jesucristo. Es un tiempo favorable para la reconciliación, como nos ha recordado Pablo en la segunda lectura.

La Iglesia nos propone los tres gestos tradicionales: la oración, el ayuno y la limosna. Son los signos de la conversión en los tres ámbitos de nuestra vida.

- LA ORACIÓN: Momento tranquilo de nuestra comunión con Dios, para escuchar su Palabra y para depositar nuestra confianza en Él, en un mundo que ignora la oración y se olvida de Dios.
- EL AYUNO: Esfuerzo de austeridad personal en la comida, en los gastos, en la ostentación exterior, en un clima social tan inclinado a valorar la riqueza y el poder.
- LA LIMOSNA: Signo de la generosidad hacia los demás, especialmente a los más necesitados.

Sin olvidar el acento evangélico: lo que importa es el corazón abierto y sincero: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos...”, hemos escuchado en el evangelio.

Toda la Cuaresma será la contemplación del camino de Jesús y el impulso para todos nosotros por hacerlo con él, como aprendizaje de la vida verdadera.

La ceniza de este miércoles es ya ceniza de resurrección. Dios es capaz de sacar vida de la muerte y resurrección de las cenizas, como brota la espiga del grano que muere en la tierra.

Este tiempo de Cuaresma es una nueva oportunidad para aprovechar al máximo la gracia de Dios, y trabajar para que por fin, la Pascua de la justicia, del amor y de la paz, llegue a todos. Para que por fin todas las armas se conviertan en rosas, todas las alambradas de espinas, en setos verdes y floridos, todas las cruces en luces de la aurora, todos los muros que dividen, en arcoíris, que hombres, mujeres y niños puedan vivir sin sobresaltos.

Comencemos, hermanas y hermanos y vivámosla intensamente, vivámosla como rejuvenecimiento interior, que podamos renacer en espigas de primavera en la mañana santa de la Pascua.

ENTRA EN TU INTERIOR

La gracia de Dios nos permite enternecer nuestros corazones y escuchar la Palabra de Dios. Precisamos, sin embargo, de una actitud humilde a fin de acoger los dones de Dios, tener aquella confianza en los hijos que esperan las caricias de sus padres. Nosotros también esperamos que nos llegue la ternura de Dios, sus caricias manifestadas en los sacramentos, en su Palabra, en las personas, en los hechos cotidianos, en los que sufren.

Sé, Señor, que ahora es el momento de colaborar contigo para hacer posible mi cambio. La Cuaresma quiere recordarme que tengo que hacer algo, aunque sea poco.

ORA EN TU INTERIOR

Dar limosna, o lo que es lo mismo, cambiar mi ideal de tener por el de compartir. Y esto será posible, Señor, si como me dice San Pablo, comienzo a considerar a los demás, sobre todo a los más pobres y necesitados, como superiores a mí.

Quiero, Señor, poner amor en todas las exigencias cuaresmales, aunque sean difíciles, pero sé que si pongo amor, seguramente se transformarán en momentos de gozo.

ORACIÓN FINAL (Salmo 50)

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces. En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente. Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre. Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría. Rocíame con agua: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces. Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados. Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.



SEMANA DE CENIZA

La Cuaresma comienza al son de trompetas. Todo el pueblo es convocado al ayuno en la Iglesia, asamblea santa. Al final de la cincuentena pascual, el profeta Joel anunciará la efusión del Espíritu sobre “toda carne” (Pentecostés). El ayuno de la cuaresma no es una práctica de penitencia individual, sino una larga celebración en la que la Iglesia convoca a los hombres para que dejen que el Espíritu renueve sus corazones. Entonces, del polvo de nuestras cenizas brotarán la vida y la fiesta.

Hoy debemos partir, recuperar nuestros orígenes nómadas, tomar el camino de la vida. Camino de cruz, hecho de humildad,

desprendimiento interior, justicia y amor al hombre. Camino por el que la Iglesia va a la búsqueda del Esposo que le ha sido arrebatado, en el silencio del desierto y la verdad del corazón. Pero la fe sabe que la cruz anuncia la resurrección y que ninguna noche se prolonga sin desembocar en la aurora pascual. Los pecadores ya están invitados a la mesa mesiánica por aquel que ha venido a llamar a los enfermos y no a los sanos.

¿No debería ser nuestro ayuno, en el sentido estricto del término, un “ayuno eucarístico”, un despojarse de todo para, al fin, gustar la alegría de la mesa de la reconciliación? Mesa en la que el Esposo nos da ya el nuevo vino de la fiesta. El cristiano, cuando hace penitencia, conoce la paz interior de la vida y del perdón y, si va al desierto, es porque allí puede Dios hablar a su corazón; pero en el silencio, y en esta ausencia, que es la única que puede abandonar nuestro deseo.

¡Es hermoso ayunar para ti, Dios, vida nuestra, y dejar que el hambre profundice en nosotros el deseo de un mayor amor!

Siguiendo a tu Hijo Jesús, iremos al desierto, y de nuestro despojo de cada día renacerá una humanidad nueva, fruto de la gracia y la pobreza.

Bendito seas por la mesa del pan partido, donde son reconciliados los que se dan a ti sin reservas. Y bendito sea el día en que tu Iglesia conozca con qué ternura la amas mientras camina por los duros senderos de la cruz.

6 DE MARZO

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

PALABRA DEL DÍA

Lc 9,22-25

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día”. Y, dirigiéndose a todos, dijo: “El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?”

REFLEXIÓN

Después de anunciar Jesús su pasión, muerte y resurrección, viene a decir a sus discípulos que ser cristiano tiene un alto precio, no es un título honorífico. He aquí las condiciones para su seguimiento: *“El que quiera seguirme, que se niegue así mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará”.*

Este es el secreto de la Cuaresma, perder la vida para ganarla, como Cristo, en plena solidaridad con él. Hemos comenzado el camino hacia la Pascua, Jesús nos dice, que para alcanzar esa meta

con él hemos de renunciar a algo; más aún, hemos de renunciar a nosotros mismos.

En el horizonte de la Cuaresma hay que situar la Pascua como meta y punto de referencia. El camino hacia ese objetivo tiene un doble acento sacramental: la penitencia y el bautismo. Los tres grandes sacramentos de la renovación cuaresmal son el bautismo, la reconciliación y la eucaristía, porque los tres son eminentemente sacramentos pascales.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Dios de la vida, mañana siempre amanecida de nuevo, te pedimos comprender ya al principio de la Cuaresma el secreto del seguimiento de Cristo, tu Hijo: autorenuncia y sacrificio para ganar la vida con él.

Sabemos que la cruz es semilla de resurrección, de vida; haz que la llevemos cada día en unión con Cristo. Preferimos la vida a la muerte, la gloria a la nada. No permitas, Señor, que sigamos el camino equivocado. Ser cristiano tiene un precio, y lo pagaremos gustosos.

Haz, Señor, que sepamos profundizar en nuestro bautismo, que seamos capaces de dar muerte al pecado para vivir para ti.

¡Ayúdanos, Señor, con la fuerza de tu Espíritu!. Amén.



7 DE MARZO

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

PALABRA DEL DÍA

Mt 9,14-15

“En aquel tiempo, se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: “¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?”. Jesús les dijo: “¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán”.

REFLEXIÓN

EL AYUNO QUE DIOS QUIERE.

Una pregunta malintencionada: *“¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?”*. Jesús, que había ayunado durante cuarenta días en el desierto, responde: *“¿Es que pueden guardar luto los amigos del novio mientras el novio está con ellos?”*. No se estila ayunar en las bodas. Jesús es el novio de los esponsales de Dios con su nuevo pueblo y con la nueva humanidad de los tiempos mesiánicos, inaugurado por el reino de Dios en la persona de Cristo. *“Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán”*, concluye Jesús. Cuando les falte el novio –alusión probable a la muerte violenta de Jesús-, entonces ayunarán sus amigos y discípulos. Es decir, el sentido figurado del ayuno, sufrirán tristeza y desolación, dificultades y persecución por serle fieles en la misión recibida. Pero a partir de Jesús, cumplido el tiempo de la espera, el ayuno no tendrá el mismo significado de antes.

No olvidemos que el ayuno que el Señor quiere es la conversión a él y al amor de los hermanos, es el ayuno del egoísmo, compartiendo con los demás lo que se tiene.

ENTRA EN TU INTERIOR

Aunque se haya mitigado el ayuno de alimentos, no se ha mitigado el ayuno del vicio y del pecado, de la soberbia y de la lujuria, de la obsesión de tener y gastar: San Agustín decía; ***“Para ayunar de veras hay que abstenerse, antes de nada, de todo pecado”***.

Y de acuerdo con el precioso texto del profeta Isaías que nos ofrece la liturgia hoy, no olvidemos un vicio del que hemos de ayunar siempre, y más en Cuaresma: la fiebre del consumismo. Porque es una bofetada a tantos hermanos y hermanas nuestros que padecen necesidad.

“El ayuno que Dios quiere es este: partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne”

ORA EN TU INTERIOR

Gracias, Padre, por este tiempo de conversión, de cambio. Te bendecimos por Cristo, en quién brilla la esperanza. Te alabamos por el Espíritu que viene a renovarnos en santidad.

Haz, Señor, que comprendamos que el ayuno que a ti te gusta es compartir lo nuestro con los hermanos que pasan necesidad.

ORACIÓN FINAL

Te pedimos por los que malogran su vida amontonando cosas: que descubran el valor de la pobreza, que sean capaces de cambiar el deseo de poseer, de tener, por el anhelo de compartir. Te encomendamos a los que carecen aún de lo necesario para vivir con dignidad, que encuentren la ayuda de una mano generosa. Amén.

8 DE MARZO

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

PALABRA DEL DÍA

Lc 5,27-32

“En aquel tiempo, Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: “¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?”. Jesús les explicó: “No necesitan médicos los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan”.

REFLEXIÓN

Muy de acuerdo con el pensamiento profético, Jesús desconfía de una religión que coloca el acento en el culto.

Porque un culto vacío no sirve de nada. Jesús coloca el acento en la misericordia, interpretada como una señal de acogida para los pecadores. Con su lenguaje, casi permanentemente paradójico, Jesús elige a los pecadores y rechaza a los justos, como si se empeñara en escandalizar nuestra sensibilidad.

Aunque el concepto de justo para nosotros no es el mismo que el de Jesús.

Nos llama la atención en primer lugar que son los pecadores los privilegiados en el Reino de Dios. Es Leví, un pecador público, vendido al poder extranjero y extorsionador de su propio pueblo, quien es llamado para formar parte del grupo apostólico. Y son pecadores los que se sientan a la mesa con Jesús.

Pero estos pecadores no se trata de personas que han cometido tal o cual pecado, sino de personas que viven al margen de las prácticas religiosas reconocidas por los escribas y fariseos, son los que desafían a la institución religiosa, mereciendo, por lo tanto, su condenación.

Esta situación los predispone a revisar su vida con más libertad, viéndose a sí mismos en cuanto personas y no como meros miembros de una institución religiosa.

Si no nos reconocemos como pecadores, podremos pertenecer a una institución religiosa, pero no al reino anunciado por Jesús.

Dedramos pecadores ante Dios es, simplemente, presentarnos ante él tal cual somos. Aunque pertenezcamos

formalmente a la Iglesia por el bautismo, no consideremos ese lazo jurídico como un salvavidas o un certificado de buena conducta.

Jesús no sólo llama a los pecadores a su mesa, sino que deja a un lado a los justos. Llama irónicamente justos a los que cumplían estrictamente los mandatos de la institución religiosa, creyendo, por eso mismo, que su salvación estaba asegurada y que Dios debía sentirse obligado a compensar sus buenos servicios.

Jesús, en el llamado que hace a Leví, el futuro apóstol Mateo, manifiesta, una vez más, la coherencia de ese Dios fiel a sí mismo y al hombre. En la alianza definitiva de amor de Dios por el hombre, sellada en la sangre de Cristo en la cruz y todavía más en su resurrección quedó de manifiesto la decisión irrevocablemente amorosa del Padre por salvar al hombre, esto explica la afirmación de Jesús: No he venido a salvar a los justos sino a los pecadores.

Todos quedamos incluidos en esta categoría de pecadores, puesto que ninguno de nosotros podemos alcanzar la salvación por méritos propios. Así que todos somos llamados como Leví a seguir a Jesús, es decir a convertimos en discípulos para aprender a vivir como hijos de Dios.

Esto es lo que nos hace darnos cuenta que el culto, el ayuno, la misericordia que Dios quiere es otra cosa.

En este aprendizaje de discípulos, tiene mucho que ver el trato permanente de Dios que nos permite el conocimiento que él quiere que tengamos de él. Este conocimiento no es meramente conceptual, no se trata de saber mucho sobre Dios, sino de vivir a

Dios en la persona de su Hijo Jesucristo, con su mismo sentir y su mismo pensar.

Cuando llegamos a un conocimiento auténtico de Dios es cuando empezamos a pensar como él piensa, a sentir como él siente, a hablar como él habla, a amar como él ama.

ENTRA EN TU INTERIOR

“No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos”. Frase que los Fariseos, enfermos terminales de orgullo, autosuficiencia y desprecio de los demás, no debieron entender como dicha también para ellos. En todo caso, las afirmaciones de Jesús sobre la preferencia por los pecadores y marginados de la salvación, como en la parábola de la oveja perdida, no excluyen la atención y el amor a los demás, a todo el que con sinceridad de corazón busca y sigue a Dios, si bien entre cansancio y esperanzas, como hombres y mujeres débiles que son y somos todos.

Jesús provocó intencionadamente el escándalo de los puritanos tomando partido por “las ovejas perdidas de la casa de Israel”, para dejar patente la misericordia de Dios, que incita a la conversión, acoge y perdona al pecador, es decir, a todos los hombres, a todos nosotros.

En la última cena, Jesús lavará los pies de los pecadores. Enviado por Dios, sabe muy bien que el mal no cicatriza al instante, y que los discípulos le negaron apenas terminada la cena. Pero también sabe muy bien que la salvación del hombre está en el amor. Y el amor sólo existe si se comparte la condición del otro, hasta darle una confianza sin medida. Y precisamente esto es lo que los judíos

nunca podrán comprender. Jamás aceptarán comer con los pecadores... entonces, ¿para qué van a la mesa del Señor?

ORA EN TU INTERIOR

Tú que sigues viniendo a llamar a los pecadores, líbranos de nuestra suficiencia, abre nuestros ojos al mal que nos roe.

¡Señor, ten piedad!.

Tú pones la mesa del perdón y nosotros nos obstinamos en justificar nuestra conducta.

¡Señor ten piedad!

Mira, somos publicanos y pecadores, pero tu amor nos ha seducido. Queremos vivir contigo.

¡Señor ten piedad!

Dios santo, amor que no falla, mira nuestro egoísmo y nuestra pereza: ¡perdónanos y danos tu espíritu! Dios perfecto, misericordia infinita, mira nuestras divisiones y rencores: ¡sosiéganos y danos tu espíritu!

Dios vivo, Palabra de fuego en el corazón del hombre, mira nuestra oración que te implora: ¡santifícanos y danos tu espíritu!

ORACIÓN FINAL

Dios de misericordia, gracias por tu cariño abrumador. Te bendecimos, Señor, porque en la vocación de Mateo diste pruebas de creer en el hombre, a pesar todo. Nosotros encasillamos

fácilmente a los demás, pero tú brindas siempre una oportunidad de conversión.

En este día tú me llamas también a mí personalmente. Quiero mejorar en esta cuaresma, quiero soltar lastre para seguirte con absoluta disponibilidad y alegría. Ábreme, Señor, los ojos para no excusar mi conducta y enséñame el camino para que siga tu verdad lealmente. Amén.



PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

CAMINA HACIA UN MUNDO NUEVO

Esta primera semana la liturgia nos invita a caminar, a ponemos en camino. ¿Hacia dónde? Hacia un mundo nuevo.

El creyente debe tener alma de nómada. El nómada nunca llega a donde tiene que llegar, porque lo suyo es ser caminante, no tener ningún lugar en propiedad. Todos los lugares son de paso. Ningún lugar es su lugar. Lo esencial está siempre más allá.

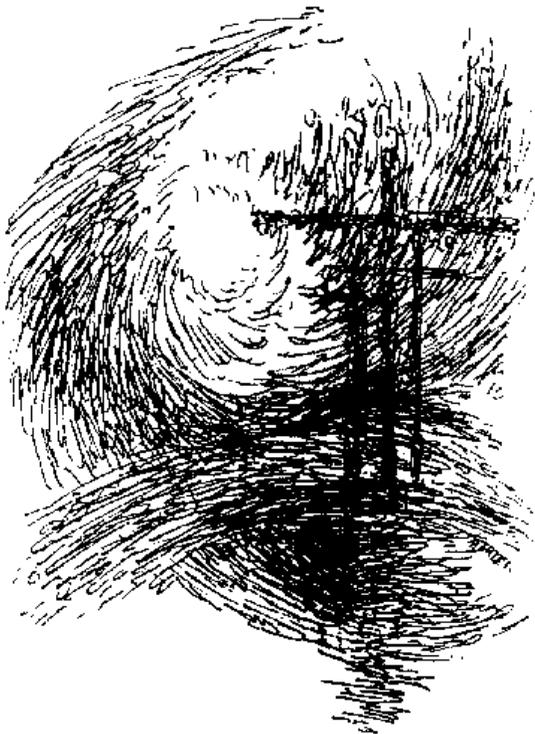
Todos los días es tiempo de empezar, de comenzar de nuevo. Cada mañana es tiempo de arrancar de nuevo hacia la meta. El punto donde quedamos al terminar el día no es nunca un punto final. Sólo es punto y seguido. No hemos llegado nunca donde Dios nos espera, aunque estemos siempre con Dios, Dios, como un padre que enseña a andar a su hijo, siempre se pone un poco más allá y nos deja solos para que caminemos hacia él.

Caminar, en clave de fe, significa dejar la tierra donde nos sentimos bien, seguros, esclavos de nuestros antojos y de nuestros planes, sordos para escuchar la voz de Dios.

Caminar tiene sus riesgos: uno se cansa, hay momentos de desierto, se encuentran compañeros de ruta que se hacen insoportables y vienen las peleas y las discusiones... O llega la niebla que no nos deja ver, que te desorienta y te preguntas: ¿Dónde voy? ¿Para qué seguir caminando siempre si no se llega nunca?

Caminar, ¿hacia dónde? Hacia lo esencial: “Sed santos como vuestro Padre celestial es santo”, y, además, “al final de la vida se os va a medir por lo que hicisteis con los hermanos, no por las fatigas que os tomasteis” En palabras de San Juan de la Cruz: “Al amanecer de la vida, se os juzgará en el amor”.

Esta primera semana nos centra en lo esencial, santidad y la vida como servicio a los hermanos. Sin esto no hay vida cristiana.



9 DE MARZO

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

1ª Lectura: Génesis 2,7-9; 3,1-7

Creación y pecado de los primeros padres.

Salmo 50: Misericordia, Señor, hemos pecado.

2ª Lectura: Romanos 5,12-19

Si creció el pecado, más abundante fue la gracia.

PALABRA DEL DÍA

Mateo 4,1-11

“Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes”. Pero él le contestó, diciendo: “Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice: “Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Encargaré a sus ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”. Jesús le dijo: “También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”. Después, el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo: “Todo esto te daré, si te postras y me adoras”. Entonces le dijo Jesús: “Vete, Satanás, porque está escrito:

“Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”. Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían”.



REFLEXIÓN

En este primer domingo nos adentramos en el camino que nos llevará a la Pascua. Es un camino íntimamente ligado con nuestro compromiso bautismal. Los catecúmenos se preparan en este tiempo para acercarse a las fuentes bautismales. Los cristianos acompañamos a Jesús al desierto, lugar de ayuno y tentación, para fortalecernos y renovar, la Noche de Pascua, las promesas de nuestro bautismo. Debemos tomar nuevo aliento, convertirnos, tenemos que volver al lado de Dios. Podemos decir que hoy, en este domingo, iniciamos el camino cuaresmal hacia la renovación de nuestra fe bautismal, con el deseo de la santa Pascua.

La primera lectura, el relato de la creación al que volveremos en el inicio de la Vigilia Pascual, nos hace notar que la vida del hombre y de la mujer viene de Dios. Es Dios el protagonista de este relato, y el ser humano está llamado a compartir este protagonismo. El ser humano, sin embargo, por el pecado se encierra en sí mismo y olvida a Dios, no le deja espacio. La creación sufre las consecuencias. Sólo la obediencia de Cristo retornará el equilibrio roto y la criatura se podrá dirigir al creador como Padre.

El salmo 50 que cantaremos nos acompañará durante todo este tiempo cuaresmal. La experiencia de pecado del salmista se convierte entonces en experiencia profunda de la misericordia de Dios. El pecado está presente en todas las generaciones, pero el amor del Señor, que dura por siempre, nos lleva de nuevo a abrir los labios y proclamar la alabanza del Dios que salva.

La segunda lectura nos ha presentado un fragmento de la carta de Pablo a los cristianos de Roma. Pablo, con una exposición de gran contenido teológico hace ver la relación entre el don de la gracia y la pena del pecado. Para Pablo, el don no tiene comparación con la caída. Adán, en quien todos hemos caído, tiene como contrapeso al Cristo a quien estamos unidos indisolublemente por el bautismo. Con Adán nos june el pecado connatural a nuestra condición humana. Con Cristo, por el bautismo, compartiremos su muerte y resurrección.

El evangelio de Mateo nos sitúa hoy en la escena de las tentaciones de Jesús en el desierto. Jesús cumple un ayuno de cuarenta días después de recibir el bautismo en el Jordán y después de la manifestación de su filiación divina, justo antes de empezar su predicación y misión en Galilea. Cumple los cuarenta días como imagen de los cuarenta días que Moisés estuvo en la montaña rezando a Dios; como imagen de los cuarenta días de camino que realizó Elías por llegar al monte Horeb; como los cuarenta años que el pueblo pasó en el desierto, donde sufrió tentación y las mordeduras de serpientes hasta llegar a la Tierra Prometida. Jesús lleva a cumplimiento estos actos proféticos y sufre las tentaciones del hambre, del afán de poder, y del afán de poseer riqueza. El tentador le propone, como a Adán, que se ponga en lugar de Dios y sacie el hambre y el afán de dominio que caracterizan al hombre y a la mujer de todos los tiempos, utilizando erróneamente el poder y adorando al tentador. Jesús le responde con la Palabra de Dios y declara la primacía de Dios sobre todas las cosas: “Al Señor, tú Dios, adorarás y a él solo darás culto”.

Jesús pone en el centro la voluntad de Dios. Allí donde Adán puso su propia voluntad, Jesús, el Hijo, sitúa la voluntad del Padre. Jesús cambia radicalmente la respuesta a la tentación y da una dimensión a la relación entre la criatura y el creador. Jesús pone en el centro la voluntad de Dios, y el tiempo de tentación, de desierto, de dificultad, de desánimo, de soledad, se convierte en tiempo de gracia y de evangelio.

Nosotros, en esta Cuaresma, con la Iglesia, queremos poner, de nuevo, en el centro de nuestra vida la voluntad de Dios. Por el bautismo hemos sido identificados con Cristo. Con él penetramos en el desierto y con él hacemos frente a las muchas formas con las que el tentador intenta dividir nuestro corazón; afanes, ansias, envidias. Con Cristo queremos responder que sólo Dios es el centro de nuestra vida. Ya no somos más del pecado ni de la muerte. El evangelio de Cristo nos lo hace contemplar todo, incluso en los momentos de prueba, como momentos de Pascua. Porque en esta Cuaresma, con la meditación de la Palabra, compartiendo la eucaristía, en el ayuno y en la caridad queremos aprender a contemplar y a esperar con júbilo la Pascua de Cristo que salva a todo ser humano y renueva toda la creación

ENTRA EN TU INTERIOR

TENTADO PERO NO VENCIDO

No le resultó nada fácil a Jesús mantenerse fiel a la misión recibida de su Padre, sin desviarse de su voluntad. Los evangelios recuerdan su lucha interior y las pruebas que tuvo que superar, junto a sus discípulos, a lo largo de su vida. Los maestros de la ley lo

acosaban con preguntas capciosas para someterlo al orden establecido, olvidando al Espíritu que lo impulsaba a curar incluso en sábado. Los fariseos le pedían que dejara de aliviar el sufrimiento de la gente y realizara algo más espectacular, "un signo del cielo", de proporciones cósmicas, con el que Dios lo confirmara ante todos.

Las tentaciones le venían incluso de sus discípulos más queridos. Santiago y Juan le pedían que se olvidara de los últimos, y pensara más en reservarles a ellos los puestos de más honor y poder. Pedro le reprende porque pone en riesgo su vida y puede terminar ejecutado.

Sufría Jesús y sufrían también sus discípulos. Nada era fácil ni claro. Todos tenían que buscar la voluntad del Padre superando pruebas y tentaciones de diverso género. Pocas horas antes de ser detenido por las fuerzas de seguridad del templo Jesús les dice así: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas" (Lucas 22,28).

El episodio conocido como "las tentaciones de Jesús" es un relato en el que se reagrupan y resumen las tentaciones que hubo de superar Jesús a lo largo de toda su vida. Aunque vive movido por el Espíritu recibido en el Jordán, nada le dispensa de sentirse atraído hacia formas falsas de mesianismo.

¿Ha de pensar en su propio interés, o escuchar la voluntad del Padre? ¿Ha de imponer su poder de Mesías, o ponerse al servicio de quienes lo necesitan? ¿Ha de buscar su propia gloria, o manifestar la compasión de Dios hacia los que sufren? ¿Ha de evitar riesgos y eludir la crucifixión, o entregarse a su misión confiando en el Padre?

El relato de las tentaciones de Jesús fue recogido en los evangelios para alertar a sus seguidores. Hemos de ser lúcidos. El Espíritu de Jesús está vivo en su Iglesia, pero los cristianos no estamos libres de falsear una y otra vez nuestra identidad cayendo en múltiples tentaciones.

Identificar hoy las tentaciones de la Iglesia y de la jerarquía, de los cristianos y de sus comunidades; hacernos conscientes de ellas como Jesús; y afrontarlas como lo hizo él, es lo primero para seguirle con fidelidad. Una Iglesia que no es consciente de sus tentaciones, pronto falseará su identidad y su misión. ¿No nos está sucediendo algo de esto? ¿No necesitamos más lucidez y vigilancia para no caer en la infidelidad?

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Si Israel fue infiel en el desierto Jesús muestra su firmeza en seguir la voluntad divina y su proyecto de Salvación. En el evangelio de Mateo es el diablo quien hace el mismo papel que la serpiente del relato del Génesis, que incita al pecado del cual hablaba Pablo en la carta a los romanos. El tentador es astuto y cita la misma Escritura para incitar a Jesús a desviarse de su misión salvadora, presentando el mal en forma de bien.

El diablo tienta a Jesús incitando a un mesianismo de tipo materialista: “Di que estas piedras se conviertan en panes”, pero Jesús supera la tentación siendo consciente de la necesidad espiritual

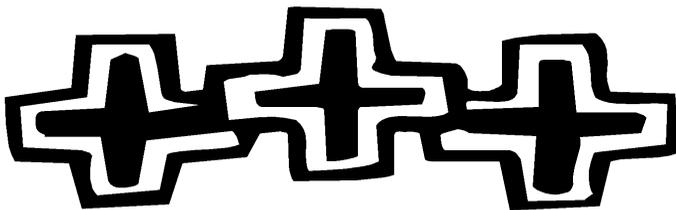
del ser humano como su hambre y sed de cumplir la voluntad de Dios: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

La segunda insinuación es la de un mesianismo espectacular, es decir, de seguir las expectativas mesiánicas de su tiempo. Invita a Jesús, además, a seguir un providencialismo literal e irresponsable. Jesús desenmascara las ideas del diablo como una tentación.

La última tentación es la del mesianismo a través del poder y de la gloria del mundo. Pero Jesús ha venido a ser servidor de todos, no a someter a los demás. No se puede servir a Dios y al poder.

ORACIÓN

Señor, quisiste someterte a las tentaciones del demonio para enseñarme que las tentaciones no son malas; nada malo hubo en tu vida. Sirven para fortalecer mi unión contigo. ¿Cómo hacer frente al tentador? Tu ejemplo me dice que no debo entablar conversación ni entretenerme con él, como Eva, sino rechazarlo de plano con la sabiduría de la Palabra y la fuerza de la Gracia. Contra las insidias del demonio, yo acepto ,la historia, la realidad y el futuro que tú quieres para mí; todo lo has hecho bien.



10 DE MARZO

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 25,31-46

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”. Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel y fuimos a verte?”. Y el rey les dirá: “Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis”. Y entonces dirá a los de la izquierda: “apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve

hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también estos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de estos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo". Y estos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna".

REFLEXIÓN

La escena del juicio final, en que Cristo aparece como *rey, pastor y juez, es la cumbre de la perspectiva escatológica del Reino de Dios. Cristo Jesús, que nos ha liberado del pecado y de la muerte, es la primicia de la nueva humanidad de los resucitados. Él es el pastor que guía al Pueblo de Dios y hace justicia siguiendo el código del amor a los hermanos más humildes con quienes Él se identifica.*

Esta parábola del juicio final, es exclusiva de Mateo y se aplican a Jesús títulos cristológicos tales como Hijo del hombre, Rey, y Señor. Es la descripción de un grandioso cuadro apocalíptico.

El criterio de examen para el juicio no será otro que el amor al hermano. Se cumple aquello de san Juan de la Cruz: *"En el atardecer de la vida seremos examinados de amor"*. El hecho de que Cristo se identifique con los pobres, los marginados y los que sufren, y además les llame sus hermanos menores, nos descubre cuán lejos

está de la doctrina y conducta de Jesús toda idea triunfalista. Lo que él dijo fue:

“Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Pues no será así entre vosotros. El que quiera ser grande, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero, que se haga vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos” (Mc 10,42-44; Mt 20,25-28).

Las enumeraciones de obras de caridad, o esas seis maneras de manifestar el amor al prójimo, no tienen carácter de elenco exhaustivo y menos aún exclusivo. No se excluyen, sino que se dan por supuestos, otros puntos básicos de la enseñanza de Jesús y las realidades que dimanaban de la vivencia del misterio de Cristo y de la condición cristiana: la fe, la conversión, las bienaventuranzas, los mandamientos, la filiación divina, la gracia y amistad de Dios, las actitudes interiores, la conducta moral, el culto religioso. Al hacer gravitar el juicio sobre el amor al hermano necesitado, se produce una concentración en la realidad cristiana fundamental que lo engloba todo; el amor. *“Amar es cumplir la ley entera”*, le dice Pablo a los cristianos de Roma.

No, no es el amor al prójimo, exclusivo del cristiano, aunque sea lo que definitivamente nos salve. El heredero del Reino y de la vida eterna es cualquier hombre o mujer que ama al prójimo, hace el bien y practica la justicia; como lo es todo el que vive las bienaventuranzas. Aunque no sea cristiano ni conozca a Cristo expresamente, lo que pasa, que el cristiano que conoce el mensaje de Jesús, no tiene excusa.

En la sentencia del juicio final Cristo rompe una vez más – como lo hizo en el Sermón de la Montaña- el círculo cerrado del prójimo tal como lo entendía la antigua ley mosaica. Todo hombre es mi prójimo, mi hermano; y no sólo el pariente o el connacional. Y cuanto más necesitado, es más prójimo y más hermano, porque en su rostro brilla más claramente la imagen de Jesús. En el Discurso evangélico del Monte la motivación para el amor, incluso al enemigo, era la santidad y perfección de Dios Padre; aquí es la identificación del prójimo necesitado con Cristo Jesús, Hijo del Padre.

Se diría que en la sentencia del juicio y en la razón que la motiva oímos en labios de Jesús un eco de las bienaventuranzas: *Venid, benditos de mi Padre...*”, o de las malaventuranzas: *“Apartaos de mí, malditos”*.

El Reino de Dios, aun siendo escatológico, está presente en nuestro mundo desde la venida de Jesús, si bien todavía no se ha manifestado en toda su plenitud. Así también el juicio escatológico de Cristo está ya realizándose en el presente de nuestra vida. El dictamen final no será más que hacer pública la sentencia que día a día vamos pronunciando nosotros mismos con nuestra vida de amor o desamor, que anticipa el desenlace.

Herederos del Reino de Dios son los que aman al hermano, especialmente al que sufre por una u otra causa. No es la ideología ni las palabras lo que salva o condena, sino las obras. Jesús lo advierte: *“No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre” (Mt 7,21). “La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros” (Jn 13,35).*

Abundando en lo mismo, he aquí la razón que hoy nos da Jesús: lo que hacéis a los demás, conmigo lo hacéis. Dios está presente en nuestros hermanos. El prójimo es el camino para conocer y amar a Dios, aunque de primeras, muchas veces, quizá la mayoría, la cara del hermano no parezca reflejar la imagen de Dios. Pero no puede cabernos duda.

El tema es tan vital para nuestra vida cristiana que he querido detenerme un poco más en la reflexión, porque hoy se nos pide realizar una conversión a lo esencial del cristianismo: el amor, para no perdernos en lo periférico, en lo devocional, ni siquiera en lo cultural solamente. Amar al prójimo dándole de comer y de beber, hospedándolo y vistiéndolo, visitando al enfermo o al encarcelado, es lo que Dios nos pide, lo que nos identifica como discípulos de Jesús. Amar es el mandamiento que condensa toda la ley de Cristo. De tanto oírlo y saberlo de memoria puede ser que nos resbale o que lo olvidemos, perdidos en una maraña de normas y prohibiciones, preceptos y devociones.

ENTRA EN TU INTERIOR

Seremos juzgados según la aceptación o el rechazo de Cristo a quien no vemos en carne y hueso, pero que se identifica con cuantos sufren en la tierra de los hombres. El prójimo es así la pantalla de nuestra vida, el video para leer nuestra conducta, el espejo para recomponer nuestra figura cristiana, porque ***“quién no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1Jn 4,20).***

La sensibilidad y solidaridad efectivas ante el dolor ajeno son, el termómetro de nuestro cristianismo.

No basta una acción caritativa que por sistema se limitará tan solo a la limosna, que por otra parte solo sirve para tranquilizar nuestra conciencia la mayoría de las veces. La acción caritativa asistencial sirve para situaciones límite e inaplazables. Pero para dar de comer al hambriento hoy, mañana y pasado, hay que dar trabajo al parado, hay que transformar las estructuras sociales injustas de modo que el necesitado se sienta liberado de su pobreza y promocionado como persona libre.

El cristiano que se inhibe ante los problemas sociales y las múltiples necesidades de su entorno, pensando que ese no es asunto suyo, olvida que el hombre es un ser que vive en sociedad y por tanto cualquier acción humana, incluidas la abstención u omisión, tiene, necesariamente, repercusiones sociales.

ORA EN TU INTERIOR

El culto eucarístico debe reflejar el culto de nuestra vida, y al revés; porque se necesitan mutuamente. El culto completo del discípulo de Cristo se expresa en la solidaridad con el pobre, el que sufre, el hermano menor de Jesús. Esta es la religión que acepta el Señor.

Al iniciar cada eucaristía hemos de examinarnos del amor, antes de presentar la ofrenda ante el altar. Este examen de amor es vigilancia escatológica. El ver como lejano el juicio último es un engaño, porque está ya presente. Por eso en cada eucaristía que celebramos hemos de repetir conscientemente, y hoy más que nunca

en nuestra profesión de fe, el Credo: ***“Creemos que el Señor vendrá de nuevo con gloria para juzgar a vivos y muertos; y su reino no tendrá fin”***.

ORACIÓN FINAL

Señor, Dios nuestro, ¡qué lejos nos vemos de tu santidad! Tú eres fuego, luz, amor, ternura y misericordia; y nosotros somos fríos, egoístas, violentos y vengativos.

No obstante, tú nos quieres a todos tal como somos y nos mandas amarnos unos a otros como Cristo nos amó.

Nos cuesta mucho, Padre, ver a Jesús en los pobres, en los marginados, en los ancianos solos, en los niños abandonados, en las mujeres maltratadas, en las familias rotas, en los emigrantes, en los diferentes.

Haznos ver en ellos la cara oculta del Cristo sufriente.

Enciende nuestros corazones con el fuego de tu palabra y danos tu espíritu de amor que nos transforme por completo para que, amando a todos, merezcamos aprobar tu examen final de amor.

Padre bueno, que no tenga que decirte: ¿Cuándo te he visto hambriento o sediento, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel y no te asistí?, porque así no tendré que escuchar aquello de que cuando no he sabido ver a uno de tus pequeños, tampoco he sabido verte a ti en ellos.



Que pueda escuchar las palabras salvadoras: “Ven, bendito de mi Padre, hereda el reino que tenía preparado para ti desde la creación del mundo, porque tuve hambre y mediste de comer, tuve sed y me diste de beber, era forastero y me hospedaste, desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste, en la cárcel y fuiste a verme”. Amén.

**“CADA VEZ QUE NO LO HICISTEIS,
CON UNO DE ÉSTOS LOS
HUMILDES, TAMPOCO LO
HICISTEIS CONMIGO”.**

11 DE MARZO

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mt 6,7-15

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: “Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno”. Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas”.

REFLEXIÓN

“Vosotros rezad así”. Es importante anotar que este pasaje evangélico viene enmarcado en las enseñanzas de Jesús para encontrar una piedad verdadera, basada en la autenticidad de la limosna, la oración y el ayuno. Respecto a la oración, no sólo nos advierte contra la palabrería hueca, la hipocresía de pretender

engañar a Dios y la altanería de creerse buenos, sino que nos ofrece el qué y el cómo: ***“Vosotros, rezad así”***. Y le sale a Cristo una maravilla, la oración más preciosa de todos los tiempos, el padrenuestro.

De su inagotable contenido, uno es fundamental, abrirse a Dios en la oración, es abrirse juntamente a los hermanos. Quien llama a Dios “Padre” debe llamar a los hombres “hermanos”. Quién pide su Reino, pide y se compromete por la paz y la justicia para todos. Quien pide su pan lo pide para todos y lo comparte con todos. Quien pide su perdón lo pide también al hermano a quien ha ofendido y lo otorga a quien ha faltado contra él.

Por eso sobra las palabrerías, solo es necesaria la confianza: ***“Pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: Padre...”***.

Es hermoso comenzar así. Padre no es un título honorífico ni majestuoso. Es la invocación confiada del hijo. Jesús era enemigo de los grandes títulos, por eso nos dijo: ***“A nadie llaméis Padre, ni maestro, ni señor, porque uno solo es vuestro Padre el del cielo, y uno solo es vuestro maestro, Cristo”***.

Jesús entiende como hijos de Dios a los pequeños y a los pobres, a los sinceros y a los humildes de corazón. No se nace hijo de Dios por pertenecer a una raza o a un pueblo, como creían los judíos, sino por tener un corazón de niño. Por tanto, Dios es Padre de todos, pero más que padre, se hace padre en la medida en que crea en nosotros un corazón nuevo.

El hijo por excelencia es Jesús porque cumplió, hasta el final, la voluntad del Padre. Y en la medida en que nosotros cumplimos su palabra y practicamos su evangelio, nos hacemos hijos de Dios. Es entonces cuando decimos padre con confianza, sin miedo, serenamente. Y en esa palabra lo decimos y expresamos todo, por eso no es necesario presentarnos ante Dios con una larga lista de peticiones, él sabe lo que necesitamos antes que se lo pidamos.

Rezar es sentir la alegría de estar con Dios, palpando su compañía en la calidez de los hermanos.

“Santificado sea tu nombre...”. Dios es santo y esta es la razón que tenemos los cristianos para aspirar a la santidad, como Dios dijo a pueblo en el desierto: ***“Seréis santos. Porque yo el Señor, vuestro Dios, soy santo”***.

Con la expresión santificado sea tu nombre, le decimos a Dios que se manifieste a nosotros, que se nos muestre como nuestro Dios y nuestro Padre, que no se quede oculto, que queremos verle y conocerle tal cual es. Padre, Señor, Vida, Amor y Salvación.

“Venga tu reino...” El Reino no es un lugar geográfico, sino que es el mismo Dios en cuanto reina o vive manifestándose en medio de los hombres.

Danos hoy el pan nuestro de cada día...” En lenguaje bíblico el pan significa todo lo que el hombre necesita para vivir: alimento, techo, cultura, educación, salud, trabajo, libertad.

Y decimos “danos” y no “dame”, porque no puede haber verdadera oración mientras no incluyamos a toda la humanidad en la

mesa del pan. El pan que compartimos con los que no lo tienen es el signo evidente y práctico de que ya viene el Reino de Dios y su justicia.

“Perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido...” Nadie puede arreglar sus cuentas con Dios si no las arregla con el hermano. Recuerda lo que debes de hacer cuando vayas a presentar tu ofrenda ante el altar, y te acuerdes allí que algún hermano tiene algo contra ti.

“No nos dejes caer en la tentación...”. Cuando nos decidimos a vivir según la palabra de Dios, según el evangelio, inevitablemente será probado en la misma vida: hay pruebas en el matrimonio, en la vida sacerdotal y religiosa, en el quehacer político, etc.

El creyente termina su oración con una petición que es también una voz de alarma. No caer en la trampa; y se dirige a Dios que está a nuestro lado para decirnos como al paralítico: “levántate y anda”

ENTRA EN TU INTERIOR

Dios nos hace hijos suyos por la fe en Cristo, por el bautismo y por el Espíritu de filiación que derrama en nuestros corazones: *“Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos”...*

Por ser hijos de Dios somos hermanos de Cristo y de los hombres. Nuestra oración no puede menos de expresar esta doble condición: la paternidad de Dios sobre nosotros y nuestra fraternidad respecto de los demás. Porque tenemos un Padre común, todos

somos hermanos. Con san Pablo podemos repetir: *“Doblo mis rodillas ante el Padre de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra” (Ef 3,14)*. Fe y confianza, amor y humildad, filiación y fraternidad se dan cita en la oración incombustible del padrenuestro.



ORA EN TU INTERIOR: (PARÁFRASIS DEL PADRENUESTRO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS).

¡Santísimo Padre nuestro: creador, redentor, consolador y salvador nuestro!

Qué estás en los cielos: en los ángeles y en los santos; iluminándolos para conocer, porque tú, Señor, eres la luz; inflamándolos para amar, porque tú Señor, eres el amor; habitando en ellos y colmándolos para gozar, porque tú, Señor, eres el bien sumo, eterno, de quien todo bien procede, sin quien no hay bien alguno.

Santificado sea tu nombre: clarificada sea en nosotros tu noticia, para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largura de tus promesas, la altura de la majestad y la hondura de tus juicios (Ef 3,18)

Hágase tu voluntad, como en el cielo, también en la tierra: Para que te amemos con todo el corazón (Lc 10,27), pensando siempre en ti; con toda el alma, deseándote siempre a ti; con toda la mente, dirigiendo todas nuestras intenciones a ti, buscando en todo tu honor; y con todas nuestras fuerzas, empleando todas nuestras energías y los sentidos del alma y del cuerpo en servicio, no de otra cosa, sino del amor a ti; y para que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, atrayendo a todos, según podamos, a tu amor, alegrándonos de los bienes ajenos como de los nuestros y compadeciéndolos en los males y no ofendiendo a nadie.

El pan nuestro de cada día: tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, dánosle hoy: para que recordemos, comprendamos y veneremos el amor que nos tuvo y cuanto por *nosotros* dijo, hizo y padeció.

Y perdónanos nuestras deudas: por tu inefable misericordia, por la virtud de la pasión de tu amado Hijo y por los méritos e intercesión de la beatísima Virgen y de todos tus elegidos.

Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: y lo que no perdonamos plenamente, haz tú, Señor, que plenamente lo perdonemos, para que por ti, amemos de verdad a los enemigos y en favor de ellos intercedamos devotamente ante ti, no devolviendo a nadie mal por mal (1 Tes 5,15), y para que procuremos ser en ti útiles en todo.

Y no nos dejes caer en tentación: oculta o manifiesta, imprevista o insistente.

Más líbranos del mal: pasado, presente y futuro.

AMEN.



12 DE MARZO

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Lucas 11,29-32

“En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: “esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del Hombre para esta generación, la reina del sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás.”

REFLEXIÓN

Signos y señales. Por lo visto en ese aspecto el mundo no ha cambiado demasiado. El hombre busca signos y señales de lo sobrenatural, de lo trascendente, de Dios. Como queriendo que Dios nos obligue a creer. Como si una madre tuviera que obligar a que sus hijos la quisieran. Como si su beso tierno de la noche no fuera signo suficiente y sobrado de todo el amor derrochado durante el día. El beso tierno del amor infinitivo con que Dios nos quiere es Jesucristo,

muerto y resucitado. No puede haber prueba mayor. A ello se refiere Jesús cuando alude al signo de Jonás. San Mateo lo explica algo más que san Lucas: ***“Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo; pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra”***. Es el signo supremo del amor de Dios: ¡hasta la muerte y hasta la vida!

Jesús se presenta como el Hijo del Hombre. Y acabará en la cruz. Si hoy volviera a nuestras ciudades y pueblos, todo volvería a empezar del mismo modo, menos para algunos originales que le seguirían, entregándole su fe. Y si resucitase, todas las ciencias del mundo se reunirían para estudiar el caso... Serían prudentes, pedirían tiempo... y algún milagro suplementario, para complementar su información. La fe que discute no es fe. Dios no se somete a nuestros análisis. Dice ¡Ven...inmediatamente! Dios pasa, y mañana es demasiado tarde.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

La misericordia de Dios es el verdadero signo, el verdadero motivo de nuestra vuelta a sus brazos. Porque nos ama con ternura. Nos ama con un amor de predilección. Hasta entregarnos a su Hijo, Jesucristo, muerto y resucitado, como signo supremo de su amor y como invitación enternecedora a la conversión.

Debemos renovar ese signo maravilloso del amor de Dios: la muerte y resurrección de Cristo. Dios nos ofrece su ternura y misericordia. Dejémonos querer por Dios. Y respondamos con sincero arrepentimiento expresándole nuestro deseo de volver a él de todo corazón.

Dios nos ha dado su signo de amor. Ahora nos toca corresponder con el nuestro que no puede ser otro que el mismo de Jesús: morir a nosotros mismos, a nuestro egoísmo, nuestro mal carácter, nuestro orgullo, y resurgir a la entrega, a la bondad y sencillez en nuestro trato con los hermanos.

ORACIÓN FINAL

Te bendecimos, Señor, porque sin forzar la mano y respetando siempre la libertad que tu nos diste sabes esperar pacientemente nuestra respuesta de hijos y no de esclavos que se doblan abrumados por el poder.

Jesús es tu gran signo, la gran señal de tu amor, una invitación constante a la conversión de cada día. No tengas en cuenta nuestra incredulidad. Danos, Señor, valentía para cambiar por dentro, danos un corazón nuevo para alabar tu nombre y manifestar en nuestra vida la resurrección de Cristo, sin avergonzarnos de tu cruz ante el mundo. Amén.

JESÚS EL GRAN SIGNO DEL AMOR DE DIOS

13 DE MARZO

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 7,7-12

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la Ley y los profetas”.

REFLEXIÓN

Orar es pedir, buscar, llamar a la puerta. De día y de noche. Sin cansarse nunca. Siempre hay que orar, y hasta tal punto que la oración se convierte en un estado y no sólo en una práctica ocasional. Orar es un modo de ser delante de Dios. ¡Pero hay dos maneras de insistir en la petición: la del importuno y la del enamorado! El primero sólo piensa en sí mismo; el otro está fascinado, y lo daría todo por el tesoro que ha descubierto. ¿Qué puerta se le cerrará? Si Dios espera de nosotros esta oración, es porque él se presenta como el tesoro de los tesoros, como el amigo

más fiel. ¡Un amor de segunda mano, que se da por nada, no es amor!

Nuestra actitud orante debe ser “confianza”, “pedid y se os dará”, porque es Dios Padre quién nos conoce y escucha. Pero apunta también a nuestra propia disponibilidad, a nuestro esfuerzo: “Buscad y hallaréis” Y es que muchas veces en la oración **tomamos conciencia de** nuestra responsabilidad, medimos nuestras **posibilidades, encontramos** caminos de actuación. Además, Jesús nos abre a la **colaboración con los** demás en un doble sentido: “Llamad y se os abrirá” –salir de nuestra **cerrazón solitaria; y “tratad a los demás como** queréis que ellos os traten”. **Una oración así nunca falla. Si falla, nos enseña san Agustín a examinar a ver si no se debe a que “no pides como debes o pides lo que no debes.**

ENTRA EN TU INTERIOR

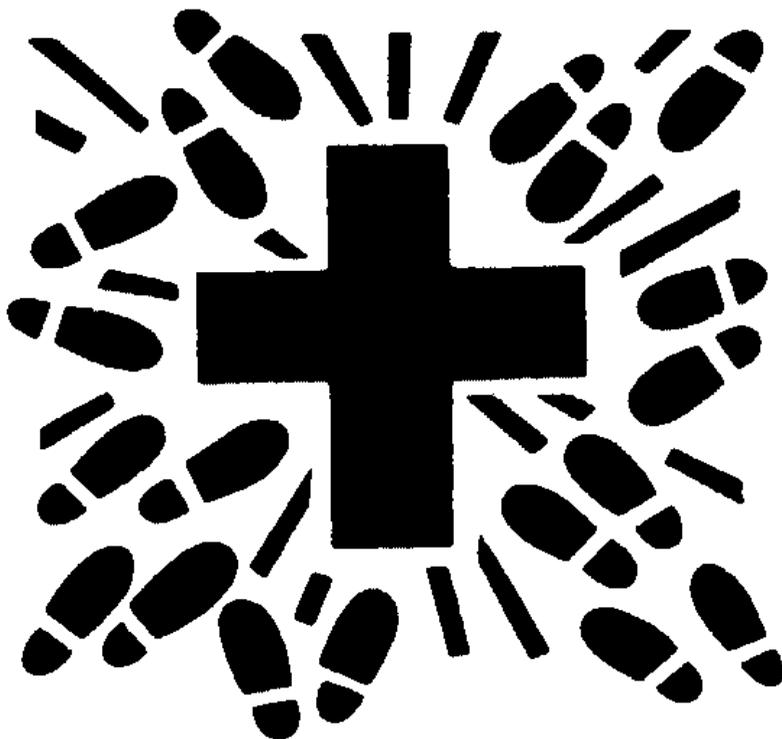
Dios es tan bueno con nosotros que nos da aun lo que no pedimos, ni muchísimo menos merecemos: la Eucaristía. A manos llenas nos reparte el Señor el pan con el que comulga con nosotros y nos hace comulgar con todos los hermanos.

Pero hay que pedir sin desfallecer, pues quien capitula demasiado pronto demuestra que no tiene verdadera confianza. Dios quiere que se busque, porque siempre está más allá de lo que esperamos. Tenemos que llamar a su puerta durante mucho tiempo, porque dicha puerta se abre sobre un infinito que nunca se alcanza del todo. La verdadera actitud ante Dios –la oración en la vida- es la actitud del mendigo... un mendigo que se sabe amado y llamado a la Vida.

ORACIÓN FINAL (Sobre el Salmo 137)

Dios que te llamas Amor, amor eterno, amor fiel y poderosa ternura, ¡te damos gracias de todo corazón!

¡A ti debemos lo que somos, y tu promesa asegura nuestro porvenir! ¡Señor, no abandones la obra de tus manos! Dios que lo conoces todo, Dios único, nunca se ha oído decir que hayas rechazado al que te implora. ¡Bendito seas tú, a quien buscamos, porque te adelantaste tú a venir hasta nosotros!



14 DE MARZO

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 5,20-26

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano “imbécil”, tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama “renegado”, merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito, procura arreglarte enseguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto.”

REFLEXIÓN

“Se dijo (Dios dijo)... Pero yo os digo”. ¿Se oponía Jesús a Dios? No a Dios, sino a la interpretación que los escribas hacían de la Ley. De hecho, Jesús va más lejos que las escuelas rabínicas de su tiempo: se sitúa al nivel del amor. A menudo, aferrarse a la ley es condenarse a un mínimo sin vida. El mínimo no es el amor, es sólo su caricatura. El que se contenta con la justicia de los fariseos –ya

considerable- no ha descubierto aún el camino del Reino. La ley prohibía el homicidio, y Jesús condena la cólera. Además, no basta con expiar; y también hay que reconciliarse con el hermano. ¿Cómo presentarse a la mesa de la reconciliación si el corazón sigue lleno de resentimiento? El reino de Dios está ahí. Cuando llegue el Juez, no hay que estar enfadado con el hermano.

Jesús se pone al nivel del amor, que es el único camino del futuro humano. Prohíbe nutrir la cólera, insultar o maldecir al otro, no para aumentar el peso de la ley, sino para abrir en nuestras vidas un espacio de amor suficiente que permita avanzar con libertad. Dios quiere que el hombre viva: quiere que seamos, los unos para los otros, fuente de vida y de futuro.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

“Deja tu ofrenda y reconcílate con tu hermano”. Hemos escuchado la llamada de Dios a la conversión. Hemos respondido y le decimos que sí, que vamos a cambiar, que queremos volver a él. Está bien, pero ahora ¿qué? Lo primero que se nos ocurre, naturalmente, es volver a su ley, a sus caminos, y volver a su casa, al templo, al culto. Es en este momento cuando aparece Jesús con la doble enseñanza del evangelio de hoy: cumplir la ley, sí, evidente; pero no como los fariseos, externa, servil, sino en espíritu, de corazón y con toda la amplitud de quien sabe que su ley suprema es el amor. Volver al culto sí, estupendo; pero sabiendo que el abrazo de reconciliación con Dios exige el abrazo de perdón y de reconciliación con el hermano.

ORACIÓN FINAL

Te doy gracias, Señor, porque me ofreces el camino del perdón, de la reconciliación y de la vida. Porque me das la oportunidad de dejar mi ofrenda e ir a abrazar al hermano, como tú lo haces conmigo.



15 DE MARZO

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 5,43-48

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Habéis oído que se dijo: “amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.”

REFLEXIÓN

Es hermosa la imagen del sol que brilla para todos los hombres sin discriminar a nadie. Si Dios tuviera que castigar cada vez a sus “enemigos”, ¡menudo lío! ¿Y qué pasa con nosotros? En el fondo de la idea de castigo está la de una justicia del “ojo por ojo y diente por diente”. Tal falta será reparada con tal sanción. Dios no es así: no castiga, convierte. No pierde el tiempo en ver lo que pasa, va derecho al corazón.

“Vosotros, pues, sed perfectos...”. Y la perfección se concreta en el perdón, que es el don por excelencia. Perdonar es recrear, liberar, creer en el otro, abrirle la posibilidad de una nueva vida. ¿Escuchará esta vez? ¿Todos nuestros enemigos se harán nuestros amigos en la medida de nuestro perdón? Nada es menos cierto; pero lo que se nos pide es que actuemos como Dios. El futuro es de él: no le cerremos la puerta con nuestra dureza. Además, la historia de Dios con los hombres lo atestigua: cuando el amor es totalmente desarmado, se convierte en lo que verdaderamente desarma. Ahí está una ley nueva, la ley del Reino. Supone una mirada distinta al mundo que sólo se comprende desde la fe. Pero, a este nivel, es la ley más eficaz que jamás se haya imaginado. La ley del Dios vivo.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Jesús nos pide que el mal sea vencido por el bien.

Jesús despliega, pues, un futuro. El hombre que se encierra en el odio desea la eliminación de su enemigo. Si se conmueve ante la bondad que se le testimonia, renunciará quizás al mal y se volverá él mismo bueno. El bien habrá vencido al mal. El perdón abre un espacio de libertad y postula una lógica distinta de la del mal.

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Aplicar el Evangelio a la perfección. Pero ¿no puede ser descorazonador? ¿Quién puede llegar a conseguirlo? La perfección de Dios es el amor, así es el que ama, de verdad.

ORACIÓN FINAL

Señor, al final de cada Eucaristía nos envías con un encargo: “Sed santos”. Quiero tomarme esto en serio y preocuparme de lo que tú quieres. Amar generosamente en las mil ocasiones que me va brindando el día. Al estilo de Cristo. Amén.



SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

RECORRE EL CAMINO DE LA MISERICORDIA

Esta segunda semana es en el leccionario cuaresmal, la semana de la Misericordia. Es el tema dominante durante toda la semana.

El Dios que se presenta es un Dios de entrañas de misericordia. En contraposición con el Dios legalista y justiciero, los evangelios nos descubren un Dios con entrañas de misericordia y de perdón.

Pero no solo esto: se pide al cristiano que sea él mismo misericordioso como lo es Dios.

El domingo segundo de cuaresma vemos el pasaje de la transfiguración. Jesús lleva a los suyos a una montaña alta. La Ascensión y el camino de Jesús acaban siempre en una montaña.

La cuaresma acabará en una montaña, la del Gólgota y la de la Ascensión. Mientras se llega a aquella, y como empuje para llegar allí, está el Tabor, la gloria de Dios que aparece en todo su esplendor por unos momentos.

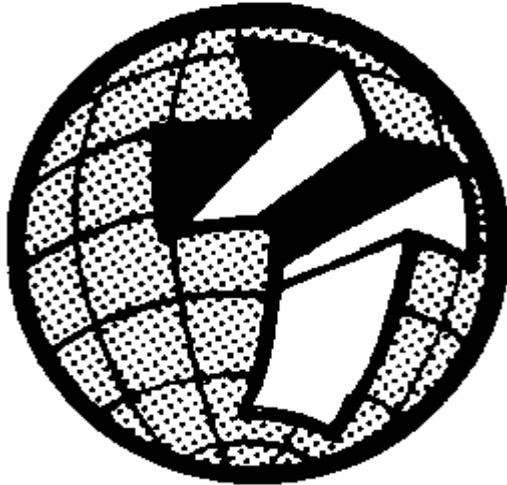
Se les anuncia lo incomprensible para ellos justamente en estos momentos de luz: ***“He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado”***.

Los evangelios de la semana comienzan por una invitación a la misericordia: ***“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”***.

He aquí un camino a realizar durante estos cinco días, y la novedad que se está pidiendo al creyente. El cambio y la transfiguración que se nos exige pasan por hacernos hombres y mujeres llenos de ternura y de misericordia.

Acoger al hermano es darle vida, es levantarlo de su postración y entronizarlo en el mundo de la comunidad. Acoger es algo así como dar existencia y recrear al otro. Donde nos sentimos acogidos, allí somos distintos, allí todo lo bueno que llevamos en el corazón crece y se desarrolla y es posible el futuro y el cambio.

Abrir los brazos a todos y acercarse a todos y dar cabida a todos es el mensaje de la predicación de Jesús. Por eso, Él es el hombre nuevo, sabe perdonar y sabe entrar en la casa de los pecadores para perdonarlos y dejar que entren todos en su casa, en su corazón.



16 DE MARZO

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

1ª Lectura: Génesis 12,1-4ª

Salmo 32.

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo
esperamos de ti.

2ª Lectura: 2 Timoteo 1,8b-10

PALABRA DEL DÍA

Mateo 17,1-9

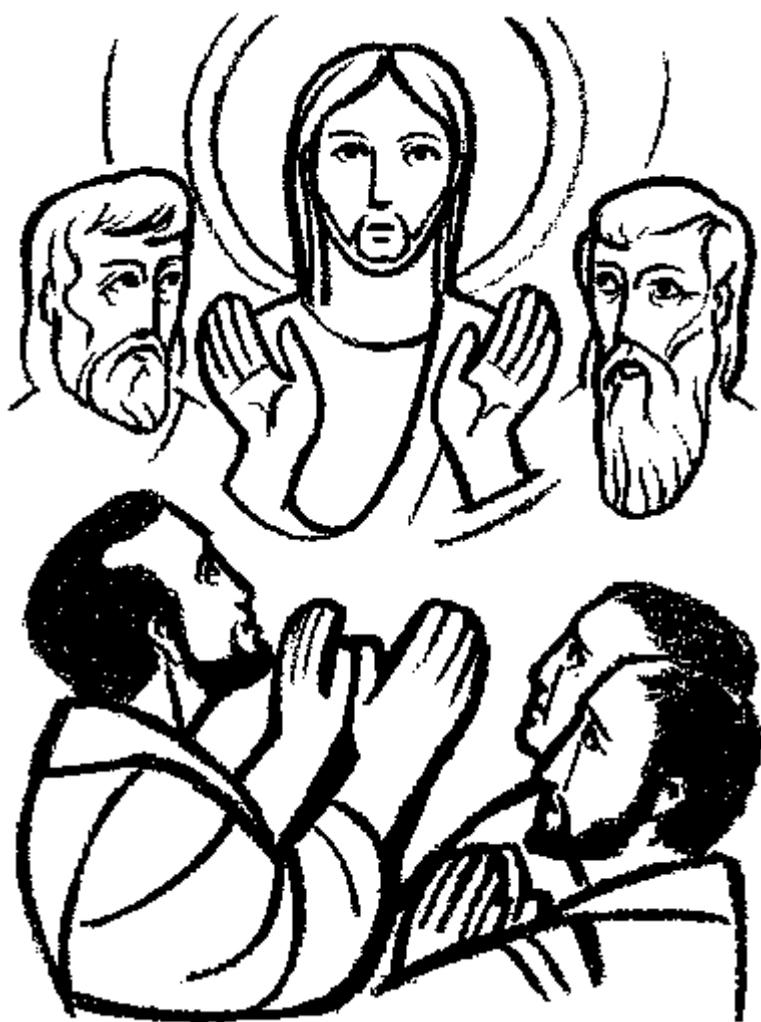
“Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: “Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle”. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándoles les dijo: “Levantaos, no temáis”. Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos”.

REFLEXIÓN

La Cuaresma es el camino hacia la Pascua, y en este segundo domingo, contemplamos a Jesús Transfigurado. Como cristianos, como bautizados, hemos sido, también nosotros, transfigurados con Cristo. Por esto nos ponemos en actitud de escucha, en actitud de contemplar la Palabra de Dios y rezarla para que nos conforte y nos estimule en este camino cuaresmal. La fe de Abrahán, como la de los primeros cristianos, nos es modelo y garantía de que el seguimiento de Cristo nos llevará también a nuestra transfiguración. Aunque también pasaremos, como identificados con Cristo, por nuestro calvario. Pero la escucha de la voz del Padre que ratifica la filiación de Jesús nos abre un camino de confianza.

La primera lectura nos ha presentado la vocación de Abrahán. Culmina con la sencilla frase: “Abrán marchó, como le había dicho el Señor”. Estas palabras sencillas definen la fe de Abrahán. Dios le promete bendición, pero también le exige abandonar cualquier seguridad. Le promete una tierra, aunque le hace abandonar la seguridad de la tierra de sus padres. Abrahán confía. Es el padre de nuestra fe. Su confianza le convierte en modelo y padre de los creyentes porque Abrahán escucha, está dispuesto a escuchar y obedecer la voz del Señor.

El Salmo 32 que hemos proclamado es una alabanza poética de la Palabra del Señor. La define como palabra sincera, fiel, actuante. El salmista nos ayuda a cantar el amor de este Dios que vela por sus fieles, que les libra de la muerte. La actitud del salmista es la de escuchar, actitud de profundo júbilo al contemplar la Palabra



del Señor que lleva a cabo y realiza el amor de Dios hacia los que lo esperan todo en él.

La segunda lectura nos ha presentado los consejos de Pablo a Timoteo, responsable de una de las primeras comunidades cristianas. Pablo no le esconde las dificultades del seguimiento de Cristo y del Evangelio. Pero Cristo ha desposeído a la muerte y, con su Buena Nueva, con su palabra de Evangelio, ha hecho resplandecer la luz de la vida para todos los que lo quieren escuchar y seguir.

El evangelio de Mateo nos sitúa hoy en una montaña alta. Jesús la sube con sus discípulos. Ante ellos se transfigura: se manifiesta resplandeciente como el sol y vestido como de luz. Moisés y Elías conversan con él. Pedro manifiesta una alegría irresistible y quiere fijar este momento. La Palabra culminará esta manifestación. Al igual que en el bautismo de Jesús en el Jordán, la voz ratifica la filiación divina de Jesús. Ante esto sólo se puede adorar. Jesús retoma a los discípulos a la realidad con su característico “no temáis” y con el mandato del silencio hasta que la resurrección no aclare el sentido de esta manifestación.

Nosotros, en esta Cuaresma, con la Iglesia, queremos poner de nuevo en el centro de nuestra vida la voluntad de Dios. Por el bautismo hemos sido identificados con Cristo. Con él penetrábamos en el desierto y con él afrontamos las muchas maneras con que el tentador intenta dividir nuestro corazón; afanes, ansias, envidias.

En esta Cuaresma, mediante la escucha de la Palabra, queremos aprender a contemplar las cosas, el mundo, nuestra realidad, como realidad ya transformada, profecía de la Pascua de Cristo que salva y transforma lo más profundo de cada ser humano y de la historia.

ENTRA EN TU INTERIOR

MIEDO A JESÚS

La escena conocida como "la transfiguración de Jesús" concluye de una manera inesperada. Una voz venida de lo alto sobrecoge a los discípulos: «Este es mi Hijo amado»: el que tiene el rostro transfigurado. «Escuchadle a él». No a Moisés, el legislador. No a Elías, el profeta. Escuchad a Jesús. Sólo a él.

«Al oír esto, los discípulos caen de bruces, llenos de espanto». Les aterra la presencia cercana del misterio de Dios, pero también el miedo a vivir en adelante escuchando sólo a Jesús. La escena es insólita: los discípulos preferidos de Jesús caídos por tierra, llenos de miedo, sin atreverse a reaccionar ante la voz de Dios.

La actuación de Jesús es conmovedora: «Se acerca» para que sientan su presencia amistosa. «Los toca» para infundirles fuerza y confianza. Y les dice unas palabras inolvidables: «Levantaos. No temáis». Poneos de pie y seguidme. No tengáis miedo a vivir escuchándome a mí.

Es difícil ya ocultarlo. En la Iglesia tenemos miedo a escuchar a Jesús. Un miedo soterrado que nos está paralizando hasta impedimos vivir hoy con paz, confianza y audacia tras los pasos de Jesús, nuestro único Señor.

Tenemos miedo a la innovación, pero no al inmovilismo que nos está alejando cada vez más de los hombres y mujeres de hoy. Se diría que lo único que hemos de hacer en estos tiempos de profundos cambios es conservar y repetir el pasado. ¿Qué hay detrás

de este miedo? ¿Fidelidad a Jesús o miedo a poner en "odres nuevos" el "vino nuevo" del Evangelio?

Tenemos miedo a unas celebraciones más vivas, creativas y expresivas de la fe de los creyentes de hoy, pero nos preocupa menos el aburrimiento generalizado de tantos cristianos buenos que no pueden sintonizar ni vibrar con lo que allí se está celebrando. ¿Somos más fieles a Jesús urgiendo minuciosamente las normas litúrgicas, o nos da miedo "hacer memoria" de él celebrando nuestra fe con más verdad y creatividad?

Tenemos miedo a la libertad de los creyentes. Nos inquieta que el pueblo de Dios recupere la palabra y diga en voz alta sus aspiraciones, o que los laicos asuman su responsabilidad escuchando la voz de su conciencia. En algunos crece el recelo ante religiosos y religiosas que buscan ser fieles al carisma profético que han recibido de Dios. ¿Tenemos miedo a escuchar lo que el Espíritu puede estar diciendo a nuestras iglesias? ¿No tememos apagar el Espíritu en el pueblo de Dios?

En medio de su Iglesia Jesús sigue vivo, pero necesitamos sentir con más fe su presencia y escuchar con menos miedo sus palabras: «Levantaos. No tengáis miedo».

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Después de que Jesús ha predicho su pasión toma consigo a Pedro, Santiago y Juan y se transfigura ante ellos en la cumbre de una alta montaña; de esta manera, los discípulos más cercanos a Jesús

experimentan algo de la gloria de su resurrección. Sólo desde la vida de Dios, que supera toda muerte, se puede entender el gesto de Jesús de dar su vida, y su invitación a todo discípulo, de “perderla para recuperarla”.

La versión de la Transfiguración del evangelio de Mateo se caracteriza por sus pinceladas apocalípticas (la cara resplandeciente como el sol, y los vestidos blancos como la luz) y por las evocaciones de la teofanía del monte Sinaí (una montaña alta, la nube luminosa).

Con la aparición de Moisés y Elías conversando con Jesús el texto nos quiere decir que es a partir de la Ley y los profetas que se puede comprender la voluntad de Dios sobre Jesús y sus discípulos; la voz del cielo pone el acento en que es en Jesús (el amado, el Hijo, el que tiene la predilección de Dios) donde está la plenitud de la revelación y que es a él a quien todo ser humano tiene que escuchar. Ésta fue, precisamente, la experiencia que tuvieron los discípulos después de la muerte de Jesús, a partir de la conciencia de su Resurrección. De hecho, Jesús les dice a sus discípulos, asustados por la visión, lo que dirá después a los primeros testigos de la Resurrección: “No temáis”.

ORACIÓN

Jesús, lo que contemplo en el cuarto misterio luminoso del rosario de los jueves, me lo ofreces hoy para dame ánimos en esta Cuaresma, camino de la Pascua. Tu Transfiguración es un anticipo de tu Resurrección y un anuncio del proyecto que tienes para mí, avalado por el Padre: transfigurarme en otro cristo, dando muerte a mi hombre viejo contrario a la Ley, a los Profetas y al Evangelio.

17 DE MARZO

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Lucas 6,36-38

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros.”

REFLEXIÓN

Este texto se enmarca dentro del discurso de las bienaventuranzas en el Evangelio de Lucas.

Cuando Jesús habla de los que odian, maldicen, tratan mal o dan una bofetada en la mejilla (entre los judíos la bofetada en la mejilla derecha era señal del máximo agravio), está pensando, naturalmente, en los que persiguen a la comunidad de los pobres que ponen su confianza en Dios salvador, en los que se han abierto al Reino, en los que son perseguidos a causa del Hijo del hombre.

Los que responden a los agravios con perdón, con amor, con la oración y la bendición, no hacen más que hacer presente en el

mundo al Dios de la misericordia: ***“Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo”***.

Por eso son con toda propiedad los hijos del Altísimo, los miembros de la familia divina, los herederos del Reino. El modelo del cristiano es ese Dios de quien dice la Biblia en el libro del Éxodo: ***“Nuestro Dios es un Dios misericordioso y clemente, lento a la cólera y rico en clemencia, fidelidad y misericordia, mantiene su amor hasta la última generación; soportando infidelidades, faltas y pecados, aunque sin disculparlos”***.

El amor cristiano es un amor fuerte, que se enfrenta al poderoso y al opresor como un espejo en el cual debe mirarse, como una llamada al cambio y a su propia regeneración.

Es un amor tierno y compasivo, hecho de gestos concretos, de sentimientos hondos y de profundo acercamiento al hombre, pero también es un amor tremendamente respetuoso: ***“No juzguéis para no ser juzgados...”***

Nadie tiene derecho a hacerse juez de los sentimientos, actitudes o actos de los demás, porque el amor maduro es respetuoso de la individualidad del otro, comprende sus circunstancias y, en último caso, intenta ayudar al otro a salir de su conflicto. El juicio queda en la conciencia de cada uno y es, en definitiva, un atributo exclusivo de Dios.

“Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará... La medida que uséis, la usarán con vosotros”. La misericordia y el perdón son grandes cualidades de Dios, como le gusta repetir al evangelista Lucas. Dios actúa así precisamente porque lo puede todo.

Si san Juan define a Dios como amor, Lucas lo muestra como misericordia, que es decir lo mismo. De ahí se concluye que la verdadera grandeza del hombre, lo que le realiza como tal, es reflejar esa imagen del Dios santo que lleva dentro. Demasiadas veces la velamos con nuestra ruindad, estrechez de juicios y sed de venganza.

Convertirnos al amor y al perdón, No tenemos otra opción: o crecemos en estatura espiritual mediante el amor que perdona y acepta a los demás con sus limitaciones humanas, o disminuimos hasta enquistarnos en el enanismo mediante una actitud egoísta. No hace falta decir que la actitud correcta es la primera, la única que verifica el seguimiento de Cristo por su discípulo.

ENTRA EN TU INTERIOR

Con qué facilidad nos hacemos jueces de los otros y pasamos por alto nuestras propias flaquezas:

“¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que tienes en el tuyo?”.

Jesús vuelve a su idea esencial: si no nos liberamos de nuestro egoísmo, de nuestro afán de aprovecharnos y oprimir a los demás; si no eliminamos de nuestro corazón cuánto hay de mentira e hipocresía..., la corrección que pretendemos hacer del otro es, más que una corrección caritativa y fraterna, una mentira, una hipocresía.

El auténtico discípulo del maestro Jesús ha de actuar con los criterios de su maestro, y cuando intenta ser más que el maestro, hace el ridículo más espantoso.

Quién quiera que se llame cristiano, ya sabe cuál debe ser su forma de actuar: No juzgar, no condenar, perdonar, dar. Sólo así nos verterán una medida generosa, remecida, rebosante. La que usemos con los hermanos la usarán con nosotros.

ORA EN TU INTERIOR

Hoy, comprendo, Señor, que muchas veces en la Iglesia se pretendieron usar otros criterios, y qué desastrosas fueron las consecuencias.

El evangelio del amor fue sustituido por la espada, el perdón por la inquisición y la censura, el amor a los pobres por las riquezas y el poder. Las consecuencias aún las estamos padeciendo hoy.

Pero yo sé, Señor, que tú, el Dios del amor y de la misericordia, el Dios que se acerca al hombre en su hijo Jesucristo, no se cansa de darme nuevas oportunidades de cambio, de renovación, de transformación.

Y esto, Señor, precisamente, es el tiempo de cuaresma que me regalas, el tiempo del cambio, de la transformación, de la renovación interior, de la conversión profunda.

ORACIÓN FINAL

Enséñame, Señor, a ser indulgente como tú lo eres, para que destierre todo juicio duro y toda acritud. Tú, que eres Dios lento a la cólera, rico en clemencia y lleno de ternura, cambia, a imagen de Cristo, tu Hijo y mi hermano, mi corazón de piedra, para que, sin

calcular ni medir mi perdón, pueda recibir de ti una medida colmada y rebosante. Amén.

Te pido, Dios misericordioso y fiel y a tu Hijo Jesucristo, pasión, que es camino de resurrección, salvación y vida, que nos conceda el don de la conversión, para que en el tiempo santo de las Pascua, pueda renacer al hombre nuevo. Amén



18 DE MARZO

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 23,1-12

“En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencia por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno solo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

REFLEXIÓN

Al árbol se le conoce por sus frutos. A los fariseos les gustaba que se notara su obediencia a la ley. Alargaban sus filacterias (esas tiras de pergamino con pasajes de la Ley que se llevaban colgadas de la frente o del brazo). Ensanchaban las franjas del manto para recordar los Mandamientos divinos y reclamaban los puestos de honor en las sinagogas. Tanto celo para que les honrasen...Pero qué lejos están los deseos de la realidad, y cómo gusta hacerse llamar “padre” en la Iglesia de Jesucristo.

“El primero entre vosotros será vuestro servidor”. Jesús denuncia en este evangelio la actitud hipócrita de los escribas y fariseos. Arremete contra quienes no sólo no hacen lo que dicen, sino que son intransigentes con los demás en lo que ellos mismos no cumplen. Y encima se tienen por buenos y por maestros. Pero, atención, porque la conclusión a la que nos lleva el Señor es toda una regla de oro para nosotros los creyentes: “El primero entre vosotros será vuestro servidor”. Es este un evangelio que deberíamos leer muy a menudo, porque nos desviamos fácilmente. Seguro que tendremos mucho, muchísimo que revisar y cambiar todos.

ENTRA EN TU INTERIOR

Fácilmente nos desviamos de las enseñanzas de Jesús. Vamos a concretar nuestro compromiso en algo tan concreto como en no ser demasiado exigente con alguien en concreto de nuestra casa, de nuestro trabajo, de nuestra Hermandad, de nuestra comunidad.

ORA EN TU INTERIOR

Dios continúa hablándonos y ofreciéndonos su perdón. Y cuando se trata de ello, automáticamente solemos proponernos ganarnos a Dios, pero no es este el camino. Pretendemos, si no engañarle, al menos disimular nuestra condición pecadora y maquilarnos con una serie de ritos y fórmulas para que se fije en lo bueno que somos. Pero él quiere que seamos humildes y servidores.

ORACIÓN FINAL

Dios y Padre nuestro, nuestro único Señor, líbranos de todo espíritu de superioridad, pues todos somos hermanos en Jesús. Amén.



19 DE MARZO

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ,

ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

1ª Lectura: 2 Samuel 7,4-5ª.1214ª.16

Salmo 88

Su linaje será perpetuo.

2ª Lectura: Romanos 4,13.16-18.22

PALABRA DEL DÍA

Mateo 1,16.18-21.24ª o bien: Lucas 2,41-51ª

“Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: “José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados”. Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”.

REFLEXIÓN

En medio del tiempo de Cuaresma se nos ofrece el testimonio ejemplar de un hombre sencillo y justo, san José. Una sencillez que lo engrandece humanamente y una justicia que es regalo del amor de Dios. Ante las iniciativas de Dios cuenta muy poco ser hombre o mujer. Dios llama y cada uno responde de una manera personal y única. Y la humildad transparente de José le lleva a convertirse en ayuda incondicional, en apoyo eficaz y silencioso de María, en un principio, y de María y de Jesús, después y hasta el final de su vida. Un hombre servicial, discreto y sensato. Pero también un hombre de fe sincera y de esperanza firme.

Ciertamente que el protagonista de las lecturas de hoy no es en realidad José, sino Jesús. Y tanto José como María adquieren relieve e importancia en relación a Jesús. La vida de todo creyente corre el riesgo de empobrecerse e incluso secarse cuando se vanagloria de sus propias obras olvidando que Dios es la fuente y el origen de todo bien. Pero si se mantiene confiadamente en una postura de dependencia de Dios, aumenta su nobleza interior y su entrega a los demás. Éste es un criterio que orientó la vida de José para poner todas sus cualidades al servicio de Dios y no de una manera abstracta sino concreta, ofreciendo compañía, protección y amor a María y a Jesús. Es entonces cuando la persona, habiendo roto el círculo de su propio egoísmo, se abre a la vida con una actitud cercana y generosa.

José se consagró a María y a Jesús pasando por encima de su perplejidad, de sus vacilaciones y de sus dudas. Todo esto se desvanece cuando capta que Dios está interviniendo de una manera

asombrosa en esa mujer a quien él ama. Y se entrega sin más explicaciones a su nueva tarea de ser padre y esposo. También nosotros necesitamos una mirada limpia de sospecha y de malicia para descubrir la huella de Dios en las circunstancias más ordinarias de nuestra vida. Necesitamos desprendernos de muchos prejuicios para acercarnos a las personas con más cariño y naturalidad. Necesitamos fiarnos más del evangelio para convertirnos en buenos instrumentos de los planes de Dios. Como Jesús, debemos ejercitarnos en saber escuchar la voz de Dios en el evangelio y en la vida y ponernos, de inmediato y sin reservas, a secundar su voluntad.

José, hombre justo y bueno, es un inmejorable compañero para seguir nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua. Movidado por la fe y la esperanza en la Palabra de Dios, José emprende un camino que estará jalonado de contratiempos. En ese camino perseverará siempre cercano a María y a Jesús. Para nosotros es, pues, un ejemplo para no decaer en nuestro trato de amistad con Dios, en nuestra atención solícita a cuantos se cruzan en nuestra vida y en nuestra libertad interior para no dejarnos encadenar por nuestro egoísmo y permanecer así disponibles a secundar lo que Dios nos pide en las situaciones comunes de la vida.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

El Seminario.

Hoy es el día del Seminario. La vocación es una semilla que debe ser cultivada. En el Seminario se cultivan las vocaciones sacerdotales. Se comprende que de la mano de José nos acerquemos

a los seminarios y a los sacerdotes. Él fue padre y formador de Jesús, el Sacerdote eterno.

Hoy debemos pedir para que haya muchos santos sacerdotes, pero como Jesús, no en los templos, sino en la vida. El oficio sacerdotal es como el del Pastor: conoce el rebaño, lo guía, lo enseña, lo alimenta, lo defiende, lo mantiene unido, da la vida..., teniendo en cuenta que el rebaño no está compuesto de ovejas, sino de personas llenas de carismas, que tienen también su sacerdocio existencial.

- El sacerdote es un teólogo y un testigo. Conoce a Dios, no tanto por el estudio cuanto por la experiencia y por la vida.
- Es una persona de oración y de pasión, unido a Dios y comprometido con los hermanos. Habla a Dios de los hombres y a los hombres de Dios. Cerca de Dios y cerca de los que sufren, misericordioso siempre.
- Es hombre de profecía y de bendición. Lee los signos de los tiempos, vive en positivo, con esperanza, siempre bendiciendo.
- Es pastor y servidor. Su autoridad reside en coordinar. Su carisma principal es suscitar carismas y armonizarlos.
- Evangelizador y liberador de los pobres. Serán sus preferidos, les predica con palabras y con servicios, padece con ellos y camina con ellos.
- Celebra y vive la eucaristía, parte el pan de Cristo y se hace pan con Cristo. Actualiza la Pascua y vive pascualmente, pasando de la muerte a la vida por amor.

Te pedimos, Señor, por medio de S. José, Patrono de la Iglesia, por nuestros pastores, bendícelos, Señor. Te pedimos por cuantos

sienten la llamada al sacerdocio y responden con generosidad. Ayúdalos, Señor. Te pedimos por las familias, los primeros seminarios, para que las bendigas. Señor. Amén



20 DE MARZO

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Lucas 16,19-31

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: “Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: “Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas.” Pero Abrahán le contestó: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentras aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros.” El rico insistió: “Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evite que vengan también ellos a este lugar de tormento.” Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen.” El rico contestó: “No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán.” Abrahán le dijo: “Si

no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto.”

REFLEXIÓN

Jesús contrapone la suerte desigual, entre el rico Epulón y el pobre Lázaro. Jesús desarrolla la parábola en tres escenas: situación de los dos en vida, cambio de escena después de su muerte y diálogo de Epulón con Abrahán. En las dos primeras escenas Jesús contrasta las dos situaciones, felicidad de uno y pobreza extrema del otro; en la tercera escena está la enseñanza de la parábola.

El desigual destino de Epulón y Lázaro no se debe sólo a su condición sociológica, sino, sobre todo, a sus actitudes personales. El rico no se condena por el mero hecho de serlo, sino porque no teme a Dios, y porque egoístamente se niega a compartir lo suyo con el pobre que muere de hambre a su puerta. Tampoco el pobre se salva exclusivamente por serlo, sino porque está abierto a Dios y espera la salvación de él, que hace justicia a los oprimidos.

A nuestro alrededor tenemos ancianos abandonados y solos, familias rotas que necesitan nuestra ayuda, marginados que necesitan una mano amiga. Si les cerramos las entrañas, ¿cómo creemos a bien con Dios? Los cristianos no podemos ser espectadores neutrales de la pobreza y miseria ajenas, porque ***“los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”*** (GS 1).

Si no somos solidarios compartiendo nuestros bienes y dinero, tiempo y talentos, con los que son más pobres que nosotros, nuestras eucaristías no serán auténticas. Según venía a decir Pablo a los cristianos de Corinto (1 Cor 11,17s).

ENTRA EN TU INTERIOR

Escuchar la Palabra de Dios, convertimos a la ley de su Reino de justicia y amor, abandonar la falsa seguridad de los bienes materiales y compartir con los hermanos lo que tenemos son las consignas que se desprenden de la enseñanza de Jesús en esta parábola.

Para un cristiano, que quiere vivir su fe con autenticidad, nadie le es indiferente, el cristiano auténtico es el que sabe llorar con el que llora, sufrir con el que sufre, es el que sabe hacer suyos los sufrimientos y las angustias de los demás, es el que sabe dar una palmada en el hombro, el que ofrece una sonrisa, el que tiene entrañas de misericordia.

ORA EN TU INTERIOR

Te alabamos, Señor, porque oyes el clamor del pobre, liberas al oprimido y sustentas al huérfano y a la viuda. Tú derribas del trono a los poderosos y enalteces a los humildes; al hambriento colmas de bienes y a los ricos los despidas sin nada.

Cuando nuestro corazón se cierra ignorando al pobre, al enfermo, al anciano, al que sufre, abre, Señor, nuestros ojos para que te veamos a ti en ellos; cuando el pobre, el enfermo, el anciano, el

que sufre tiende su mano hacia nosotros, abre nuestro corazón al gozo de compartir lo nuestro.



Bienes, tiempo... Para dar, porque hay más alegría en dar que en recibir, para acompañar, porque estuve enfermo y me visitaste, para denunciar proféticamente las injusticias que vemos a nuestro alrededor.

ORACIÓN FINAL

Ayúdanos a romper la soga del egoísmo consumista y acaparador, liberándonos del afán de poseer, gastar y consumir, para que no nos habituemos nunca a las desigualdades ni nos cerremos a ti y a los hermanos.

Haz que nos convirtamos radicalmente de la codicia, al amor que comparte, para que así podamos cambiar las estructuras injustas, que crean desigualdades entre los hombres nuestros hermanos. Amen

21 DE MARZO

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 21,33-34.45-46

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: “Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores, para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarraron a los criados, apalearon a uno, mataron a

otro, y a otro lo apedrearón. Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, he hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: “Tendrán respeto a mi hijo”. Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: “Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?”. Le contestaron: “Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos”. Y Jesús les dice: “¿No habéis leído nunca en la Escritura: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente”?. Por eso os digo que se os quitará a vosotros el Reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos”. Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba por ellos. Y, aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente, que lo tenía por profeta.”

REFLEXIÓN

Jesús sube hacia la cruz. La escalada no tendrá límite. La parábola de los viñadores homicidas es un resumen estremecedor de la escalada de los hombres contra Cristo y contra todos aquellos que, como él, pretenden dar testimonio de Dios. Los viñadores están impacientes por apoderarse de la viña, de la herencia. En cuanto lo consigan, ya no serán pobres obreros dependientes, sino los poseedores de lo que se les había dado como gracia. El asesinato del heredero es casi ritual. El hijo se ha convertido en el rival, en el obstáculo a su deseo. Una vez muerto él, la viña se hará, al fin,

igualitaria, sin necesidad de gracias ni favores. Una religión sin el Hijo y, en definitiva, sin hijo alguno.

Esta es la explicación del asesinato de Jesucristo. Nada obligaba a matarlo, a no ser la voluntad hipócritamente religiosa de los sacerdotes y notables de conservar una religión sin dependencia filial. Una religión en la que cada uno cumple su deber, y así queda en paz con Dios. ¡Pero que Dios envíe a su propio Hijo es demasiado! La historia es de ayer... y es de hoy, en que hombres religiosos torturan al hombre en nombre de un supuesto “orden cristiano”. ¿Hasta dónde llegará la escalada del crimen y el holocausto?

Pero Dios responde con otra escalada: la del amor y la Alianza. No conoce más respuesta que la de comprometer cada vez más con su obra encarnada. Los viñadores mataron al Hijo, pero Dios lo resucita para que él mismo sea la Viña. Nosotros somos los sarmientos de su viña y los miembros de ese cuerpo. ¿Qué hemos hecho de él? Nosotros también hemos destrozado al Amado. ¿Qué otra cosa hacer, sino entrar en la escalada evangélica, renunciando a todo espíritu de posesión? ¡Qué donde impera la violencia pongamos una dulzura sin límite! Eso es dar fruto. No el fruto insípido de nuestros contratos, sino un fruto luminoso, madurado al calor del espíritu, sin otro artífice que la gracia. Daremos fruto si la resurrección de Cristo pasa a través de nosotros como la savia que da vida a los sarmientos. La alianza entre Dios y los hombres será cosa de amor o no será nada.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

La comunidad cristiana primitiva, en su reflexión pascual, entendió la parábola como una advertencia de Cristo también para ella misma. Se trata de una invitación del Señor a dar frutos según Dios, puesto que se nos ha confiado la viña, el Reino, para un servicio fiel y fecundo.

La fe, el culto y la oración han de plasmarse en frutos para no frustrar las esperanzas que el Señor ha puesto en nosotros en esta hora del mundo, tiempo de vendimia, sazón y cosecha de Dios.

Nuestra elección como pueblo consagrado a él no ha de ser motivo de orgullo puritano y estéril, sino de fértil responsabilidad cristiana. Así es como debemos aplicar hoy esta parábola para que la escritura sea eficaz en nosotros: con espíritu de revisión y conversión cuaresmal. Así seremos un pueblo que produce frutos.

ORACIÓN FINAL

Te bendecimos, Padre, por el cáliz del vino nuevo que sella tu alianza con nosotros por la sangre de Cristo. Que ese vino nuevo de tu espíritu, fermento de la nueva humanidad, haga reventar nuestros odres envejecidos, por el odio y el desamor.

Tanto amaste al mundo que le diste a tu propio Hijo. Cristo Jesús se entregó en manos de los verdugos para que de su sangre derramada naciera el nuevo pueblo, como de la uva prensada nace el vino de la fiesta. Amén.

Cristo murió perdonando. Fue la escalada divina, respuesta a la escalada criminal de los hombres. Ese día el holocausto, que debía asegurar la cohesión total de los hombres, se transfiguró en sacrificio

de amor del Dios que hace lucir el sol tanto sobre la viña de uvas agrias como sobre el plantío generoso. Por pura gracia.



22 DE MARZO

SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Lucas 15,1-3.11-32

“En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: “Ese acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El Padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo hubo gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida el

mejor traje y vestido; ponéle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado”.

REFLEXIÓN

Jesús nos presenta una típica familia de campo: todos trabajan para lo mismo, ya que la tierra es el patrimonio familiar, por lo que es un grave pecado pretender dividirla o enajenarla. Sin embargo, para aquel padre lo importante no era todo eso, sino la relación con sus hijos. Respeta su libertad, sabe callar y esperar. Ante la petición del hijo menor, accede, pues sabe que su hijo ya no es un niño: quiere ahora hacer su vida; el padre lo comprende, no sin gran dolor.

Después viene la larga y confiada espera. Conoce a fondo el corazón de su hijo: sabe de su debilidad, pero también de las posibilidades que hay en él. Sabe que tiene que hacerse hombre en la escuela de la vida, y acepta el derroche de sus bienes a cambio de la madurez de su hijo. Su testimonio de comprensión, silencio y amor será como un imán para el hijo en desgracia.

Así ve Jesús a Dios, “el Padre” por excelencia. No impone su voluntad ni mendiga el cariño de nadie. Le dio la libertad al hombre y acepta el riesgo de su desobediencia y el desafío del pecado... sin resentimiento. Es un Dios que cree en el amor, y que el amor es más fuerte que el pecado más tremendo. Cree que el amor puede transformar al hombre; por eso espera. Es un amor que se adelanta a

todo gesto de arrepentimiento; un amor –gran paradoja- que hace vivir al pecador.

El nuestro es un Dios que no tiene más ley que el amor ni más justicia que el perdón; sin tribunales, ni fiscales ni cárceles. Sólo tiene una casa que quiere llenar con la alegría de sus hijos. Ya bastante cárcel y tribunal tiene cada uno con su conciencia y con las heridas y humillaciones que la misma vida le proporciona. Un Dios que no castiga ni aplasta, sino que espera en silencio el proceso de liberación interior de cada hombre: duro y trabajoso parto hacia la luz.

La parábola aclara mucho el concepto de pecado. El pecado aparece como una decisión personal, como algo que define a uno mismo. Más que un acto malo, es una actitud en la que el hombre pretende encontrarse consigo mismo, si bien acabará en un frágil espejismo.

La parábola del PADRE BUENO es la escenificación de nuestra situación y de la misericordia de Dios, significado en el padre; es un canto al amor que siempre perdona de Dios, es la síntesis de la buena nueva de Jesús. Así es Dios, tan bueno, tan comprensivo, tan indulgente con quien se arrepiente, tan lleno de misericordia y tan rebosante de amor como el padre que se alegra del retorno de su hijo.

El pecado aparece como la fuga de la condición humana, como un evadirse de la responsabilidad de todos los días, como un negarse a construir algo en un proceso lento y un tanto duro. Como

ese falso refugio, en el que creemos sentirnos seguros, pero que nos deja más insatisfechos.

El pecado es el camino ancho y fácil..., lleno de espejismos seductores de ahí que aparezca como la tentación permanente del hombre.

El pecado llega, llama y golpea a la puerta con fuerza. Bastan pocos minutos para destrozarse una familia o una comunidad. Nada importa, porque el pecado es egoísmo ciego. Su esencia es destruir (destruir la hacienda familiar) y levantar la enseña absoluta del yo y nada más que el yo.

Y así el hijo menor parte de la casa, abandona el hogar y da la espalda al padre y a toda la familia. Ahora ya está lejos de su casa y libre de toda responsabilidad. Primero mantiene la ilusión de la libertad y de la felicidad; después. La cruda realidad lo vuelve en sí. Está sólo, tremendamente sólo, vacío, desnudo y hambriento. Por primera vez en su vida comprende que ha perdido su dignidad de hombre y de hijo, y siente envidia de los cerdos que guardaba.

La parábola describe tres momentos en la conversión del hombre: Recapacitar... Ponerse en camino... Volver al Padre....

Lo primero: pensar y reflexionar. Cada día cometemos errores y nos desviamos, pero esto es parte de nuestra condición humana. Si queremos ser auténticos, enfrentémonos con los hechos, juzguemos nuestra propia conducta y avancemos.



Y después de la reflexión viene el momento crítico: *levantarse y partir*, desandando el camino, corrigiendo el rumbo y retomando a la comunidad. En ese levantarse del hijo hay todo un sentido de regeneración y resurrección: nace de nuevo a la vida,

como lo dice el mismo padre. Ahora tiene que sepultar el pasado y enterrar una vida vieja y absurda.

Todo este proceso de conversión termina en el encuentro del hijo con el padre. En la parábola no se dice que el padre lo perdonó, pero si que afirma efusivamente: *“Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado”*. El perdón no es algo que se otorga o se recibe, sino algo que se construye entre dos, porque es la vuelta al amor, a un amor más profundo y duradero. Primero fue el abrazo del Padre a un hijo que sólo quería ser tenido como un criado más. Después vino la fiesta: la familia se ha reencontrado. El vestido nuevo, el anillo y las sandalias son los símbolos del renacimiento del hijo en la comunidad, el padre viste a su hijo precisamente como “hijo”, hijo en todo el sentido de la palabra.

ENTRA EN TU INTERIOR

En ninguna otra parábola ha querido Jesús hacernos penetrar tan profundamente en el misterio de Dios y en el misterio de la condición humana. Ninguna otra es tan actual para nosotros como ésta del “Padre bueno”.

El hijo menor dice a su padre: *«dame la parte que me toca de la herencia»*. Al reclamarla, está pidiendo de alguna manera la muerte de su padre. Quiere ser libre, romper ataduras. No será feliz hasta que su padre desaparezca. El padre accede a su deseo sin decir palabra: el hijo ha de elegir libremente su camino.

¿No es ésta la situación actual? Muchos quieren hoy verse libres de Dios, ser felices sin la presencia de un Padre eterno en su horizonte. Dios ha de desaparecer de la sociedad y de las conciencias. Y, lo mismo que en la parábola, el Padre guarda silencio. Dios no coacciona a nadie.

El hijo se marcha a «*un país lejano*». Necesita vivir en otro país, lejos de su padre y de su familia. El padre lo ve partir, pero no lo abandona; su corazón de padre lo acompaña; cada mañana lo estará esperando. La sociedad moderna se aleja más y más de Dios, de su autoridad, de su recuerdo... ¿No está Dios acompañándonos mientras lo vamos perdiendo de vista?

Pronto se instala el hijo en una «*vida desordenada*». El término original no sugiere sólo un desorden moral sino una existencia insana, desquiciada, caótica. Al poco tiempo, su aventura empieza a convertirse en drama. Sobreviene un «*hambre terrible*» y sólo sobrevive cuidando cerdos como esclavo de un extraño. Sus palabras revelan su tragedia: «*Yo aquí me muero de hambre*».

El vacío interior y el hambre de amor pueden ser los primeros signos de nuestra lejanía de Dios. No es fácil el camino de la libertad. ¿Qué nos falta? ¿Qué podría llenar nuestro corazón? Lo tenemos casi todo, ¿por qué sentimos tanta hambre?

El joven *«entró dentro de sí mismo»* y, ahondando en su propio vacío, recordó el rostro de su padre asociado a la abundancia de pan: en casa de mi padre *«tienen pan»* y aquí *«yo me muero de hambre»*. En su interior se despierta el deseo de una libertad nueva junto a su padre. Reconoce su error y toma una decisión: *«Me pondré en camino y volveré a mi padre»*.

¿Nos pondremos en camino hacia Dios nuestro Padre? Muchos lo harían si conocieran a ese Dios que, según la parábola de Jesús, *«sale corriendo al encuentro de su hijo, se le echa al cuello y se pone a besarlo efusivamente»*. Esos abrazos y besos hablan de su amor mejor que todos los libros de teología. Junto a él podríamos encontrar una libertad más digna y dichosa.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Padre Santo, tú eres misericordioso y compasivo y perdonas nuestras culpas.

No nos tratas como merecen nuestros pecados, sino que corres a nuestro encuentro y, como al hijo pródigo, nos colmas de ternura. En las parábolas de la misericordia Cristo nos dejó una radiografía exacta de tu corazón de padre.

Hoy queremos desandar nuestro camino equivocado para descansar al fin en tus brazos abiertos, dejándonos querer por ti. Así,

rehabilitados por tu amor, podremos sentarnos a tu mesa con todos los hermanos.

Bendito seas por la mesa que le preparaste al hijo pródigo, bendito seas por la fiesta. Bendito seas por la mesa que preparas para nosotros en la que tu Hijo entrega su cuerpo y su sangre para unir a tus hijos dispersos en una fiesta que lo renueva todo. Dios de bondad, Padre de misericordia, te damos gracias y proclamamos sin fin tu fidelidad. Amén.

TERCERA SEMANA DE CUARESMA

SEMANA BAPTISMAL – SEMANA DEL AGUA

“Es amor lo que quiero, no sacrificios”, pues “toda la ley se resume en una palabra: ¡amarás!”. Los profetas Oseas y Jeremías lo Habían dicho y repetido: el único sacrificio que agrada a Dios es el de un corazón sincero; el amor es el horizonte de toda la religión. ¿Por qué, entonces, encontró Jesús una oposición tan feroz cuando puso de manifiesto estos datos fundamentales de la fe? Sin duda, porque con ello ponía en evidencia a los fariseos y a los sacerdotes... Los unos habían transformado la ley de libertad en comportamiento estereotipado; los otros habían hecho del culto un contrato sin alma. Para que el corazón recuperara su lugar central en la religión fue necesario que el profeta Jesús muriese por haber amado hasta el final.

Dios lo hace todo nuevo, incluido el corazón del hombre. Es el Dios de la mañana, de la primavera y de la aurora. Al leproso le da

una carne como de un niño pequeño, y a su pueblo la verdeante hermosura de las colinas del Líbano. Pero el pueblo es sordo y obstinado; retrocede en lugar de avanzar; la fidelidad ha muerto, pues su amor es fugaz como las brumas de la mañana. Pueblo duro que ignora la piedad con la que Dios le ha gratificado sin medida.

Pueblo que no quiere acoger al profeta en su propia patria y se cierra en una ceguera cuando el Mesías hace resonar en sus muros la llegada del Reino de Dios. ¿Cómo podría Dios hacerlo aún todo nuevo? A veces, un hombre presiente la novedad. Aquí un escriba, allí un publicano. Este se mantiene a la sombra del Templo, repitiendo humildemente la oración de su corazón: “Ten piedad de mí, pues soy pecador”. El otro ha comprendido que el amor vale más que todos los sacrificios. Gracias a esta clase de hombres llega el Reino de Dios.

Un Reino donde se cumple la ley reduciéndola a la sencillez de su plenitud. Ley del corazón y del amor que se desarrolla en acción de gracias: “Señor, con todo el corazón te seguimos, buscamos tu rostro; acógenos, no retires tu misericordia, no repudies tu Alianza”. La Ley brota de la Alianza: conduce al sacrificio de acción de gracias, que vale más que todos los holocaustos. “¡Ven, Israel!” Volved al Señor y decid a Dios: te ofrecemos en sacrificio las palabras de nuestros labios!”

En esta semana se puede escoger el texto de la Samaritana de Juan 4,5-42 y en la cuarta, el texto del ciego de nacimiento. Te ofrezco el de la samaritana, y te invito a leer el texto de este ciclo B (Jn 2,13-25).

23 DE MARZO

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

1ª Lectura: Éxodo 17,3-7

Salmo 94

Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor.

2ª Lectura: Romanos 5,1-2.5-8

PALABRA DEL DÍA

Juan 4,5-42

“Llegó Jesús a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: “Dame de beber”. (Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le dice: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva”. La mujer le dice: “Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?, ¿Eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?”. Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”. La mujer le dice: “Señor, dame esa agua: así no tendré

más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla". Él le dice: "Anda, llama a tu marido y vuelve". La mujer le contesta: "No tengo marido". Jesús le dice: "Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad". La mujer le dice: "Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén". Jesús le dice: "Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis, nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad". La mujer le dice: "Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga él nos lo dirá todo". Jesús le dice: "Yo soy, el que habla contigo". En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: "¿Qué le preguntas o de qué le hablas?". La mujer entonces dejó el cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: "Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será este el Mesías?". Salieron del pueblo y se pusieron en camino a donde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: "Maestro, come" Él les dijo: "Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis". Los discípulos comentaban entre ellos: "¿Le habrá traído alguien de comer?". Jesús les dijo: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y

almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: Uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogisteis el fruto de sus sudores. En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: “Me ha dicho todo lo que he hecho”. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo”.

REFLEXIÓN

La imagen de Jesús cansado, sediento a la hora más calurosa del día es conmovedora y sugestiva. Lleva mucho tiempo caminando, hablando, sanando, salvando, y se fatiga. Por eso se sienta esperando algún alivio. En los países donde el agua es escasa, el pozo es un lugar de encuentro.

Jesús no se limita a sentir la fatiga humana, sino que quiso asumirla toda. Quiso aliviar con la suya la fatiga de todos los hombres. Por eso invita: “Venid a mí y descargad sobre mis hombros y mis espaldas vuestro peso, vuestro agobio, vuestra debilidad, vuestra preocupación. Descargad sobre mí todo lo que os cansa y os deprime. Yo, seré vuestra fuerza y consuelo, vuestra esperanza y alegría”.

El tema de la sed y del agua es central en este domingo.

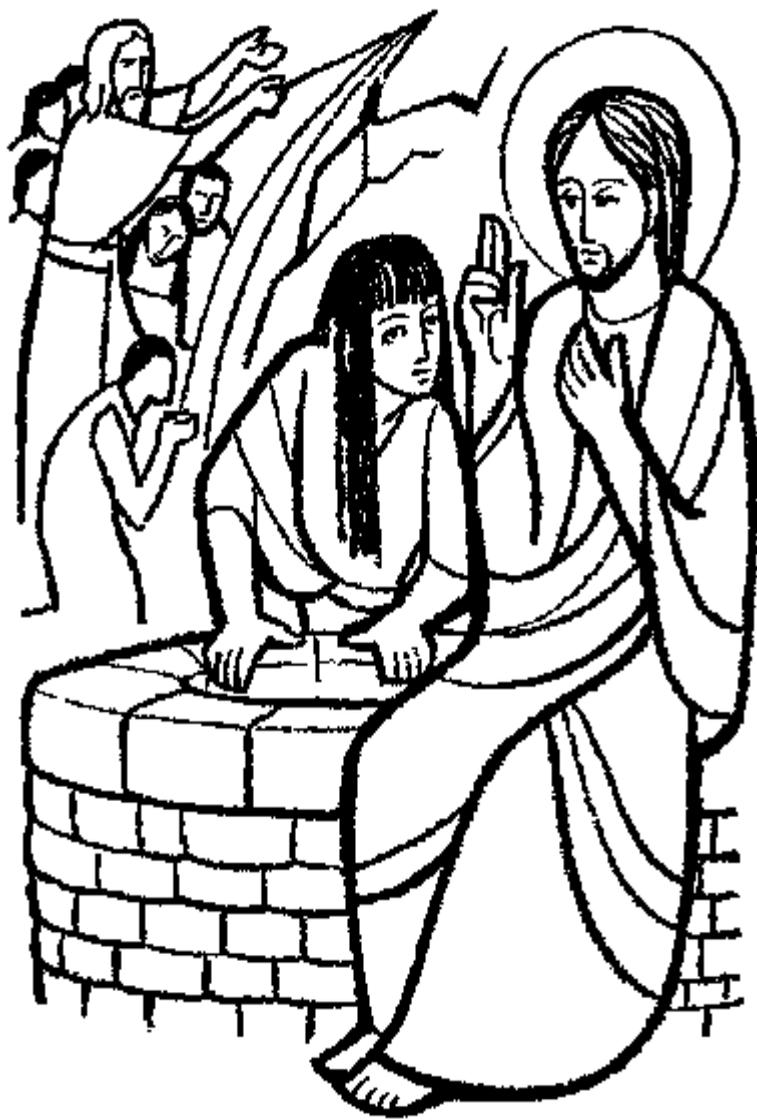
Aparece, en primer lugar, un pueblo torturado por la sed en el desierto. Es un problema material pero es fundamentalmente un problema de fe. El Dios de Israel que se reveló a Moisés como el Dios que ve, que oye y que actúa, como el Dios que no se desentiende de la vida de los hombres, los ha abandonado: ¿Está el Señor con nosotros?.

- Han experimentado a un Dios que ha pasado por ellos liberándolos: Y TIENEN SED.
- Han experimentado a un Dios que les ha dado continuas pruebas de su poder: Y TIENEN SED.
- Han experimentado al Dios de la promesa: Y TIENEN SED.

La sed del hombre es inagotable. Nunca está saciado, nunca está conforme, siempre quiere más.

Esta tentación se repite también hoy, nosotros somos como ese pueblo que a pesar de haber experimentado lo que Dios ha hecho y hace con nosotros, seguimos teniendo sed y nos revelamos. Y ante un sufrimiento grande, ante una muerte inesperada, ante una crisis fuerte, miramos en seguida al cielo: ¿Está o no está Dios con nosotros?. Y la respuesta la encontramos en Jesús, el Hijo de Dios.

El evangelio nos presenta a una mujer de Samaría que acude al pozo a por agua para calmar su sed. Pero el problema va a derivar en otras dimensiones más profundas. La samaritana será un símbolo del hombre que no consigue apagar su sed. Todo hombre está herido de insatisfacción. Vamos de un pozo a otro, de un bar a otro, de un mercado a otro, buscando nuevos productos para calmar la sed que nos tortura, pero al final seguimos con más sed.



La sed son nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestras ansias, nuestras necesidades.

Y en la samaritana descubrimos sed de felicidad, sed de amor, sed religiosa, sed del Mesías, sed de Dios.

Jesús le ofrece el agua viva, le ofrece un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna, de forma que ya no volverá a tener sed y no tendrá que volver al pozo a sacarla. Jesús, el sediento, le ofrece meter un manantial en sus entrañas. Nos ofrece a todos, meter un manantial en nuestras entrañas.

ENTRA EN TU INTERIOR

LA RELIGIÓN DE JESÚS

Cansado del camino, Jesús se sienta junto al manantial de Jacob, en las cercanías de la aldea de Sicar. Pronto llega una mujer samaritana a apagar su sed. Espontáneamente, Jesús comienza a hablar con ella de lo que lleva en su corazón.

En un momento de la conversación, la mujer le plantea los conflictos que enfrentan a judíos y samaritanos. Los judíos peregrinan a Jerusalén para adorar a Dios. Los samaritanos suben al monte Garizim cuya cumbre se divisa desde el pozo de Jacob. ¿Dónde hay que adorar a Dios? ¿Cuál es la verdadera religión? ¿Qué piensa el profeta de Galilea?

Jesús comienza por adarar que el verdadero culto no depende de un lugar determinado, por muy venerable que pueda

ser. El Padre del cielo no está atado a ningún lugar, no es propiedad de ninguna religión. No pertenece a ningún pueblo concreto.

No lo hemos de olvidar. Para encontrarnos con Dios, no es necesario ir a Roma o peregrinar a Jerusalén. No hace falta entrar en una capilla o visitar una catedral. Desde la cárcel más secreta, desde la sala de cuidados intensivos de un hospital, desde cualquier cocina o lugar de trabajo podemos elevar nuestro corazón hacia Dios.

Jesús no habla a la samaritana de «adorar a Dios». Su lenguaje es nuevo. Hasta por tres veces le habla de «adorar al Padre». Por eso, no es necesario subir a una montaña para acercarnos un poco a un Dios lejano, desentendido de nuestros problemas, indiferente a nuestros sufrimientos. El verdadero culto empieza por reconocer a Dios como Padre querido que nos acompaña de cerca a lo largo de nuestra vida.

Jesús le dice algo más. El Padre está buscando «verdaderos adoradores». No está esperando de sus hijos grandes ceremonias, celebraciones solemnes, inciensos y procesiones. Lo que desea es corazones sencillos que le adoren «en espíritu y en verdad».

«Adorar al Padre en espíritu» es seguir los pasos de Jesús y dejarnos conducir como él por el Espíritu del Padre que lo envía siempre hacia los últimos. Aprender a ser compasivos como es el Padre. Lo dice Jesús de manera clara: «Dios es espíritu, y quienes le adoran deben hacerlo en espíritu». Dios es amor, perdón, ternura, aliento vivificador..., y quienes lo adoran deben parecerse a él.

«Adorar al Padre en verdad» es vivir en la verdad. Volver una y otra vez a la verdad del Evangelio. Ser fieles a la verdad de Jesús sin

encerrarnos en nuestras propias mentiras. Después de veinte siglos de cristianismo, ¿hemos aprendido a dar culto verdadero a Dios? ¿Somos los verdaderos adoradores que busca el Padre?

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Jesús le dijo a la samaritana: ***“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber le pedirías tú, y él te daría agua viva... el que bebe de esta agua (del pozo de Jacob) vuela a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed. El agua que yo le daré se le convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”***. El pozo de Jacob es aquí símbolo del Antiguo Testamento; pero Cristo es superior porque su agua calma la sed para siempre. Condición: conocer el don de Dios, avivar la fe, proceder con sinceridad y reconocernos pecadores y necesitados ante Dios.

El encuentro de la samaritana con Jesús fue pasando de ser casual a un nivel personal y profundo; tanto, que la mujer se olvida de sí misma y de su cántaro y va a anunciar a sus paisanos, los habitantes de Sicar, lo que ha visto y oído. La dinámica de un encuentro de fe con Dios, por medio de Jesús en quien cree, la ha convertido en apóstol. Una lección se desprende: Nosotros debemos ser para nuestros hermanos y para el mundo la voz de Cristo, es decir, signo y sacramento del encuentro del hombre sediento con Dios y con su don del Agua viva que es Jesús.

ORACIÓN FINAL

Señor, quiero que quede siempre flotando en nuestro aire existencial la intuición genial y definitiva de aquel gran sediento de lo infinito que fue Agustín de Hipona, y hacer mía su sed: “Inquieto estará mi corazón mientras no descanse en Ti, Señor”.

24 DE MARZO

LUNES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Lucas 4,24-30

“En aquel tiempo, dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: “Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio-”. Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba. “

REFLEXIÓN

La sencillez de las palabras de Jesús, siempre desarman. No sólo Jesús declara ingenuamente: “Hoy se ha cumplido la Palabra”,

sino que se presenta como el que va a renovar la historia, aunque él sea un hombre entre los hombres. Un conciudadano más.

En esto se apoya la gran renovación evangélica. Una fe anclada en el corazón y fundada en signos tan tenues como un hombre sin poder o el símbolo de un agua viva. Lo que Dios viene a renovar es el corazón del hombre. ¿Lo conseguirá frente a los maestros de Israel, que han edificado un sistema de leyes y ritos en el que el corazón, a la postre, no cuenta para nada? Hoy, y de un modo aún más banal, son los habitantes de Nazaret quienes se encogen de hombros. Pero basta con que Jesús les amenace con las Escrituras para que su furor llegue al extremo de pretender acabar con él de una vez por todas.

“Pero él, pasando por en medio de ellos, siguió su camino”. Camino de la cruz. El único por el que Dios ha encontrado paso para renovar el corazón del hombre.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Hemos sido ungidos por el Espíritu en el bautismo y la confirmación para testimoniar y secundar la misión liberadora de Cristo. Si no queremos apagar el Espíritu de Jesús en nosotros y en nuestra comunidad, hemos de comprometernos a fondo perdido en la lucha



por la liberación de los más pobres y débiles, según el programa de Cristo en la sinagoga de Nazaret. Pero hemos de hacerlo con el amor con que lo hacía Jesús. Pues no podemos implantar la justicia en las estructuras sociales sin estar nosotros mismos convertidos, es decir, sin el amor y la fuerza del Espíritu de Dios que nos libera interiormente.

Nos incumbe una ardua y hermosa tarea de conversión, oración, alabanza a Dios y amor a los hermanos. Ese fue el camino y el estilo de Jesús, y no hay otro que nos valga.

ORACIÓN FINAL

Sé tú, Señor, nuestro presente y nuestro futuro; así la desesperanza no dominará a los que creemos en ti. Manténnos firmes en la fe y en la fidelidad, para que tus promesas se nos hagan realidad para siempre. Amén.

25 DE MARZO

MARTES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

SOLEMNIDAD DE LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

(JORNADA PRO-VIDA)

1ª Lectura: Isaías 7,10-14;8,10

Mirad: la virgen está encinta.

Salmo 39

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

2ª Lectura: Hebreos 10,4-10

Está escrito en el libro: “Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad”.

PALABRA DEL DÍA

Lucas 1,26-38

“A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: -“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: -“No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.” Y María dijo al ángel: -“¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?” El ángel le contentó: -“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios no hay nada imposible”. María contestó: -“Aquí está la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra”.- Y la dejó el ángel”.

REFLEXIÓN

La Anunciación es un misterio que meditamos siempre con asombro. La escena está muy bien pintada y elaborada por Lucas: el mensaje del ángel, las respuestas de María.

Aquí es Dios el que está buscando un templo, no es David el que quiere construirle uno, Dios quiere construirse un templo a su gusto. Quiere construir una casa para su Hijo. Los materiales los encontrará en una joven de Nazaret. Materiales como, disponibilidad, apertura al don de Dios, fidelidad, generosidad, estos materiales solo los puede manejar el Espíritu Santo.

Y esta joven siente en un momento la experiencia de Dios. Un misterio que la quema y la abaja, una palabra que la ilumina y la gratifica.

Eres una pobre esclava, pero yo quiero que sea mi hija. Eres virgen, pero yo quiero que tengas un hijo. Eres humana, pero tu hijo será divino.

¿Qué cómo será eso?.

Basta que creas, que te abras a la gracia y a la acción del Espíritu. No temas. Dios lo puede todo.

Sí, Padre. Soy tu esclava. Hágase en mí.

Soy pequeña, tengo miedo. Pero Sí.

Me da vergüenza, estoy prometida. Pero Sí.

¿Por qué te has fijado en mí? Hay tantas mujeres que son mejores y más preparadas. Pero Sí.

¿Podré yo responder como Tú quieres? ¿Sabré ser lo que me pides? Pero sí.

Sí, María, Madre mía. Tu Sí cambió mi vida, tu Sí cambió la historia, tu generosidad cambió la historia e hizo posible que el cielo se uniera con la tierra en un abrazo luminoso y salvífico.

ENTRA EN TU INTERIOR

UN ANUNCIO SORPRENDENTE

Lucas narra el anuncio del nacimiento de Jesús en estrecho paralelismo con el del Bautista. El contraste entre ambas escenas es tan sorprendente que nos permite entrever con luces nuevas el Misterio del Dios encarnado en Jesús.

El anuncio del nacimiento del Bautista sucede en «Jerusalén», la grandiosa capital de Israel, centro político y religioso del pueblo judío. El nacimiento de Jesús se anuncia en un pueblo desconocido de las montañas de Galilea. Una aldea sin relieve alguno, llamada «Nazaret», de donde nadie espera que pueda salir nada bueno. Años más tarde, estos pueblos humildes acogerán el mensaje de Jesús anunciando la bondad de Dios. Jerusalén por el contrario lo rechazará. Casi siempre, son los pequeños e insignificantes los que mejor entienden y acogen al Dios encarnado en Jesús.

El anuncio del nacimiento del Bautista tiene lugar en el espacio sagrado del «templo». El de Jesús en una casa pobre de una «aldea». Jesús se hará presente allí donde las gentes viven, trabajan, gozan y sufren. Vive entre ellos aliviando el sufrimiento y ofreciendo el perdón del Padre. Dios se ha hecho carne, no para permanecer en los templos, sino para «poner su morada entre los hombres» y compartir nuestra vida.

El anuncio del nacimiento del Bautista lo escucha un «varón» venerable, el sacerdote Zacarías, durante una solemne celebración ritual. El de Jesús se le hace a María, una «joven» de unos doce años. No se indica donde está ni qué está haciendo. ¿A quién puede interesar el trabajo de una mujer? Sin embargo, Jesús, el Hijo de Dios encarnado, mirará a las mujeres de manera diferente, defenderá su dignidad y las acogerá entre sus discípulos.

Por último, del Bautista se anuncia que nacerá de Zacarías e Isabel, una pareja estéril, bendecida por Dios. De Jesús se dice algo absolutamente nuevo. El Mesías nacerá de María, una joven virgen. El Espíritu de Dios estará en el origen de su aparición en el mundo. Por eso, «será llamado Hijo de Dios». El Salvador del mundo no nace como fruto del amor de unos esposos que se quieren mutuamente. Nace como fruto del Amor de Dios a toda la humanidad. Jesús no es un regalo que nos hacen María y José. Es un regalo que nos hace Dios.

José Antonio Pagola



ORA EN TU INTERIOR

El silencio de María se hace aceptación, obediencia y fe. Permitirá que el fruto de Dios crezca en su interior, aportando ella la única participación que Dios puede bendecir: una fe total, humilde y bañada en alegría. David, el antepasado, soñaba con una morada magnífica, gigantesca, digna del Infinito. Pero Dios derriba a los poderosos y despide vacíos a los ricos. Quiere tener su morada entre los pequeños y los humildes. Confía su palabra a quien ha amado el silencio lo bastante como para no confundir dicha palabra con su propio parloteo. Dios necesita nuestro silencio, porque quiere realizar para nosotros lo imposible. ¿Sabremos nosotros acoger a su Espíritu con tanto recogimiento interior como María, la virgen fiel, cuando dijo: “Hágase en mí según tu palabra”?

ORACIÓN

Bendito seas, Señor, en María, la virgen, pues su silencio acogió la inmensidad de tu palabra. Tu Espíritu hizo una alianza con ella, y ella concibió en su corazón al que sostiene el universo.

Disponible al misterio que preparabas desde hacía siglos, ella entregó su vida para servir a tu palabra. Por eso ante ti, oh Dios que exaltas a los humildes, nuestro corazón se desborda de alegría y te bendecimos sin fin.

Bendito seas, Dios y salvador nuestro, pues tu amor engendra al Esperado y nuestra tierra da su fruto en Jesús, tu Hijo. Concédenos conservar estas cosas en nuestros corazones hasta el día en que podamos darte gracias sin fin por los siglos de los siglos. Amén.

26 DE MARZO

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Mateo 5,17-19

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se los enseñe así a los hombres, será el menos importante en el Reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el Reino de los cielos.””

REFLEXIÓN

Jesús dice que no vino a abolir la ley, junto con los profetas, es decir, el Antiguo Testamento, sino a darles plenitud. Los tres versículos del evangelio introducen las seis antítesis del discurso del monte en que Jesús delinea la nueva justicia del reino de Dios, es decir, la nueva santidad y fidelidad. La frase inicial es clave: **“No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolir, sino a dar plenitud”**. De ahí se desprende la importancia del cumplimiento de la ley en toda su extensión; como hizo Cristo mismo, aunque criticara duramente la interpretación que de la ley hacían los maestros judíos conforme a las tradiciones rabínicas.

La alternativa que Jesús propone a la ley mosaica no es la simple abolición, sino una mayor perfección y exigencia, una fidelidad más radical, una santidad más profunda. La ley nueva de Cristo, la ley del Espíritu, fundamenta una moral y una ética religiosa en dinamismo progresivo, interior, totalizante y acorde con el ritmo ascendente de la revelación. Así lo demuestran las seis antítesis que seguirán. Porque ***“os lo aseguro: si no sois mejores (si vuestra fidelidad no es mayor) que los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (v.20)***. El amor sin límites a Dios y al hermano es la plenitud de la ley de Cristo, la justicia, la nueva santidad del Reino, la nueva fidelidad religiosa; amar, dice Pablo, es cumplir la ley entera (Rom 13,10).

ENTRA EN TU INTERIOR

Una fidelidad mayor es la que quiere Jesús de sus discípulos y la que diferencia a la comunidad del Antiguo y del Nuevo Testamento, a los miembros de la sinagoga y de la Iglesia. San Pablo, que profundizó el tema de la ley mosaica en relación con la fe en Cristo y su nueva ley, afirma: “El fin de la ley es Cristo para justificación de todo creyente” (Rom 10,4). Cristo fue el cumplimiento pleno y la realización de la ley y profecías de la antigua alianza.

ORACIÓN FINAL

Hoy te bendicimos, Señor, porque Cristo es nuestra ley. Una ley que es perfecta y es descanso del alma; un precepto que es fiel e instruye al ignorante. Unos mandamientos que son enteramente

justos, más preciosos que el oro, más dulce que la miel de un panal que destila.

Unos mandatos, Señor, rectos y que alegran el corazón; unas normas limpias, que dan luz a mis ojos.

Gracias, Señor, porque tu Palabra es lámpara para mis pasos, luz en mi camino. Gracias, Señor, porque tu ley es mi herencia gozosa, la alegría de mi vida.



27 DE MARZO

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Lucas 11,14-23

“En aquel tiempo, Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: “Si echa los demonios es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios”. Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: “Todo reino en guerra civil a va la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belcebú y, si yo echo los demonios con el poder de Belcebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama”.

REFLEXIÓN

Los que quieren explicar la actividad de Jesús como un pacto entre el jefe de los demonios y él no han comprendido que, para estar de acuerdo con Dios, hay que entrar en el movimiento de su

revelación, siempre más próxima al hombre. Para preservar lo que creen ser los derechos de Dios, retroceden en lugar de avanzar. Se han hecho infieles a Dios al rechazar a Jesús. Están divididos y hundidos.

El drama de la increencia, a lo largo del Evangelio, no se produce por un rechazo absurdo de Cristo. Si Jesús hubiera curado a enfermos y posesos sin reivindicar por su parte una relación con Dios, le habrían aplaudido, ya que nunca hay suficientes milagros. Si hubiera hecho un milagro más para “darles una señal del cielo”, le habrían llevado a hombros. Pero Cristo nunca quiso entrar en ese juego; sólo quiso ser Hijo del Padre, y exigió para él una fe sin más pruebas que la confianza. Pidió a la fidelidad dar el paso decisivo. Un paso sin desviación posible, pues “¡quién no está conmigo, está contra mí!”.

En el momento de la cruz, muchos creyeron que Jesús había sido vencido. Pero él se niega a bajar de la cruz y llegará hasta la muerte. La fidelidad a Dios supondrá la aceptación de ese agujero negro, donde la inteligencia no ve absolutamente nada. Desde ese momento, la resurrección de Cristo ya no es un argumento más perentorio que los signos efectuados durante su vida. Para ser fiel a Dios, para avanzar por el camino de la vida, hay que creer en Aquél a quien jamás veremos antes de franquear la fosa de la muerte.

ORA Y ENTRA EN TU INTERIOR

Te bendecimos, Señor, porque tu Reino vino a nosotros por el poder y los milagros de Jesucristo, tu Hijo. Te alabamos también por tantos hombres y mujeres que dedican su vida a vencer el mal de

nuestro mundo y testimoniar tu Reino como embajadores de tu amor.

Queremos optar hoy, una vez más, por Cristo. No permitas que se endurezcan nuestros corazones. Concédenos percibir tus signos y la voz de tu palabra en la celebración litúrgica y los acontecimientos de la vida. Tu Reino ha llegado a nosotros, Señor, y hay hombres y mujeres que dan su vida para arrojar el mal de nuestro mundo. Que tu Espíritu nos ilumine, para que reconozcamos en ellos a los enviados de tu salvación. Amén.

28 DE MARZO

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Marcos 12,28b-34

“En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Qué mandamiento es el primero de todos?”. Respondió Jesús: “El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos”. El escriba replicó: “Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que

todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del Reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas."

REFLEXIÓN

Ante la pregunta del letrado, Cristo se pronuncia no sólo sobre el primer mandamiento: amar a Dios, sino también sobre el segundo: amar al prójimo, para concluir en singular: ***"No hay mandamiento mayor que éstos"***. Porque el segundo mandamiento es "semejante al primero", se dice en Mt 22,39, el relato paralelo a este; quedan así unidos y equiparados ambos. Esto es lo novedoso en la respuesta de Jesús, que, por lo demás, combina dos textos conocidos de todo especialista de la ley de Moisés. Para el amor a Dios utiliza la oración del "Shemá" (Escucha, Israel), que todo judío rezaba mañana y tarde, y para el amor al prójimo se remite al Levítico (19,18), si bien para Jesús prójimo es todo hombre y mujer, y no sólo el pariente y el compatriota, no sólo el próximo, el cercano.

La clave es el amor, amar a Dios y al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios; así concluyó el letrado su diálogo con Jesús. Afirmación que el Señor aprobó, "viendo que había respondido sensatamente". El amor es más importante que la misma práctica cultural, porque es lo que le da valor. Necesitamos sinceridad y valentía para examinarnos del amor, que es lo central de la religión.

ORA EN TU INTERIOR

A nivel de nuestra existencia personal, familiar y social, cada uno de nosotros se siente, en mayor o menor medida, como piezas dispersas de un rompecabezas. Desorientados por la propaganda

consumista que nos manipula como marionetas, atraídos como niños incautos por ideologías mesiánicas, solicitados por sentimientos y afectos contradictorios, esclavos de los pequeños ídolos y tiranos de la vida actual, tenemos más de una vez la sensación de vivir desintegrados en muchas piezas.

Ante tal dispersión, hemos de hacer un alto en el camino para preguntarnos sobre nuestra motivación religiosa fundamental, es decir, sobre la pieza clave para ensamblar el rompecabezas. Y ésta no es otra que el amor indisoluble a Dios y al prójimo. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, y a tu prójimo como a ti mismo. He aquí lo que dará sentido, cohesión y valía a toda nuestra vida si nos liberamos de los ídolos muertos; obra de nuestras manos”: dinero y orgullo, prepotencia y dominio, egoísmo y sexo, afán de tener y consumir.

A estas alturas de la cuaresma, hemos de profundizar en nuestra conversión a Dios y al hermano, avanzando por el camino de la fe y del amor; porque para ese doble encuentro no hay vía mejor ni más rápida que el amor, que es nuestro centro de gravedad.

ORACIÓN FINAL

Dios Padre de ternura, cercano a los que te invocan, infunde tu amor en nuestros corazones para que amemos a los demás con el amor con que tú nos amas. Concédenos convertirnos totalmente al amor a ti y a los hermanos. Queremos abandonar los ídolos de nuestro egoísmo, porque amar vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Amén.

29 DE MARZO

SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Lucas 18,9-14

“En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: “Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

REFLEXIÓN

Otra vez, alguien que no ha comprendido nada y atribuye a sus acciones culturales y a sus prestaciones litúrgicas una eficacia que no tienen en sí misma. Sin embargo, a primera vista, este fariseo parece buena gente, ayuna dos veces por semana y da el diezmo de su salario a los pobres. Hasta aquí, parece todo perfecto. Como muchos de los suyos, pone en práctica los consejos de piedad y virtud que le dicta su grupo. Entonces, ¿cuál es el reproche a los fariseos? El reproche es la seguridad que tienen. Hacen tantas cosas por Dios que

acaban sin necesitarlo para nada. Dios ya no es más que un simple contable que únicamente sirve para constatar sus esfuerzos y sus méritos. Ya no es la fuente de la salvación.

De hecho, está tan seguro de que todo lo ha hecho bien, que presenta sus buenas obras, no por sus méritos propios, sino por el aparente demérito del otro: *“¡Oh Dios! Te doy gracias, porque yo no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano...”*

Por su parte, el publicano tiene un verdadero sentido de Dios. Cree en Dios y conoce su propia miseria. Por eso se mantiene a la puerta del templo y clama su angustia. Como todos los pobres... Sólo cuenta con Dios, pues no tiene nada más para defenderse. Dios le justifica. *“¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”*.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Dos hombres entraron en la iglesia a orar. Uno era íntegro, el otro se mantenía a distancia de la gente, sin hacer elogios de su falta, sufriendo por el hecho de que los hombres le señalaran con el dedo. ¿Sabía este hombre que Dios ha venido a su encuentro para expresarle su ternura? Pues el privilegio de los publicanos es que sólo ellos saben hasta qué punto puede Dios ser misericordioso. Ahí está el peligro. Al fariseo le han enseñado a evitar el pecado, a multiplicar los sacrificios y las buenas obras, a practicar la regla. Y lo hace tan bien que incluso se enorgullece de ello; está en regla con Dios. El publicano se da cuenta de su indignidad y pide perdón por ella. ¿Quién de nosotros, al comulgar, piensa en serio que es indigno? “Señor, no soy digno...”. Esto no quiere decir que haya que esperar a

ser digno; nunca se es digno del todo; pero Dios quiere darse a nuestra indignidad. Es preciso que nuestras manos tendidas hacia él sean unas manos vacías. Piedad de mí, Señor, por tu amor, pues no soy más que lo que soy: poca cosa. Pero tú eres perdón y ternura, misericordia para quien se abandona a ti.



CUARTA SEMANA DE CUARESMA

SEMANA DE LA LUZ

La cuaresma es tiempo de conversión; pero, ojo, no nos engañemos: la cuaresma es, ante todo, tiempo de gracia; la conversión es una inmersión en el eterno designio de Dios. No se trata tanto de hacer un esfuerzo cuanto de descubrir lo que ya somos, por la gracia. La cuaresma es un tiempo bautismal; toda la Iglesia vuelve a zambullirse en Cristo. Si es verdad que ya nos ha liberado, no lo es menos que nos hará libres.

La conversión cuaresmal no tiene otra razón de ser que la de llegar a ser por la gracia lo que ya somos por carácter.

Se nos invita a redescubrir nuestras raíces o, mejor, nuestra raíz, pues nuestra raíz permanente en este mundo es Jesús, muerto y resucitado, que no cesa de germinar en la tierra de los hombres. Esta raíz permanente es obra del Espíritu, que nos hace capaces de entrar en comunión con el Dios de amor y de la vida.

El bautismo es un acto único en la vida del creyente que le permite unirse a ese otro acto único que, en la historia, marca el advenimiento de los últimos tiempos, la muerte y resurrección de Jesús. Lo que aconteció en Jesús se hace realidad en cada hombre. Nuestro hombre viejo, escribió Pablo, fue crucificado con él. La grandeza del bautismo consiste en que nos integra en el compromiso adquirido por Cristo, muerto y resucitado, de cara a la vida nueva. Así, poco a poco, se desvela el sentido de nuestra historia.

A partir del jueves y hasta el sábado de la quinta semana de Cuaresma, entramos de lleno en el PROCESO A JESÚS.

Los días que nos conducen a la Semana Santa se caracterizan por el desenlace de la crisis suscitada por la oposición contra Jesús: “Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron”. El proceso se inició con el comienzo del ministerio en Galilea. Para unos, el nuevo profeta tiene palabras de vida eterna, para otros, no es más que un vulgar blasfemo. Para unos es piedra de tropiezo; para otros, piedra angular de una vida fundada en su palabra. Pero el proceso que se abre contra Jesús es, en definitiva, el proceso de Dios mismo. En efecto, a Jesús no se le reprocha tanto el que se proclame Dios cuanto que manifieste a un determinado Dios.

30 DE MARZO

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

1ª Lectura: 1 Samuel 16,1b.6-7.10-13ª

Salmo 22

El Señor es mi pastor, nada me falta.

2ª Lectura: Efesios 5,8-14

Levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.

PALABRA DEL DÍA

Juan 9,1-41

“En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Entonces dijo: -Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo. Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: -Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado). El fue, se lavó y volvió con vista. Y los vecinos preguntaban: -¿No es éste el que se sentaba a pedir? Unos decían: Es el mismo. Y otros. No es él, pero se le parece. El respondía: Yo soy. Entonces llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. El les contestó: -Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo. Algunos de los fariseos comentaban: -Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros replicaban: -¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos? Y estaban divididos. Volvieron, pues a preguntarle al ciego: -Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos? El contestó: -Que es un profeta. Ellos le dijeron: -Confíesalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. El contestó: -Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y que ahora veo. Le preguntaron de nuevo: -¿Qué te hizo, cómo se abrió los ojos? Les contestó: -Os lo he dicho ya y no me habéis hecho caso: ¿para qué queréis oírlo otra vez ¿También vosotros queréis haceros discípulos suyos? Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: -discípulo de ése lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero -ese no sabemos de dónde viene. Replicó él: -Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios,

no tendría ningún poder. Le replicaron: -En pecado naciste de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: -¿Crees en el Hijo del hombre? El contestó:-¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: -Lo estás viendo: el que te está hablando ése es. El dijo: -Creo, Señor. Y se postró ante él”.

REFLEXIÓN

El Evangelio de S. Juan nos habla de la sed o del hambre o de la ceguera, no sólo en el sentido primario, sino en un sentido espiritual, y desde esas realidades humanas nos presenta a Jesús como respuesta salvadora, el que puede saciar nuestra hambre y nuestra sed, el que vino como luz para curar nuestras cegueras. Lo hace con signos y palabras. Multiplica los panes para decir: yo soy el pan; pide de beber para decir: yo tengo el agua; cura al ciego para decir: yo soy la luz.

La sed, el hambre, la ceguera, son símbolos universales, como lo son el agua, el pan, la luz, todos cargados de fuerza, de belleza y contenido.

El encuentro, no fue un encuentro casual. Tampoco fue una iniciativa del ciego. Su ceguera era tan honda que no sólo le impedía ver, sino incluso el deseo de ver. Hay muchos ciegos que se instalan en su situación, quizá la mayoría.

El que toma la iniciativa es Jesús. Él es la luz del mundo y su misión no es otra que luchar contra las tinieblas. Por eso al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. No será una mirada cualquiera, sino una mirada divina, hecha de misericordia y gracia.

Este encuentro del ciego con Jesús, de las tinieblas con la luz, es algo simbólico y la acción resultante no será un milagro cualquiera, sino un signo mesiánico, una catequesis sobre la iluminación, su proceso y exigencia; y se nos ofrece también el contrasigno, la falta de respuesta, que imposibilita toda salvación.

El proceso de la curación es, decimos, una hermosa catequesis. Se da primero una reflexión sobre el porqué y el para qué de la ceguera. No es cosa del pecado, sino de la gracia; no es castigo, sino bendición. Esta mirada en positivo podíamos aplicarla a todo.

El barro. Inexplicable medicina. No aceite o colirio o aquella hiel de pez, que utilizó Tobías, sino barro, algo feo y oscuro. Es para sacar al ciego de su conformismo, es para provocarle el deseo de ser lavado, de ser curado. El milagro sólo es posible si se desea fuertemente. Dios suele llevar al culmen de la negatividad para que el hombre grite su desesperación y para que brille el culmen de la misericordia. “El abismo invoca al abismo” (Sal 41,8), el abismo de la miseria al abismo de la misericordia. Podemos recordar los casos más conocidos, como el de Abraham, el de la Magdalena, el de Saulo, el de Agustín.

La piscina de Siloé es la necesidad de poner un medio humano, algo tiene el ciego que hacer. Lavarse los ojos, pero no es el hecho en sí, sino la obediencia en la palabra, como le pasó a Naamán el sirio con Eliseo, o sea, la fe. Ya se explica que no era una piscina cualquiera, sino del Enviado, el Mesías. Era el agua del Espíritu. Será el agua del bautismo. Hay que lavarse en la piscina de la Iglesia, pero con fe.

Se lavó y volvió con vista. Le iluminó ese hombre, se llama Jesús, el Dios que verdaderamente salva, y “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros podamos salvarnos” (Hch 4,12). Fue iluminado para que pudiera ver, para que pudiera creer.

Su fe fue progresiva, primero ve a Jesús como un hombre. Después lo verá como un profeta: que es un profeta y que viene de dios. Al fin lo confesará postrado que es el Mesías. Y terminará sufriendo persecución por dar testimonio de Jesús. Este ciego era un hombre pobre, humilde, dócil, pero era valiente y libre, no calla ante los fuertes, no cede ante la persecución; el ciego se convierte en un testigo, en un hijo de la luz. Un buen ejemplo para todos: seamos luz, sobre todo viviendo en el amor, porque “el que ama a su hermano permanece en la luz” (1 Jn 2,10).

ENTRA EN TU INTERIOR

CAMINOS HACIA LA FE

El relato es inolvidable. Se le llama tradicionalmente "La curación del ciego de nacimiento", pero es mucho más, pues el evangelista nos describe el recorrido interior que va haciendo un hombre perdido en tinieblas hasta encontrarse con Jesús, «Luz del mundo».

No conocemos su nombre. Sólo sabemos que es un mendigo, ciego de nacimiento, que pide limosna en las afueras del templo. No conoce la luz. No la ha visto nunca. No puede caminar ni orientarse por sí mismo. Su vida transcurre en tinieblas. Nunca podrá conocer una vida digna.

Un día Jesús pasa por su vida. El ciego está tan necesitado que deja que le trabaje sus ojos. No sabe quién es, pero confía en su fuerza curadora. Siguiendo sus indicaciones, limpia su mirada en la piscina de Siloé y, por primera vez, comienza a ver. El encuentro con Jesús va a cambiar su vida.

Los vecinos lo ven transformado. Es el mismo pero les parece otro. El hombre les explica su experiencia: «un hombre que se llama Jesús» lo ha curado. No sabe más. Ignora quién es y dónde está, pero le ha abierto los ojos. Jesús hace bien incluso a aquellos que sólo lo reconocen como hombre.

Los fariseos, entendidos en religión, le piden toda clase de explicaciones sobre Jesús. El les habla de su experiencia: «sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo». Le preguntan qué piensa de Jesús y él les dice lo que siente: «que es un profeta». Lo que ha recibido de Él es tan bueno que ese hombre tiene que venir de Dios. Así vive mucha gente sencilla su fe en Jesús. No saben teología, pero sienten que ese hombre viene de Dios.

Poco a poco, el mendigo se va quedando solo. Sus padres no lo defienden. Los dirigentes religiosos lo echan de la sinagoga. Pero Jesús no abandona a quien lo ama y lo busca. «Cuando oyó que lo habían expulsado, fue a buscarlo». Jesús tiene sus caminos para encontrarse con quienes lo buscan. Nadie se lo puede impedir.

Cuando Jesús se encuentra con aquel hombre a quien nadie parece entender, sólo le hace una pregunta: «¿Crees en el Hijo del Hombre?» ¿Crees en el Hombre Nuevo, el Hombre plenamente humano precisamente por ser expresión y encarnación del misterio

insondable de Dios? El mendigo está dispuesto a creer, pero se encuentra más ciego que nunca: « ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?»

Jesús le dice: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es». Al ciego se le abren ahora los ojos del alma. Se postra ante Jesús y le dice: «Creo, Señor». Sólo escuchando a Jesús y dejándonos conducir interiormente por él, vamos caminando hacia una fe más plena y también más humilde.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

San Pablo, parafraseando a Jesús, que dijo: “El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12), y también: “Vosotros sois la luz del mundo... Así, pues, que brille vuestra luz ante los hombres” (Mt 5,14-16), hoy nos ha recordado:

“En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia... La luz denuncia a las tinieblas y las pone al descubierto.”

No nos queda, pues, otra alternativa que llamarnos cristianos denunciando a las tinieblas encarnadas dentro de nosotros y fuera de nosotros, o renunciar al título de cristianos y a nuestro bautismo. Con orgullo los primeros cristianos llamaban a los recién bautizados “los iluminados”, y bien supo el imperio romano que esa palabra no era una simple metáfora. Eran temibles aquellos hombres que caminaban con los ojos bien abiertos.

Por eso Pablo nos urge a salir de nuestro estado de inconsciencia: “Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz”.

ORACIÓN

Si antes éramos tinieblas, ahora somos luz en el Señor. Caminemos como hijos buscando lo que agrada al señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia con nuestra vida y nuestro compromiso bautismal.

31 DE MARZO

LUNES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 4,43-54

“Salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: “Un profeta no es estimado en su propia patria”. Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaúm. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía

que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: “Como no veáis signos y prodigios, no creéis”. El funcionario insiste: “Señor, baja antes de que se muera mi niño”. Jesús le contesta: “Anda, tu hijo está curado”. El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole, que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: “Hoy a la una lo dejó la fiebre”. El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora cuando Jesús le había dicho: “Tu hijo está curado”. Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea”.

REFLEXIÓN

Se abre hoy la cuarta semana de cuaresma, y la proximidad de la pascua ya se siente en las lecturas bíblicas. Todo en cuaresma está orientado hacia la resurrección con Cristo. Por eso no es la cuaresma un tiempo triston. El triunfo de Jesús sobre la muerte es el nuestro si creemos en él y renovamos y vivimos la opción bautismal. Tema que se irá acentuando progresivamente hasta el final de la cuaresma. En la aurora de la resurrección, primera mañana del universo nuevo, se realiza la creación por Dios del nuevo cielo y de la nueva tierra de que habla el Tercer Isaías, el posexílico, en la primera lectura.

Jesús se manifiesta en este episodio como la vida en persona, tema que el evangelista Juan desarrolla en los capítulos siguientes al de hoy. La narración de este milagro quizá sea la versión joánica de la curación del siervo del centurión, que refiere la tradición sinóptica (Mt 8,5ss y Lc 7,1ss). Juan le da todo el realce de “segundo signo” de Jesús en Caná, donde antes había convertido el agua en vino.

ENTRA EN TU INTERIOR

El padre del niño enfermo, al acudir suplicante a Jesús, admite humildemente que la situación se le escapa de las manos, pero solamente después de acaecida la curación llega a ser un “creyente”. La súplica de petición a Dios, es un reconocimiento humilde de nuestra dependencia de él; pero tal oración no debe agotar nuestra relación con Dios.

El buen creyente no piensa en Dios sólo cuando lo necesita. Una persona que quiere a otra cultiva el detalle del cariño desinteresadamente, como el marido que regala flores a su mujer nada más que para decirle que la quiere u recordarle que ha pensado en ella. Así también nuestra actitud respecto a Dios debe ser lo más desinteresada posible y con el mayor nivel de gratuidad a nuestro alcance. Él se lo merece.

ORA EN TU INTERIOR

¿Cómo no bendecirte, Señor, sí, quitando el velo de oscuridad y tristeza que cubría la tierra, cambiaste la noche en día con la resurrección de Cristo? En la mañana de pascua creaste el cielo nuevo y la tierra nueva, habitados por hombres y mujeres libres, capaces de construir, con tu gracia, una nueva civilización del amor.

Cristo venció el pecado, la enfermedad y la muerte, y de su victoria participamos por la fe y el bautismo. Concédenos, Señor, prepararnos a la pascua próxima mediante una vivencia profunda de la opción bautismal; y renueva nuestro corazón convirtiéndolo a la esperanza y al amor gratuito que se entrega sin interés ni medida

1 DE ABRIL

MARTES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 5,1-16

“En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, que aguardaban el movimiento del agua. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que llevaba mucho tiempo, le dice: “¿Quieres

quedar sano?”. El enfermo le contesta: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado”. Jesús le dice: “Levántate, toma tu camilla y echa a andar”. Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: “Hoy es sábado y no se puede llevar la camilla”. Él les contestó: “El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar”. Ellos le preguntaron: “¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?”. Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: “Mira, has quedado sano, no peques más no sea que te ocurra algo peor”. Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por eso los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado”.

EL AGUA QUE SANA Y REGENERA

REFLEXIÓN

El evangelio sitúa a Jesús ya en Jerusalén, la ciudad que mataba a los profetas. En la piscina de Betesda realiza la curación física y espiritual de un enfermo que llevaba treinta y ocho años esperando quién lo metiera en las aguas termales cuando éstas se removían. Aquel día era sábado: “Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado”. En los evangelios de estos días, a partir de hoy, irá creciendo la oposición a Cristo por parte de sus enemigos, hasta culminar en su pasión y muerte.

El paralítico y los numerosos enfermos que yacen en los cinco soportales de la piscina esperando su curación, son imagen de una humanidad doliente que ansía el agua de una difícil salvación integral, siempre aplazada: “Señor, no tengo a nadie que me ayude”. Pero hubo alguien que tomó sobre sí nuestras dolencias y enfermedades: Cristo, el varón de dolores, que mediante los sufrimientos nos sanó a todos.

ENTRA EN TU INTERIOR

También hoy Cristo nos pregunta a cada uno de nosotros: ¿Quieres quedar sano? ¿Quieres curarte de tu pecado y mezquindad? ¿Quieres dejar tu camilla de inválido y comenzar a caminar? ¿Quieres saciar tu sed inextinguible de felicidad y liberación total? Repasa de nuevo el camino del agua y de la fe de tu bautismo; en él se operó tu nacimiento a la vida nueva de Dios, a la filiación adoptiva divina y a la fraternidad eclesial. Tu vida puede cambiar si renuevas a fondo tu opción bautismal.

ORA EN TU INTERIOR

“Loado seas, Señor, por la hermana agua, que es útil, casta, humilde y preciosa en su candor...” (Cántico de las criaturas de san Francisco de Asís).

Esta agua de Dios que me regeneró en el bautismo; esa agua viva, surtidor que alcanza la vida eterna y colma para siempre la sed de tus hijos. Esa agua bautismal que es nueva creación y luz amanecida en la primera aurora del universo nuevo; en la resurrección gloriosa de tu Hijo, Cristo Jesús.



2 DE ABRIL

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 5,17-30

“En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: “Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo”. Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: “Os lo aseguro: El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió. Os lo aseguro: Quien escucha mi palabra y cree al que me envió posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida. Y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no

puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”

AMOR QUE CREA VIDA

REFLEXIÓN

El evangelio es continuación del de ayer. En él responde Jesús a quienes le criticaban porque, según ellos, había violado el sábado curando al paralítico de la piscina de Betesda. Y contesta añadiendo un motivo más de escándalo al llamar a Dios Padre suyo y hacerse igual a Dios: ***“Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo... Lo que hace el Padre, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace... Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere”.***

Así comienza Jesús su discurso sobre la obra del Hijo, que continuaremos leyendo mañana. Según el Génesis, Dios descansó al séptimo día, después de completar la creación. De ahí la institución judía del Sabbath, que significa descanso. Pero su reposo no fue inactividad, sino mantenimiento en la vida de todo lo que creó. Igualmente, Jesús da salud y vida, incluso en día de sábado, porque él es el señor del sábado, que se estableció para el hombre y no al revés.

La obra fundamental de Jesús es revelar el amor que Dios tiene al hombre y transmitirle la vida divina, porque tiene poder para

ello. Ese amor de Dios crea vida, transforma y regenera: experimentarlo es pasar de la muerte a la vida, presente y eterna. Por eso decías Jesús: “quién escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no será condenado, porque ha pasado ya de la muerte a la vida”.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Al igual que Israel en el exilio, en los momentos difíciles de la vida nos preguntamos a veces si Dios se acuerda y preocupa de nosotros. Entonces se pone a prueba nuestra fe. En el aprieto e infortunio es cuando, acudiendo a la oración, hemos de creer más firmemente que Dios no nos ha abandonado, sino que sigue amándonos igual y más que antes. En los momentos de crisis sólo puede rehabilitarnos un encuentro personal y suplicante con el Dios que es vida y amor, y que los da a quien con él se comunica.

Padre Santo, en Cristo, tu palabra de vida, nos dices que somos queridos por ti y que nos sostienes con tus manos. No nos juzgues, Señor, conforme a nuestras culpas. Haznos experimentar tu amor, tu perdón y tu vida en Cristo resucitado, tu Hijo, en quien creemos y cuya palabra escuchamos con fe.

3 DE ABRIL

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 5,31-47

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: “Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres, además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ese sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quién tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?”

REFLEXIÓN

A los que buscan su interés y su gloria les cuesta aceptar un Dios amigo de los pecadores y de los pobres, de los marginados e

ignorantes. Ésa fue la imagen del Padre que reflejó Cristo, demostrando con su solidaridad y atención al hombre que éste es la gloria de Dios. Sobre todo cuesta aceptar a un Dios crucificado, porque la cruz de Cristo derriba el pedestal del becerro de oro, es decir, los falsos dioses que el hombre se crea: poder y soberbia, riqueza y bienestar, sexo y consumismo.

Jesús tuvo que aguantar la increencia de sus contemporáneos. Igualmente su discípulo de hoy tendrá que vivir en medio del fenómeno actual de la increencia, que ha pasado de ser reducto de minorías intelectuales a ser patrimonio de masas. Esto nos obliga a reafirmar nuestra opción personal de fe y a revisar la imagen que de Dios, de Cristo y de su evangelio ofrecemos al mundo los cristianos.

Sólo con la fe se puede ver en Jesús de Nazaret el rostro de Dios, el vivo retrato del amor que da vida al hombre, como lo demostró Cristo perdonando a los pecadores y curando a los enfermos. Ésas son las obras de Jesús, que son también las del Padre; pero fueron rechazadas por la incredulidad de los judíos.

ENTRA EN TU INTERIOR

La respuesta que se pide hoy al discípulo de Cristo es tomar la situación de increencia como un reto y una oportunidad que, al descubrir también nuestras deficiencias, propicia una continua conversión evangélica, personal y comunitaria, para vivir y testimoniar mejor nuestro seguimiento de Cristo. Para esto, antes de nada, hemos de reconstruir nuestra propia identidad cristiana con Dios. San Pablo decía: Creí, por eso hablé". El encuentro con Cristo

resucitado es anuncio de vida y salvación para el cristiano y para todos aquellos con quienes éste se relaciona.

ORA EN TU INTERIOR

Concédenos creer firmemente en medio de la increencia; para eso haz que tu amor y tu verdad habiten en nosotros. Ayúdanos a derribar los ídolos de nuestro corazón. Queremos buscar en todo tu gloria, Señor, Dios nuestro.

¿Cómo darte a conocer y revelar tu nombre a los que te ignoran sino a través del testimonio del amor? ¡Dichoso el pueblo que sabe adlamarte por siempre, Señor!

EN MEDIO DE LA INCREENCIA.

4 DE ABRIL

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 7,1-2

“En aquel tiempo, recorría Jesús la galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas. Después de que sus parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: “¿No es este el que intentaban matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que este es el Mesías? Pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene”. Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: “A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco porque procedo de él, y él me ha enviado”. Entonces intentaron agarrarlo, pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.”

REFLEXIÓN

En el texto del evangelio de hoy que continuaremos mañana, se va preparando ese desenlace fatal. Los judíos trataban de matar a Jesús, pero todavía no había llegado su hora; por eso marcha el Señor a Galilea y, cuando sube a Jerusalén a la fiesta de las tiendas, lo hace en secreto. No obstante, con acento profético y como un desafío,

“mientras Jesús enseñaba en el templo, gritó: A mí me conocéis y sabéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz. A ése vosotros no lo conocéis, yo lo conozco porque procedo de él y él me ha enviado”.

Los responsables judíos no ven en Cristo más que un hombre ordinario, porque los letrados y doctores de la ley mosaica, supuestos conocedores de la Escritura, no conocen a Dios. Más todavía: ven a Jesús como un peligro muy grave para su seguridad, es decir, para el tinglado religioso que ellos habían montado. Les cegaba su maldad; no conocían los secretos de Dios. Hasta última hora, al pie de la cruz en que moría Jesús, tentaron a Dios diciendo: “Salvó a muchos y no puede salvarse a sí mismo. Si es el rey de Israel, que baje de la cruz y creeremos en él”. Ni aun así hubieran creído; aparte de que Dios quiere una fe libre y no coaccionada por un milagro aplastante.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

El cristiano auténtico, que es fiel al evangelio, no puede menos de convertirse, como Jesús mismo, en signo de contradicción, pues sus criterios desentonarían necesariamente de los del mundo. Si no abandona la carrera del seguimiento, el discípulo participará inevitablemente de la condición de su Maestro, que “vino a prender fuego en la tierra”, abriendo así la era escatológica del juicio de Dios y anhelando un bautismo de fuego: su pasión y muerte por la salvación del mundo.

Nos ronda el cansancio y el miedo ante la incomodidad que conlleva el ser cristiano hoy. Para seguir a Cristo y mantener nuestra opción bautismal necesitamos pedir la fortaleza del Espíritu, porque

nuestro destino está ligado al de Cristo, que hubo de soportar la oposición. No perdamos el ánimo, sino que, como el atleta, “quitándonos de encima lo que nos estorba y el pecado que nos ata, corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en aquel que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, renunciando al gozo inmediato soportó la cruz sin miedo a la ignominia y ahora está sentado a la derecha del Padre” (Heb 12,1s).



5 DE ABRIL

SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 7,40-53

“En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído los discursos de Jesús, decían: “este es de verdad el profeta”. Otros decían: “Éste es el Mesías”. Pero otros decían: “¿es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?”. Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y estos les dijeron: “¿Por qué no lo habéis traído?” Los guardias respondieron: “Jamás ha hablado nadie como ese hombre”. Los fariseos les replicaron: “¿También vosotros os habéis dejado embaucar?” ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos”. Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: “¿Acaso nuestra ley permite juzgar a alguien sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?”. Ellos le replicaron: “¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas”. Y se volvieron cada uno a su casa.”

REFLEXIÓN

El evangelio evidencia la división de opiniones que suscitaba la persona de Jesús. Hay gente sencilla que lo reconocen como

profeta e incluso como mesías. Pero los sabios y conocedores de la Escritura son precisamente los que menos entienden y los más reacios a creer en Jesús. ¿Es que de Galilea puede venir el mesías? ¿No dice la Escritura que vendrá del linaje de David y de Belén, el pueblo de David? Como ayer, vuelve de nuevo el tema del origen humano de Jesús.

El relato de Juan cobra fuerza narrativa. Los sumos sacerdotes y los fariseos son los más beligerantes contra Cristo, hasta el punto de recriminar a los guardias del templo por no haberlo prendido. Pero hay un fariseo que pone la nota de moderación y sensatez. Es Nicodemo, que en otro tiempo se entrevistó con Jesús: ¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo? No obstante, los entendidos tratan de hacerle callar: “¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas”.

Una vez más queda patente que sólo mediante la fe podía darse alcance al misterio de Cristo y comprender su personalidad y su mensaje. El mayor pecado, es sin duda, cerrar la voluntad y el corazón a la verdad.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Nicodemo es un ejemplo para nosotros, él, que en otra ocasión contactó con Jesús de noche y en secreto por miedo a sus colegas, los jefes religiosos, es ahora quien da la cara por él. Su miedo se ha cambiado en valentía, porque abrió su corazón a la verdad. Con frecuencia el miedo a confesar nuestra fe en Cristo, el miedo a significarnos, el miedo al ridículo, a perder nuestra reputación y

seguridad, nos lleva a debilitar, si no a traicionar, nuestras convicciones.

El miedo a comprometernos a seguir a Cristo sin condiciones puede a veces con nosotros. Cuando confrontamos el evangelio con nuestros criterios personales y los que se llevan en torno nuestro, sentimos el vértigo del desánimo al ver que a cada paso que damos perdemos el compás. Como Jesús sabía de nuestra debilidad, previno contra el miedo a sus apóstoles cuando los envió a anunciar el evangelio: “No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma... Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo. Pero si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo” (Mt 10,28ss).



QUINTA SEMANA DE CUARESMA

SEMANA DE LA VIDA

La quinta semana de cuaresma es la semana de la vida. El Evangelio, como el de los dos domingos precedentes, se puede tomar de la semana quinta de cuaresma del ciclo A, la resurrección de Lázaro.

Los textos de esta quinta semana nos presentan el combate de Jesús con sus enemigos. Los enemigos son aquellos que se tienen por fieles a la ley de Moisés. La ley de Moisés se convierte, para ellos en su ley, en escudo y acusación contra Jesús. Por tener a Moisés y querer ser fieles a él, desprecian y olvidan a Jesús. Un intento de fidelidad que se convierte en infidelidad.

Jesús se presenta como vencedor de la muerte: vence la muerte que ha eclipsado a su amigo Lázaro; saca de la muerte a la mujer adúltera, a la que todos querían apedrear. Aplicando la ley al pie de la letra, los que se tienen por justos condenan a muerte; superando la ley con generosidad divina, Jesús libra de la muerte a la mujer. Jesús es el que viene a salvar y dar vida a quienes estaban perdidos.

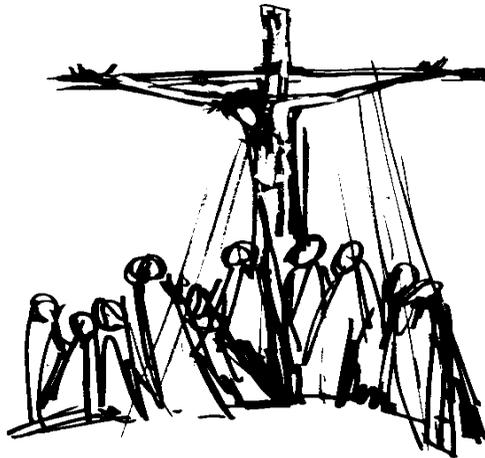
La vida suscita una provocación: los enemigos de Jesús no soportan la vida y toda su actuación se encaminará a quitar la vida a Aquel que da la vida. Muerte y vida entablan un gigantesco combate. Al final, la vida triunfará, no sin antes pasar por el combate.

El episodio de Lázaro y el relato de la mujer adúltera son la clave de interpretación de esta semana. Su proclamación no debería faltar en alguna de las diversas celebraciones.

“Yo soy la resurrección y la vida”, dice Jesús; quien crea en mí, aunque muera, vivirá. Creer en el Amor absoluto es esperar que el amor esté “garantizado” en algún sitio. Es esperar que la vida “renazca de él”. Más allá del final, o cuando llega el final, el amor comienza dando vida. El amor es una corriente que no muere.

Los catecúmenos y los bautizados ya pueden abrirse a la esperanza y confiarse totalmente a Dios.

La semana termina con un “listo para sentencia”: “No tenéis idea; no calculáis que antes que perezca la nación conviene que uno muera por el pueblo... Desde aquel día estuvieron decididos a matarlo.



5 DE ABRIL

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

1ª Lectura: Ezequiel: 37,12-14

Os infundiré mi espíritu y viviréis.

Salmo 129

Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

2ª Lectura: Romanos 8,8-11

El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos

Habita en vosotros.

PALABRA DEL DÍA

Juan 11,1-45

“En aquel tiempo, un tal Lázaro de Betania, la aldea de Marta y de María, había caído enfermo. Las hermanas le mandaron un recado a Jesús, diciendo: Señor, tu amigo está enfermo. Jesús, al oírlo, dijo: -Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: -Vamos otra vez a Judea. Los discípulos replican: -Maestro, hace poco intentaron apedrearte los judíos, ¿y ahora vas a volver allí? Jesús contestó: - ¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza,

porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque le falta la luz. Dicho esto, añadió: -Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo. Entonces le dijeron sus discípulos: - Señor, si duerme, se salvará. Entonces Jesús les replicó claramente: - Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora, vamos a su casa. Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás. -Vamos también nosotros y muramos con él. Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania estaba unos tres kilómetros de Jerusalén y muchos judíos habían ido para dar los pésames a las dos hermanas. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: -Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: -Tu hermano resucitará. Marta respondió: - Sé que resucitará en la resurrección del último día. Jesús le dice: -Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: -Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Jesús, viendo llorar a los judíos que lo acompañaban, sollozó y muy conmovido preguntó: -¿Dónde lo habéis enterrado? Le contestaron: -Señor, ven a verlo. Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: ¡Cómo lo quería! Pero algunos dijeron: -Y uno que le ha abierto los ojos al ciego, ¿no podía haber impedido que muriera este? Jesús, sollozando de nuevo, llegó a la tumba. Entonces dijo: -Quitad la losa. Marta le dijo: -Señor, ya huele mal, porque lleva tres días. Jesús le dijo: -¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa y Jesús, levantando los ojos, dijo: -Padre,

te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero, lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado. Y, dicho esto, gritó con voz potente: -Lázaro, ven afuera. El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: -Desatadlo y dejadlo andar. Y muchos judíos, al ver lo que había hecho, creyeron en Jesús”.

REFLEXIÓN

Toda la historia de la resurrección de Lázaro, tiene un valor de signo. Lázaro significa debilidad humana, pero Jesús lo quería. Lázaro significa herida de muerte, pero Jesús la asumía. Lázaro significa hombre mortal, y Jesús viene en su auxilio. Qué suerte tuvo Lázaro de tener a Jesús por amigo. Qué suerte tiene el hombre de tener a Dios por amigo y salvador.

Jesús resucitará a Lázaro. Significa que tiene poder de resucitar a todos los amigos que mueren. Primero lloró su muerte, porque le duelen los sufrimientos y penas del hombre. Después lo sacó de la tumba, para dar a entender que a todos puede sacar de sus sepulcros. Lo dijo maravillosamente: Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá.

Sólo pide una cosa, fe. Jesús es un médico que no sana si no confía en él. Creer es confiar, abrirse a él, acercarse a la fuente, dejarse llevar a la piscina, dejarse amar. Lázaro se dejó amar. Las hermanas confiaron en Jesús: Yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Como creyó la Samaritana y creyó el ciego de nacimiento. Creer es escuchar su palabra,

alimentarse y llenarse de Jesús, su pan es medicina de inmortalidad. Creer es confesar como Salvador.

La resurrección de Lázaro anuncia también la propia resurrección de Jesús. Pero ¿cómo pudo morir si era la Vida? ¿Qué necesidad tenía de morir si iba a resucitar?

Si esta línea de argumentación prevaleciera, podríamos ahorrar a Jesús todo tipo de debilidades y sufrimientos. ¿Por qué fue tentado si él no iba a caer? ¿Por qué pidió de beber si él ofrecía agua viva? ¿Por qué lloró la muerte si lo iba enseguida a resucitar? Aceptar estas hipótesis triunfalistas serían desconocer la realidad-dramática realidad- de la Encarnación. Aceptó la condición humana con todas sus consecuencias. Y quiso salvar al hombre, pero desde dentro; quiso curar las heridas, pero padeciéndolas él primero. Todo lo que él asume y sólo lo que él asume queda redimido.

ENTRA EN TU INTERIOR

NUESTRA ESPERANZA

El relato de la resurrección de Lázaro es sorprendente. Por una parte, nunca se nos presenta a Jesús tan humano, frágil y entrañable como en este momento en que se le muere uno de sus mejores amigos. Por otra parte, nunca se nos invita tan directamente a creer en su poder salvador: «*Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque muera, vivirá... ¿Crees esto?*»

Jesús no oculta su cariño hacia estos tres hermanos de Betania que, seguramente, lo acogen en su casa siempre que viene a Jerusalén. Un día Lázaro cae enfermo y sus hermanas mandan un recado a Jesús: nuestro hermano «*a quien tanto quieres*» está

enfermo. Cuando llega Jesús a la aldea, Lázaro lleva cuatro días enterrado. Ya nadie le podrá devolver la vida.

La familia está rota. Cuando se presenta Jesús, María rompe a llorar. Nadie la puede consolar. Al ver los sollozos de su amiga, Jesús no puede contenerse y también él se echa a llorar. Se le rompe el alma al sentir la impotencia de todos ante la muerte. ¿Quién nos podrá consolar?

Hay en nosotros un deseo insaciable de vida. Nos pasamos los días y los años luchando por vivir. Nos agarramos a la ciencia y, sobre todo, a la medicina para prolongar esta vida biológica, pero siempre llega una última enfermedad de la que nadie nos puede curar.

Tampoco nos serviría vivir esta vida para siempre. Sería horrible un mundo envejecido, lleno de viejos y viejas, cada vez con menos espacio para los jóvenes, un mundo en el que no se renovara la vida. Lo que anhelamos es una vida diferente, sin dolor ni vejez, sin hambres ni guerras, una vida plenamente dichosa para todos.

Hoy vivimos en una sociedad que ha sido descrita como “una sociedad de incertidumbre” (Z. Bauman). Nunca había tenido el ser humano tanto poder para avanzar hacia una vida más feliz. Y, sin embargo, nunca tal vez se ha sentido tan impotente ante un futuro incierto y amenazador. ¿En qué podemos esperar?

Como los humanos de todos los tiempos, también nosotros vivimos rodeados de tinieblas. ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? ¿Cómo hay que vivir? ¿Cómo hay que morir? Antes de resucitar a Lázaro, Jesús dice a Marta esas palabras que son para todos sus seguidores un reto decisivo: «*Yo soy la resurrección y la vida: el que crea en mí, aunque haya muerto vivirá... ¿Crees esto?*»

A pesar de dudas y oscuridades, los cristianos creemos en Jesús, Señor de la vida y de la muerte. Sólo en él buscamos luz y fuerza para luchar por la vida y para enfrentarnos a la muerte. Sólo en él encontramos una esperanza de vida más allá de la vida.

José Antonio Pagola



ORA EN TU INTERIOR

Sólo, desde esta actitud, comprendemos quién es Jesús en la historia del mundo. De pie, delante del muerto, grita con fuerte voz: Hombre, sal de la tumba y ven, pues, tienes que caminar mucho

todavía. El mundo avanza y crece, las sociedades evolucionan, la Iglesia se reforma, el cristianismo adopta nuevas formas de existencia, los cristianos se abren a una mentalidad distinta. Desata tu cuerpo y despréndete de cuanto te impide ser un hombre libre: deja las ataduras tradicionales con que las sociedades amortajan a sus víctimas para que vivan sin hablar, para que tengan pies y no caminen, brazos y no actúen, ojos y no vean. Si crees en Dios, cree en la vida. Si crees en el Espíritu, ponte a andar. La muerte está dentro de ti; la muerte eres tú mismo en cuanto te niegas a vivir...

Lázaro es el símbolo anticipado del mismo Jesús. También él dormirá en la cruz, y su muerte será la ocasión para que se manifieste el poder del Dios de la vida. Por eso Lázaro y Jesús son como el signo anticipado de eso a lo que todos debemos aspirar: vivir, aquí y ahora, con la nueva vida del Espíritu. Que la vida, es decir, la regeneración y la transformación de las estructuras muertas, florezca como una primavera que no sabe de retornos: que muestra sus flores para que aparezcan los frutos.

No podemos llamarnos cristianos si no vivimos conforme al espíritu de Cristo que da muerte al pecado bajo todas sus formas y nos introduce a la justicia de Dios, expresión de la totalidad de la salvación que debe hacerse carne en la historia.

La muerte de Lázaro pone al descubierto la muerte de una sociedad sumergida en el miedo y en la desesperanza. Jesús lo resucita como signo de que la obra de Dios tiende necesariamente a devolver al hombre el más preciado de sus dones: la vida. La fe en Cristo hoy nos hace renacer para que caminemos sin mordazas ni ataduras, como hombres libres.



ORACIÓN

“Cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, sabréis que yo soy el Señor. Os infundiré mi espíritu y viviréis: os colocaré en vuestra tierra y sabréis que yo el Señor lo digo y lo hago”.

Hermanos: esta palabra del Señor hoy se cumple en nosotros. Dios lo dice y lo hace. Que su palabra sea también la nuestra. Amén.

7 DE ABRIL

LUNES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 8,1-11

“Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?”. Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “el que esté sin pecado, que le

tire la primera piedra". E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda y en adelante no peques más".

REFLEXIÓN

El texto del evangelio contrapone una vez más dos espíritus y dos actitudes: lo viejo y lo nuevo, la ley y el amor; o, como dice Pablo, "la justicia que viene de los hombres con la que viene de la fe de Cristo, la que viene de Dios...".

Aparentemente Jesús está entre la espada y la pared. Se lo arrincona contra la ley para que opte ciegamente por ella condenando así a una mujer adúltera. "Debes elegir –se le dice- entre salvar la ley o salvar al pecador." Jesús no duda un instante y opta por el hombre, así sea un hombre prostituido y enfermo. El resto es fácil de comprender: los garabatos en la tierra, el desafío que ahora él mismo lanza a sus acusadores para que dejen correr la ley y apedreen, si así les place, a la mujer; la desbandada general de los "justos", el silencio de la mujer.

El final es simple y tierno: una mujer pecadora “se levanta” y comienza a recorrer el camino de la libertad, libre de la ley y libre del pecado. Ya no caben dudas: lo nuevo está brotando...

Jesús subraya fuertemente la auténtica actitud del cristiano: condenar el pecado (“en adelante no peques más”) y salvar al pecador (“tampoco yo te condeno”).

De ninguna manera es blando ante el pecado, pues éste destruye y esclaviza al hombre, y, por lo mismo, debe ser denunciado y destruido dentro del mismo hombre. Desgraciadamente la palabra “pecado” ya poco nos dice y, en todo caso, viene cargada con recuerdos de un viejo catecismo fundado en el cumplimiento de normas y preceptos, con sanciones y castigos, y la imagen de un Dios justiciero y terrible.

Pero a falta de otra palabra más adecuada, descubrimos con el evangelio que “pecado” significa todo aquello que atenta contra nuestra dignidad de hombres. El pecado nos impide crecer y madurar, nos avergüenza y humilla. Envidia, celos, agresión, delación, violencia, perversiones, injusticias, odio..., son todas facetas de una misma y única realidad que corroe el corazón del hombre, anula sus proyectos y destruye su historia.



ENTRA EN TU INTERIOR

Una vez que Jesús ha sopesado bien la carga, ahora se dispone a quitársela a la mujer. Jesús miró ahora a la mujer asustada

y agobiada. Mira a la mujer con toda la fuerza de su amor misericordioso. Ella comprendió; enseguida dejó de llorar, dejó de temer. Y empezó a sentirse aliviada.

Entonces Jesús, el único que podía haber tirado la piedra, cuando ya estaba la mujer sola, dijo bien alto, para que oyeran todos, también los ausentes, también los hombres de todos los siglos: “Mujer, yo tampoco te condeno”. Una palabra liberadora, una palabra misericordiosa, una palabra del cielo. Y la mujer empezó otra vez a llorar, pero de emoción y alegría. Y empezaría a entonar un canto agradecido a la misericordia.

No es difícil imaginar las consecuencias que hubiera tenido una sentencia condenatoria de Jesús contra la mujer, si le hubiera tirado alguna piedra. Todo fanatismo, toda crueldad, toda inquisición, toda pena de muerte, todo terrorismo político, toda guerra religiosa, hubieran sido justificados.

“Yo tampoco te condeno”. Ya había confesado Jesús que no había sido enviado “para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,17). No ha venido a castigar pecadores, sino a salvarlos. En cuanto a los pecados, él cargará con todos.

Esta palabra es el triunfo de la misericordia, una verificación de la enseñanza del hijo pródigo. Si el Padre castigaba con besos y banquetes, Cristo castigaba quitando condenas. Ni el Padre ni Cristo pedían cuentas. Las cuentas todas las pagará Cristo. Y es una palabra novedosa: no tanto el amor a la ley, sino la ley del amor.

ORA EN TU INTERIOR

Jesús quería a los pecadores, no al pecado. El pecado es en sí mismo un castigo. “El que comete pecado es un esclavo”, dirá Jesús un poco más adelante (Jn 8,34). No hace falta que nadie le condene, él mismo se condena. Todo pecado origina dependencia y tristeza. Y Jesús nos quiere libres y dichosos. Así, hace a la mujer una corrección fraterna. La corrección es buena, si nace del amor; buena y necesaria.

Seguro que la mujer aprendió bien la lección, no tanto por el peligro, sino porque miró los ojos de Jesús, como le pasó a Pedro.

Y de lo que sí estamos ciertos es que esa mujer jamás, jamás se atrevería a condenar a nadie. Aprendió de Jesús a ser humilde, a comprender a los demás, a no juzgar ni condenar. Nunca se atrevería a tirar piedra alguna. Aprendió en Jesús la misericordia.

ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, compasivo y misericordioso, defensor de los débiles y salvador de los pecadores. Aleja de mi corazón todo juicio y condenación. Hazme participe de tu compasión. Y ábreme el oído: “Anda y en adelante no peques más, porque puedes poner en peligro tu fe”.

8 DE ABRIL

MARTES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 8,21-30

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: “Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros”. Y los judíos comentaban: “¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: “Donde yo voy no podéis venir vosotros?”. Y él continuaba: “Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados”. Ellos le decían: “¿Quién eres tú?”. Jesús les contestó: “Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él”. Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: “Cuando levantéis al Hijo del Hombre, sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como

el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él."

REFLEXIÓN

"Cuándo levantéis al Hijo del hombre, sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado". El proceso de Jesús se acaba. Juan concluye observando: ***"Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él"***. La señal de Dios ha sido entregada. Jesús no tiene ya nada que decir; lo ha revelado todo, y llega la hora en la que va a resumir todo en una última confrontación, donde el hombre podrá reconocer el don y la gracia de Dios.

"Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que yo soy". No hay otra señal que la de una cruz. Pero ¿cómo puede un rostro desfigurado por los golpes transparentar un reflejo de la gloria de Dios? Porque, si Jesús se hace siervo, entra en agonía y se abandona al desprecio y al odio, no es, ante todo, por deseo de comulgar con la condición humana: en Getsemaní, ante el proceso de Jesús concluye, y en sus jueces y, más tarde, en la cruz, Jesús es ante todo "imagen visible de un Dios invisible". El proceso de Jesús concluye, y en este hombre sometido al suplicio debemos reconocer, sin poder explicarlo, que Dios, en la profundidad misteriosa de su vida, se parece a alguien que se pone de rodillas para servir a sus discípulos, a un hombre agonizante, a aquel que muere en la más absoluta soledad.

Se aproxima la hora; a Jesús ya sólo le falta resumir su vida en un acto supremo. Cuando la cruz se levante hacia el cielo, Dios salvará a los que no aparten de ella su vista.

Ya tienes, hermana y hermano, todas las piezas del proceso. ¿Qué dices de Jesús?.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

“Cuándo les exponía esto muchos creyeron en él”. Son los que buscaban la verdad y hallaron la vida mediante la fe en Cristo. Otros, en cambio, permanecían ciegos ante los signos de su identidad mesiánica. Cristo es signo de contradicción; los hombres han de decidirse por él o contra él. Pero esa opción compromete definitivamente el destino personal. En este día de cuaresma, con la pasión, muerte y resurrección de Cristo ya cerca, él nos invita a una conversión de fe antes de que sea demasiado tarde.

Rechazar a Cristo, que es la vida, la luz y la salvación, supone optar por la muerte, las tinieblas y la ruina eterna. San Pablo escribía a los filipenses: “Lo digo con lágrimas: hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo. Su paradero es la perdición; su dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas” (Flp 3,18s). En cambio, el que mira la cruz con fe y con espíritu de conversión, como los israelitas miraron la serpiente en el desierto, queda curado de su pecado, alcanza la salvación de Dios y tiene vida eterna. **Te bendicimos, Señor Jesús, porque con tu santa cruz redimiste al mundo y nos salvaste del pecado. Desde que tú la santificaste con tu aceptación amorosa, la cruz se convirtió en signo de vida y entrega, de amor y ternura de Dios.**

9 DE ABRIL

MIÉRCOLES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 8,31-42

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: “Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Le replicaron: “Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: “Seréis libres”? Jesús les contestó: “Os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; Sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre”. Ellos replicaron: “Nuestro padre es Abrahán”. Jesús les dijo: “Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis, lo que hace vuestro padre”. Le replicaron: “Nosotros no somos hijos de prostituta; tenemos un solo padre: Dios”. Jesús les contestó: “Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pero no he venido por mi cuenta sino que él me envió”.

REFLEXIÓN

Estamos en la recta final, durante cuatro días, la liturgia nos propone el último alegato de Jesús. El evangelio se ha urdido en torno a la pregunta de Jesús: “vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Ahora que nadie puede engañarse acerca del modo en que va a concretarla, Jesús da su respuesta y acusa: “Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán”.

Abrahán... Su nombre evoca el riesgo de una marcha que ignora los caminos del itinerario, una fe fundada en una existencia que inventa el camino. Como el árbol se reconoce por sus frutos, el amor se descubre amando. El espíritu sopla donde quiere, y el que abandona su sople no sabe adónde va.

Abrahán es, además, nuestro padre en la fe. Su cuerpo, marcado ya por la muerte, engendró a un hijo, es decir, la novedad insospechada de una vida inesperada. Por nuestra parte, la fe permanece estéril y no es capaz de crear nada, porque la preservamos y la reducimos a unos hábitos y a unas leyes. Mientras que el amor tiene necesidad de grandes espacios y de un desierto carente de toda señalización, nosotros lo encerramos en templos sin alma.

“El esclavo no se queda en la casa para siempre; el hijo sí” Jesús es el hijo legítimo, el único verdadero hijo de Abrahán, porque es el único creyente. Y hoy acusa: “si fuerais hijos de Abrahán, obraríais como Abrahán”.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

¿Cómo ser libres y fieles a Dios en un mundo como el actual, que envilece y encadena a la persona masificándola cada vez más,

coaccionando su libertad, privándola de los valores fundamentales y presionando su conciencia a base de manipulación ideológica, política, económica, social, publicitaria, consumista y moralmente permisiva? Frente a la gratificación de lo instintivo, solamente el que tiene criterios evangélicos y una fe madura puede mantener inviolada su independencia personal, sabiendo y testimoniando con su vida y conducta que su único Padre y Señor es el Dios de Jesucristo.

La libertad no se destruye tanto por la presión y la prisión cuanto por el pecado. Los mártires y los santos de todos los tiempos atestiguan la afirmación de Jesús en el evangelio de hoy: *“Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”*.



10 DE ABRIL

JUEVES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 8,51-59

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: “Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre”. Los judíos le dijeron: “Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: “quién guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre?” ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?. Jesús contestó: “Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: “es nuestro Dios”, aunque no lo conocéis. Yo si lo conozco, y si dijera: “No lo conozco” sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría”. Los judíos le dijeron: “No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?”. Jesús les dijo: “Os aseguro que antes que naciera Abrahán, existo yo”. Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.”

REFLEXIÓN

Cuando Abrahán estaba físicamente acabado, abocado a la muerte y sin descendiente directo que le heredara, recibe en la alianza con Dios su promesa de ser padre de multitud de pueblos

merced a un hijo salido de sus entrañas. Este hijo de la promesa fue Isaac, que Dios le pedirá más tarde en sacrificio para seguir probando su fe. Esta fe creó vida y bendición para el linaje de Abrahán y para todos los pueblos de la tierra gracias al que fue el hijo por excelencia de la promesa: Cristo Jesús, el Mesías de Dios.

En la lucha entablada entre la muerte y la vida, la fe en Jesús, como la fe en Dios de Abrahán, “que salta de gozo pensando ver el día del Mesías”, es la que derriba el muro de la desesperanza y del sinsentido de la existencia humana para que fluya la vida a raudales. En su misterio pascual de muerte y resurrección, Cristo es la vida nueva de Dios, la bendición y la salvación para todo hombre y todos los pueblos. En Cristo la vida venció definitivamente a la muerte, y su victoria capacita para la vida y la esperanza sin fin a todo el que cree en él.

El problema, que una vez más, apunta el evangelio se refiere básicamente al conocimiento y la aceptación de la persona de Cristo, a la cual sólo se da alcance por la fe, indispensable para descubrir, a través de los signos y obras que Jesús realizaba, su identidad personal en conexión con el Padre Dios, es decir, su palabra personal no puede menos de revelarlo y glorificarlo en toda su persona y conducta.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

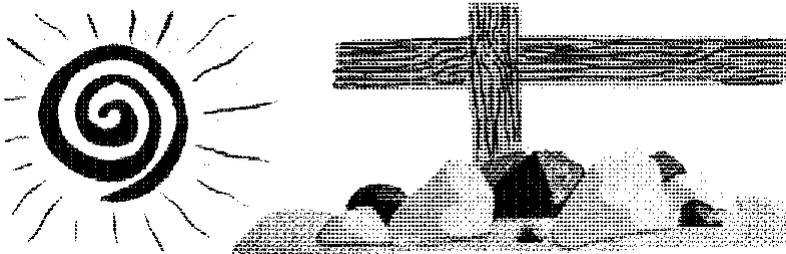
Al final del evangelio de Juan se dice: “Todo esto fue escrito para que creáis que Jesús es el mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20,31). Para creer en Jesús, nuestra vida y nuestra salvación, hay que conocerlo. ¿Qué sabemos nosotros de Jesús?.

No basta una respuesta estudiada, con la precisión del credo o del catecismo. Saber cosas de Dios no es todavía tener fe. Hace falta el contacto personal con Jesús mediante la escucha de su palabra y la oración; sin olvidar que un camino seguro para encontrar a Jesús es amar a los hermanos, especialmente a los más pobres, en quienes él se encarna. Este día de cuaresma nos urge a profundizar el contacto personal con Cristo mediante el amor a él y a los demás.

ORACIÓN FINAL

Dios de Abrahán, Dios de los que creen y esperan, te bendecimos por tu Hijo resucitado, Cristo Jesús, el hijo de la promesa y bendición tuya para todos los pueblos. En él brilla la esperanza de nuestro futuro, porque nos dio la victoria definitiva sobre la muerte.

Un mundo nuevo se abre a los que saben creer y esperar, pues todo el que cree en él y guarda su palabra vivirá.



11 DE ABRIL

VIERFNES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 10,31-42

“En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús. Él les replicó: “Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?”. Los judíos le contestaron: “No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios”. Jesús les replicó: “¿No está escrito en vuestra ley: “Yo os digo: Sois dioses”? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quién el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”. Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: “Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de este era verdad”. Y muchos creyeron en él allí”.

REFLEXIÓN

“No queremos lapidarte por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios”. Esta es la

acusación que se le imputa; pero Jesús no tiene más respuesta que sus actos. Su vida es su único testimonio. La verdad en el proceso donde lo meten los hombres, solo se puede conocer a través de su vida.

Jesús nunca ofreció una larga exposición sobre la Encarnación; la vivió, y un día la Iglesia confesará la divinidad del Hijo del hombre, porque habrá hombres que perseveren en la oración, la reflexión, la escucha y el compartir el tiempo suficiente para dar nombre al misterio revelado en la vida de Cristo. Pero los títulos que expliciten la riqueza de su encuentro lo empobrecerán al mismo tiempo. Yo no me salvo porque confiese un título de Jesús, sino porque, en la fe, me sitúo en una relación personal con él. El título está ahí para introducirme en esa relación.

Eso es lo que Jesús recuerda: “Creed al menos en las obras; ellas hablan de mí”. Todos los discursos no dicen, en definitiva, más que una cosa, lo que los discípulos experimentaron antes y después de Pascua: Dios no abandona al justo. Sólo se puede acceder a la buena nueva de la salvación a través del Amado del Padre. Cuando confesamos que Jesús es Hijo, afirmamos que su persona es la garantía viviente que Dios ha dado al mundo. Cristo es así totalmente, y de un modo único, “de Dios”. Jesús es el Hijo, porque para el Padre lo es todo: su amor, su voluntad, su vida, su ser, su alegría, su reino, su gloria, su nombre.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

¿Por qué es rechazado Jesús, por qué lo fue el profeta Jeremías, por qué lo es el cristiano que quiere vivir según el

evangelio? Misterio difícil de explicar. Múltiples razones podrían darse. Comencemos por destacar una que resume otras muchas: porque se rechaza la verdad, que suele resultar molesta, como juicio implacable que es de nuestros fallos y errores. Por falta de humildad y sobra de orgullo rechazamos la verdad, que deja al desnudo nuestra innata maldad y nuestro proceder mezquino.

Para el rechazo de Jesús contó también el misterio y escándalo de la palabra de Dios hecha carne, es decir, debilidad humana. La humanidad de Cristo, en todo igual a la nuestra menos en el pecado, era y es el gran obstáculo para ver su divinidad y la gloria del unigénito del Padre. Si bien sus obras, su vida y su conducta revelaban su origen divino, solamente mediante los ojos de la fe, que es don de Dios y no conclusión obligada de argumentos y raciocinios, se podía y se puede entender el misterio y la persona de Cristo.

ORACIÓN FINAL

Dios y Padre nuestro: tu nombre ha entrado en nuestra historia, y nosotros creemos que las obras de Jesús revelan tu verdadero rostro. Bendito seas, pues cuando él parte el pan, sabemos que tú te das sin medida. Por la vida y la muerte de tu Hijo, gracias te sean dadas ahora y siempre. Amén.

12 DE ABRIL

SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

PALABRA DEL DÍA

Juan 11,45-56

“En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: “¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación”. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: “Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera”. Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina del desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: “¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?”. Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.”

REFLEXIÓN

El último milagro que Jesús acaba de hacer, la resurrección de Lázaro, fue el detonante de su condena a muerte por el sanedrín, que cree ya insostenible la situación religiosa que Jesús está creando en el pueblo, con la consiguiente inseguridad política. “Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el consejo y dijeron:¿Qué

estamos haciendo?. Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación... Y aquel día decidieron darle muerte”, porque, según Caifás, sumo sacerdote aquel año, convenía que uno muriera por el pueblo y que no pereciera la nación entera.

La actitud oportunista de Caifás que hace suya el sanedrín, está en la línea frecuente de querer manipular a Dios y la religión conforme a los propios intereses. Esto se realiza tanto a nivel institucional como individual. Es una constante histórica, verificada en el caminar multiseccular de la Iglesia, la tentación de confundir y mezclar el ámbito religioso y político, supeditando el uno al otro alternativamente.

Lo más fácil es un cristianismo triunfalista en tiempos de bonanza y acomodaticio en tiempos de adversidad; pero la palabra de Jesús no se casa ni con una ni con otra actitud. Por eso hemos de revisar y ajustar continuamente, tanto en plan comunitario como personal, nuestra conducta e imagen cristianas. Éstas se han de plasmar en una línea firme aunque humilde, valiente pero servicial, incómoda quizás, pero alegre.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

¿Estamos preparados para celebrar la pascua del Señor? ¿Hemos entendido que ser cristiano tiene un precio? ¿Hemos renovado nuestra opción bautismal? ¿Hemos hecho realidad en nuestra vida el lema que abría estos cuarenta días: convertíos y creed en el evangelio? Es la última oportunidad para una conversión profunda de fe y de vida.

ORACIÓN FINAL

¿Quién como tú, Señor? Tú siempre te complaces en repartir tu gracia. Tú estableces con nosotros una alianza sellada en la vida entregada de tu Hijo. Él aceptó incondicionalmente tu voluntad salvadora, pero nosotros con frecuencia tratamos de manipular tu evangelio conforme a nuestros intereses. Haz de nosotros tu morada entre los hombres, para que todos sepan que tú eres nuestro Dios. Amén.



SEMANA SANTA

Antes de morir, Jesús quiere celebrar la Pascua con sus discípulos: sabe que la Hora ha llegado, y sus palabras están impregnadas de esta certeza. Todo está cumplido, y María puede verter el perfume sobre el cuerpo del condenado. Por el comportamiento de Judas, Jesús comprenderá que el fin está próximo. ¿No es el momento de instaurar el Reino? El discípulo provocará al Maestro y le pondrá en trance de manifestarse.

Mientras sigue siendo dueño de sus gestos, Jesús da sentido a la muerte que le va a ser impuesta. En la cena de la Pascua entrega él mismo su cuerpo y su sangre, bajo el signo de compartir el pan y el vino, así, sabiendo que va a ser ofrecido a la muerte para que el Reino de Dios llegue, anticipa la hora en la que él mismo va a ser lo que se ventile en el proceso de los hombres. Gesto profético que contiene ya una eficacia real, para aquellos que lo acogen en la fe. “esto es mi cuerpo”. El cuerpo de Jesús es ese trozo de pan compartido y distribuido; el cuerpo de Jesús no es entregado sino una vez que ha sido prometido a la muerte, como signo de la palabra mantenida hasta el final: “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos”.

Desde entonces se puede sopesar la importancia del encuentro, a la misma mesa, entre el que entrega y el que es entregado. Ahí está el sentido del relato de los acontecimientos que se le imponen a Jesús. La palabra y el gesto son proféticos: anuncian lo que debe cumplirse, mañana, sobre la cruz, la palabra dada en la Cena se cumplirá. Y después de esa tarde del Viernes Santo, sigue siendo efectiva. Cuando dos o tres, reunidos en nombre de Cristo,

comparten el pan en la alabanza, esperando el día en que el Señor vuelva, pasan con él de la muerte a la vida.

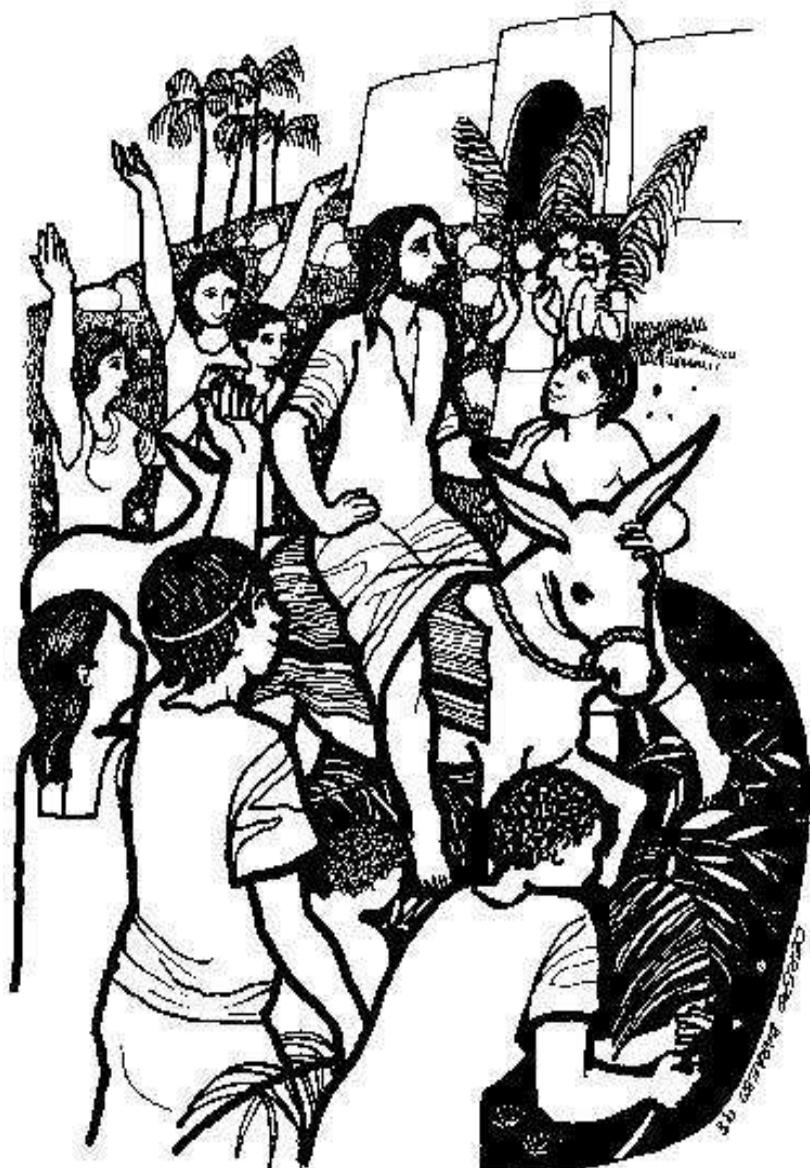
13 DE ABRIL

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Lectura para la bendición de los ramos: Mateo 21,1-11

“Bendito el que viene en nombre del Señor.

“Cuando se acercaba a Jerusalén y llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, Jesús mandó dos discípulos, diciéndoles: “Id a la aldea de enfrente, encontraréis enseguida una borrica atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto”. Esto ocurrió para que se cumpliese lo que dijo el profeta: “Decid a la hija de Sión: “Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila”. Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árbol y alfombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás gritaba: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!”. Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba alborotada: “¿Quién es éste?”. La gente que venía con él decía: “Es Jesús de Nazaret de Galilea”.



MISA

1ª Lectura: Isaías 50,4-7

No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo 21

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

2ª Lectura: Filipenses 2,6-11

PALABRA DEL DÍA

Pasión según San Mateo 26,14-27,66 (Texto breve)

“En aquel tiempo, Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó: -¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús respondió: -Tú lo dices. Y mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los senadores no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó: -¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti? Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato: -¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías? Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: -No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho soñando con él. Pero los sumos sacerdotes y los senadores convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador

preguntó: -¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Ellos dijeron: -A Barrabás. Pilato les preguntó: -¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías? Contestaron todos: -Que lo crucifiquen. Pilato insistió: - Pues, ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban más fuerte: -¡Que lo crucifiquen! Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: -Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros! Y el pueblo entero contestó: -¡su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: -¡Salve, rey de los judíos! Luego lo escupían le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar. Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: "La Calavera"), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: -Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz. Los sumos sacerdotes con los letrados y los

senadores se burlaban también diciendo: -A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios? Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban. Desde el mediodía hasta la medía tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó: -Elí, Elí, lamá sabaktaní. (Es decir: -Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?). Al oírlo algunos de los que estaban por allí dijeron: -A Elías llama éste. Uno de ellos fue corriendo; en seguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: -Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo. Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que él resucitó salieron de las tumbas, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: -Realmente éste era Hijo de Dios.”.

REFLEXIÓN

Viene Jesús a Jerusalén a celebrar la Pascua, con sus discípulos, pero sabiendo que para él iba a tener un significado decisivo, que cambiaría su historia personal y la historia del mundo. Por lo pronto suponía una fuerte angustia: “Ahora mi alma está turbada... ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¿si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12,27). En otro momento hace también referencia a esta tensión íntima: “Con un Bautismo tengo que ser bautizado y ‘qué angustia hasta que se cumpla!” (Lc 12,50). Pero

también suponía un fuerte deseo: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros” (Lc 22,15). Se trataba ciertamente de una verdadera agonía, una lucha de muerte entre el instinto conservador y la fuerza del amor. Porque el amor llegaba ahora en Jesús a su máxima expresión. Era un amor semejante al fuego: “He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto desearía que estuviera ya ardiendo!” (Lc 12,49).

Llega por fin a Jerusalén. Es una ciudad espléndida y santa, pero es también la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados, una ciudad ciega y cruel. Jesús, al ver la ciudad, no puede contener las lágrimas. Podría ser para ella un día memorable, el tiempo de la gracia y la salvación. Pero Jerusalén no comprende, estaba cerrada en sí misma y era incapaz de reconocer a aquel que le traía la paz y la salvación. Trágicas serán sus consecuencias.

Ahora es el tiempo del Siervo. El Siervo es el anticipo del rey o del amo. Jesús había manifestado claramente su opción, rechazando los ideales que manifestaban sus discípulos: “Los jefes de las naciones las tiranizan, y los grandes las oprimen... Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande... será vuestro servidor... que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir, y a dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10, 42.45). Este mismo tema lo coloca Lucas en la Última Cena: refiriéndose a la mesa, concluye: “Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,25-27). O sea, que la postura de Jesús no varió después de su entronización como Mesías rey.

El Siervo se presenta como profecía contra el poder del mundo. No quiere dominar, sino servir. No quiere acaparar riquezas, sino compartir. En vez de gravar con impuestos, derrocha sus gracias. No quiere hacer llorar, sino consolar. No quiere infringir heridas, sino curarlas. En vez de dar palos, pone sus espaldas, y en vez de dar bofetadas, pone sus mejillas. No se pone de parte de los verdugos, sino de las víctimas. No se arrodilla ante los poderosos, sino ante los abatidos o ante los amigos. Se rodea de gente sencilla, no de selectos ni por la clase ni por la ciencia ni por la virtud. No castiga con multas o cárceles, sino con perdones y liberaciones; es enemigo de todo tipo de cadenas e imposiciones. No busca los halagos, sino que defiende la verdad. No condecora ni ofrece homenajes a los aristócratas o a los guerreros victoriosos, sino que bendice a los pacíficos, a los pobres y a los que lloran. No ha venido a quitar la vida de nadie, sino a dar la suya por todos.

En la Pasión de Jesús estas actitudes del Siervo se cumplen de una manera dramática, llegan a su máxima expresión. Siguiendo los cantos de Isaías, se los aplicamos enteramente a Jesús. Efectivamente, él vino a dar su vida por todos, y hacer triunfar así el reino del amor. Con su entrega se iniciará la era del Espíritu.

ENTRA EN TU INTERIOR

ESCÁNDALO Y LOCURA

Los primeros cristianos lo sabían. Su fe en un Dios crucificado sólo podía ser considerada como un escándalo y una locura. ¿A quién se le había ocurrido decir algo tan absurdo y horrendo de Dios? Nunca religión alguna se ha atrevido a confesar algo semejante.

Ciertamente, lo primero que todos descubrimos en el crucificado del Gólgota, torturado injustamente hasta la muerte por las autoridades religiosas y el poder político, es la fuerza destructora del mal, la crueldad del odio y el fanatismo de la mentira. Pero ahí precisamente, en esa víctima inocente, los seguidores de Jesús vemos a Dios identificado con todas las víctimas de todos los tiempos.

Despojado de todo poder dominador, de toda belleza estética, de todo éxito político y toda aureola religiosa, Dios se nos revela, en lo más puro e insondable de su misterio, como amor y sólo amor. No existe ni existirá nunca un Dios frío, apático e indiferente. Sólo un Dios que padece con nosotros, sufre nuestros sufrimientos y muere nuestra muerte.

Este Dios crucificado no es un Dios poderoso y controlador, que trata de someter a sus hijos e hijas buscando siempre su gloria y honor. Es un Dios humilde y paciente, que respeta hasta el final la libertad del ser humano, aunque nosotros abusemos una y otra vez de su amor. Prefiere ser víctima de sus criaturas antes que verdugo.

Este Dios crucificado no es el Dios justiciero, resentido y vengativo que todavía sigue turbando la conciencia de no pocos creyentes. Desde la cruz, Dios no responde al mal con el mal. “En Cristo está Dios, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino reconciliando al mundo consigo” (2 Corintios 5,19). Mientras nosotros hablamos de méritos, culpas o derechos adquiridos, Dios nos está acogiendo a todos con su amor insondable y su perdón.

Este Dios crucificado se revela hoy en todas las víctimas inocentes. Está en la cruz del Calvario y está en todas las cruces donde sufren y mueren los más inocentes: los niños hambrientos y las mujeres maltratadas, los torturados por los verdugos del poder, los explotados por nuestro bienestar, los olvidados por nuestra religión.

Los cristianos seguimos celebrando al Dios crucificado, para no olvidar nunca el “amor loco” de Dios a la humanidad y para mantener vivo el recuerdo de todos los crucificados. Es un escándalo y una locura. Sin embargo, para quienes seguimos a Jesús y creemos en el misterio redentor que se encierra en su muerte, es la fuerza que sostiene nuestra esperanza y nuestra lucha por un mundo más humano.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

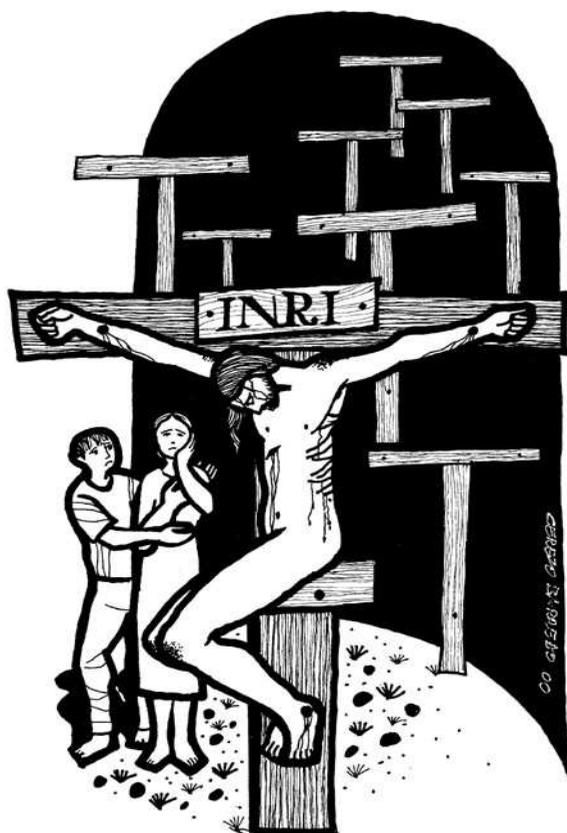
Estas realidades no son cosa del pasado. La Pasión y la Pascua se prolongan. Miramos al Cristo del siglo I y al Cristo del siglo XXI. La historia se repite, pero multiplicada por millones. “Masas dolientes y hambrientas a causa de la injusticia humana reclaman la victoria de la vida, la resurrección, la exaltación en el Reino de Dios, que está en marcha”.

Está en marcha. El triunfo se ha anticipado en Jesucristo, pero no se ha completado. Seguimos, no recordando, sino

celebrando y viviendo el drama. Porque sí, “en esperanza fuimos salvados” (Rom 8,24).

ORACIÓN

El Rey de la paz nos invita a su banquete. Hambrientos de vida, acerquémonos con fe a quien entrega su Cuerpo por la salvación del mundo.



14 DE ABRIL

LUNES SANTO

PALABRA DEL DÍA

Juan 12,1-11

“Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: “¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?”. Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que iban echando. Jesús dijo: “Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis”. Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.”

REFLEXIÓN

La hora del amortajamiento ha llegado. Seis días antes de la Pascua, Jesús llega a Betania para hacer una última visita a los amigos de toda la vida. Y allí se anticipa ya el desenlace de la crisis; era

preciso que María guardase el perfume para el día del enterramiento del Señor, pero ella acaba de derramarlo sobre los pies del Maestro.

Jesús ha quedado marcado ya para la muerte, del mismo modo que el cordero es marcado para ser llevado al matadero. El juicio ha sido ya ejecutado: ya sólo es cuestión de días, Jesús es un condenado. Ya no habrá recurso de apelación: ya está muerto: “Déjala” El que se dirige al sepulcro no grita. Su voz no se oye en la plaza pública. Ante sus acusadores guarda silencio. Es el tiempo de la semilla hundida en la tierra. La hora del grano es la del silencio.

Es la hora del anonadamiento. Es la hora de Betania, donde vive Lázaro, a quien Jesús resucitó de entre los muertos. Marcado ya por la muerte inminente. Jesús se remite a quien ha de librarle del sepulcro: salido con vida de la morada de los muertos, Lázaro testifica que el Maestro de la vida no podrá quedar preso del sepulcro sellado. Es la hora de la esperanza: se abrirá la tierra y crecerá el grano. El cordero sacrificado será el Cordero pascual que quita el pecado del mundo. “Sobre él he puesto mi espíritu, dice Dios, para que haga ver ante las naciones el juicio que yo he pronunciado”. Aquel a quien los hombres ya han condenado anunciará el decreto de perdón del Padre de la misericordia. Es la hora del amortajamiento, pero el que ya ha sido embalsamado habrá de ser ungido por el espíritu. El camino del Calvario queda iluminado con los fulgores de la Pascua.

Vosotros, hermanos, habéis sido marcado por vuestro bautismo. Dios ha pronunciado sobre vosotros su juicio y os ha llamado según su justicia. Indudablemente, la hora presente es para nosotros muchas veces la hora de la condena. Sin embargo,

siguiendo a Jesús que se encamina hacia Jerusalén, confesamos que por el bautismo hemos accedido ya al mundo libre de toda servidumbre. Consagrados por el Espíritu, somos ya – defectuosamente, sin duda, pero lo somos- los artífices del mundo puesto bajo el signo de la resurrección. La hora de Betania es la hora donde flota ya en el aire el perfume de la Pascua.

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Como Cristo, también nosotros fuimos ungidos en el bautismo, que nos incorpora a su muerte y resurrección. La pascua se acerca, y en la vigilia pascual renovaremos nuestra fe y promesas bautismales, pues en la fe del bautismo radica lo más nuclear de nuestra identidad cristiana. Ahí está el punto de partida y el comienzo de toda nuestra existencia de creyentes.

En el bautismo fuimos sumergidos y sepultados con Cristo para morir al pecado, y también con él renacimos a la vida nueva de Dios, como hijos suyos, miembros de Cristo y de la Iglesia y hermanos de todos los hombres. La renovada fragancia pascual del bautismo debe llenar toda nuestra vida.

Hoy te bendecimos, Padre, por muchos motivos: Porque Cristo es tu servidor fiel y compasivo, que no vino a quebrar la caña cascada ni a apagar la mecha que todavía humea, sino a liberar al oprimido. Porque él es el grano de trigo que muere en el surco en siembra fecunda que da mucho fruto para ti; porque él estableció tu reino no por la fuerza, sino por la cruz. Amén.

15 DE ABRIL

MARTES SANTO

PALABRA DEL DÍA

Juan 13,21-33.36-38

“En aquel tiempo, Jesús, profundamente conmovido, dijo: “Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar”. Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Le contestó Jesús: “Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado”. Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: “Lo que tienes que hacer hazlo enseguida”. Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, dijo Jesús: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: “Donde yo voy, vosotros no podéis ir”. Simón Pedro le dijo: “Señor ¿adónde vas?”. Jesús le respondió: “Adonde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde”. Pedro replicó: “Señor, ¿por qué no puedo

acompañarte ahora? Daré mi vida por ti". Jesús le contestó: "¿Con qué darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

REFLEXIÓN

“Era necesario que se cumpliese la Escritura”. El desenlace está próximo. Jesús sabe que va a la muerte, y da sentido a lo que va a suceder. Si le quitan la vida, es porque, desde el comienzo, él la ha entregado libremente. Jesús va a partir el pan, gesto secular de la comida que celebraba la liberación de la esclavitud. “Es mi carne entregada por vosotros”. Jesús está decidido a llegar hasta el final, y en ese gesto se entrega por entero en manos de los hombres.

Durante tres días, la liturgia nos hace entrar en el misterio de la Pascua iluminándola con tres pasajes del profeta Isaías que ponen ante nuestros ojos la imagen del Siervo, cuya misión es restablecer la alianza entre Dios y la humanidad. Más aún, él es esa alianza, como lo indica el primer poema. Elegido por Dios, el Siervo vive en la humildad al servicio de los pobres. El segundo canto lo muestra predestinado para esta misión. Por medio de su palabra, no sólo reunirá a Israel, sino que será luz para las naciones. Así, la liturgia muestra las dos caras del drama que se está desatando. Cuando la liturgia habla ya de traición y negación, revela, como contrapunto, la cara oculta de los acontecimientos. El que se va, olvidado de todos, incluso abandonado por sus amigos, es también el que anunciaba el profeta.

“Era necesario que se cumpliese la Escritura”. Jesús realiza el mensaje de los profetas, y no tarda en topar con la oposición a sus

gestos proféticos. Los escribas le acusaron de blasfemo cuando le vieron perdonar los pecados al parálítico, y desde entonces su actividad se desarrolló en un clima de creciente tensión. Muchas de sus palabras y gestos caían bajo el peso de la ley judía, y sabía que se exponía a la muerte. Pero ¿no es la muerte algo inherente al ministerio profético? Sí, Jesús dio sentido a todo lo que iba a suceder. Se presentó como el Esposo que sería arrebatado a sus amigos; anunció que debería beber el cáliz amargo y se presentó como el hijo del dueño de la viña al que cogen y matan para conseguir la herencia. Con una impresionante libertad, Jesús dio nueva juventud a las Escrituras. Mezclando su destino al del Siervo. Su certeza de estar en la cumbre de las Escrituras le aseguraba de que su muerte próxima constituía la cima de la obra divina. El camino de la cruz es también el de la vida; el hombre al que las tinieblas han de aniquilar es también luz de las naciones.

ENTRA EN TU INTERIOR

Los apóstoles no entendieron del todo a qué se refería Jesús con su glorificación, pero algo sobrecogedor sospechaban cuando Pedro le pregunta: “Señor, ¿a dónde vas?... Daré mi vida por ti. Jesús le contestó: ¿Con que darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantaré el gallo antes que me hayas negado tres veces”. Los discípulos no pueden seguir a Jesús en su camino hacia la muerte; no están preparados todavía. El silencio se espesa. Cristo puede ya comenzar su discurso de despedida.

ORA EN TU INTERIOR

Dos hombres que fallan: Judas y Pedro. Pero su pecado tiene origen diverso: en uno es la avaricia que odia, en otro la debilidad que ama. Y su final es muy distinto: Judas desespera, Pedro se arrepiente. Naturalmente, el que amaba conocía a Jesús mejor que el que odiaba.

Ni el plan traidor de Judas ni la generosidad impetuosa y fallida de Pedro influirán en el designio que está ya marcado por el Padre y aceptado por Jesús. Él había dicho: “Por eso me ama mi Padre: porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente” (Jn 10,17). Y en la cena comentó: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Ésa es la misión de Jesús y del cristiano: amor que da vida a los demás.

ORACIÓN FINAL

Te alabamos, Padre, y acatamos tus designios porque se acerca la hora final de Cristo en su pasión, la hora del cáliz en Getsemaní, la gloria de su cruz.

Se echa encima la noche tenebrosa de la traición. Jesús se entrega; el amor es traicionado y negado.

Concédenos, Señor, responder a tu amor fielmente, a pesar de nuestra innata y manifiesta debilidad. Queremos demostrar con nuestra vida que el amor es amado, porque si grande es nuestro pecado, mayor es tu bondad.

Haz brillar pronto sobre nosotros el día de tu gloria, la pascua esplendorosa de la nueva alianza en Cristo. Amén

16 DE ABRIL

MIÉRCOLES SANTO

PALABRA DEL DÍA

Mateo 26,14-25

“En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: “¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?”. Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: “¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?”. Él contestó: “Id a la ciudad, a casa de fulano, y decidle: “El Maestro dice: Mi momento está cerca: deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”. Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: “Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar”. Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: “¿Soy yo acaso, Señor?” Él respondió: “El que ha mojado en la misma fuente que yo, ese me va a entregar. El Hijo del Hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del Hombre!; más le valdría no haber nacido. Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: “¿Soy yo acaso, Maestro?”. Él respondió: “Tú lo has dicho”.

REFLEXIÓN

A medida que nos aproximamos a la pasión de Jesús, va cobrando relieve la siniestra figura del hombre que será útil a los

planes homicidas de los judíos. Es Judas Iscariote. Todo sucede en un clima de amistad traicionada y en el contexto de la cena pascual de Jesús con sus discípulos, es decir, en la primera eucaristía de la historia. Judas aceptó el papel de delator, llegó a un arreglo con los sacerdotes y buscó la ocasión propicia para entregar a Jesús. Lo hizo durante las fiestas de Pascua, cuando la afluencia de peregrinos a la ciudad favorecía cualquier golpe de mano. “Por treinta monedas de plata”, añade Mateo. Era el precio de un esclavo, el salario irrisorio que antiguamente había pagado Israel para desembarazarse de Dios (Zac 11,12).

Durante la comida, Jesús desvela que el traidor estaba entre los comensales. Su dolor era grande ante la traición del amigo: “¡Ay del que va a entregar al Hijo del Hombre!”. El Justo es entregado a manos de los impíos; le harán todo cuanto quieran. Es la hora del Príncipe de las tinieblas... Pero Dios no dejará ver la corrupción a su amigo (Sal 15).

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

En cada Eucaristía “bebemos el cáliz del Señor”, comulgando así en su muerte y resurrección gloriosa por la redención del mundo y el servicio de los hombres. Pero no realizaremos dignamente esa comunión si no participamos en su destino. ¿Seremos capaces? Nosotros no somos más fuertes que Jesús, que conoció el miedo a la muerte y gimió en Getsemaní. Lo que a nosotros toca es ahogarnos en el torrente del amor de Cristo que renueva todas las cosas. El resto lo hará Dios.

ORACIÓN FINAL

Te bendecimos, Señor, por Jesucristo, tu Hijo, que vino a servir y no a ser servido, estableciendo un orden y universo nuevos, donde ser el último sirviendo a los demás, es ser el primero. Haznos comprender que hemos nacido a un mundo nuevo, el mundo de Cristo, el mundo de tu Reino, gracias al amor y la sangre de Cristo, servidor de los hombres. Amén.



SANTO TRIDUO PASCUAL

El Triduo Pascual es el centro del año cristiano, los días de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. O sea que, propiamente, el Triduo estaría formado por el viernes, sábado y domingo. Pero se considera que ya comienza el jueves por la tarde, con la misa de la Cena del Señor, que es como la introducción sacramental a lo que vamos a celebrar en los tres días siguientes. Vamos a repasar cada uno de estos días.

Jueves Santo: La introducción. Allá en el cenáculo, aquella noche, Jesús deja a sus discípulos el sacramento del pan y el vino, que serán la presencia permanente, en medio de ellos, de él mismo muerto y resucitado. Celebrar hoy aquella última cena es, por tanto, como anticipar sacramentalmente lo que viviremos en los tres próximos días: Jesús que se entrega hasta la muerte, y que, por la fuerza del amor de dios, es resucitado y vive para siempre. La celebración de esta noche es una celebración que, a la vez que inicia el camino doloroso de la cruz (¡esta noche Jesús será detenido en Getsemaní!) es anuncio ya de su victoria para siempre. Hoy debemos, de una manera especial, recordar cómo este Jesús en el que creemos nos ha dado ejemplo de amor y de entrega total: el lavatorio de los pies nos lo muestra de una manera muy gráfica, nada teórica. Celebrar la Eucaristía es revivir esta entrega, y es revivir que éste es el único camino que lleva a la vida.

Viernes Santo: La muerte. Hoy es propiamente el primer día del Triduo Pascual, y es como el inicio de una única celebración, que concluiremos en la vigilia Pascual. Por eso hoy no se celebra la

eucaristía: porque empezamos un único camino de muerte y resurrección que empieza hoy y termina en la Pascua.

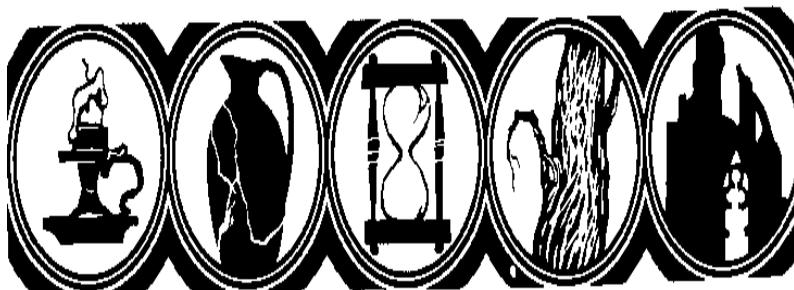
Hoy toda nuestra mirada está centrada en la cruz de Jesús. Nada debería distraernos de ella. En la celebración litúrgica, silenciosa y austera, empezamos con la liturgia de la Palabra, centrada en el relato de la Pasión según san Juan, para contemplar a Jesús que muere por nosotros. Después, la oración universal que hacemos siempre en nuestras celebraciones es más solemne y extensa, para que descienda sobre todos la salvación que brota de la cruz. Después, en el momento central de la celebración, adoramos la cruz de Jesús, con toda fe y agradecimiento. Y para terminar, en espera de la Pascua, comulgamos del pan consagrado ayer.

Sábado Santo: La sepultura. El Sábado Santo es el día del silencio y de la espera. Jesús está en el sepulcro, muerto. Y nosotros permanecemos allí, a su lado, agradecidos por su amor, y confiados en que aquella muerte será fuente de vida para siempre. El silencio del Sábado Santo es como tantos y tantos silencios de nuestro mundo y de nosotros mismos: el silencio de la vida difícil y dolorosa, el silencio de la incertidumbre... el sábado santo nos invita a vivir estos silencios con la llama de la esperanza encendida, aunque nada sea claro. Porque más allá de la muerte, está la vida para siempre.

Vigilia Pascual: La resurrección. La noche de Pascua es el momento hacia el que confluyen nuestras celebraciones de todo el año. Esta noche revivimos lo que da sentido a nuestro ser cristiano: que Jesús, fiel al amor de Dios hasta la muerte, ha resucitado y vive ahora para siempre. Y su resurrección, su vida, es también resurrección y vida para nosotros, si por la fe nos unimos a él.

La Vigilia Pascual es una celebración intensa, que, si tenemos el corazón lo suficientemente abierto, nos llegará muy dentro y nos ayudará a vivir. Empezamos con el rito de la luz: en medio de la noche, encendemos un cirio que rompe la oscuridad, como Jesús rompió los lazos de la muerte, y nosotros lo seguimos, y encendemos de él nuestros pequeños cirios. Después, con tranquilidad y calma, escuchamos las lecturas que repasan la historia de la salvación, desde sus inicios, y que culminan en el canto del Gloria y el aleluya y la proclamación del evangelio de la resurrección. Después, viene el rito del bautismo, que esta noche tiene un sentido especial porque, como dice san Pablo, ser bautizado es ser incorporado a la muerte y a la resurrección de Jesús: por eso, si es posible, celebramos el bautismo, y, si no, renovamos todas nuestras promesas bautismales. Y finalmente, celebramos la eucaristía, que es la más importante del año y la que debe ser celebrada más gozosamente, ya que la eucaristía es precisamente esto: la presencia sacramental, en medio de la Iglesia, de Jesús resucitado.

Y luego, el Domingo de Pascua que forma parte todavía del Triduo Pascual continuamos celebrando lo que hemos vivido por la noche.



17 DE ABRIL

JUEVES SANTO EN LA CENA DEL SEÑOR

1ª Lectura: Éxodo 12,1-8.11-14

Prescripciones sobre la cena pascual.

Salmo 115

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

2ª Lectura: 1 Corintios 11,23-36

Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor.

PALABRA DEL DÍA

Juan 13,1-15

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe, luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: -“Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?”. Jesús le replicó: -“Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde”. Pedro le dijo: -“No me

lavarás los pies jamás”. Jesús le contestó: -“Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo”. Simón Pedro le dijo: -“Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza”. Jesús le dijo: -“Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos”. Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: “No todos estáis limpios”. Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: -“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

REFLEXIÓN

Si la tarde del Jueves Santo tuviéramos que arreglar cuentas con el Señor, quedaríamos endeudados para siempre. Las facturas de amor son impagables. Esta tarde Jesús nos amó hasta el fin. Su amor desborda en palabras, gestos y sentimientos. La temperatura del Cenáculo fue en aquellos momentos la más alta de la tierra y de la historia. No hay calor más grande, no hay amor más grande.

El Hijo de Dios descendió por el camino del amor. El amor verdadero nos enseña a descender. Toda la vida de Jesús fue una carrera descendente, desde la cuna a la cruz, pasando por Nazaret.

Dios se hizo hombre para aprender a llorar y a servir. “Se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo” (Flp 2,7).

¡Cuántas admiraciones tendríamos que poner aquí! Estas ideas ya las hemos escuchado muchas veces y estamos acostumbrados. Pero no debiéramos acostumbrarnos, sino estremecernos. Y más, debiéramos ejercitarnos en el compromiso diaconal. Éste es el principio constitutivo de toda diaconía. Porque un amor que no se hace servicio, un amor que no se ciñe la toalla, coge una jofaina y no se pone a lavarles los pies a los hermano, no es amor.

Conocer el amor de Cristo es tarea que nos supera, porque excede todo lo que nosotros sabemos del amor.

- Es como el amor de los amigos, pero más.
- Es como el amor enamorado, pero más.
- Es como el amor del padre y de la madre, pero más.
- Es como el amor de los hijos y los hermanos, pero más.
- Es como el amor del que sirve, pero más.
- Es como el amor del que comparte, pero más.
- Es como el amor del que perdona, pero más.
- Es como el amor del que se entrega, pero más.
- Es como el amor humano todo junto, pero más.

Sí, conocer el amor de Cristo, que no se trata de conocerlo de manera teórica. Por ahí podemos llegar hasta un cierto límite, aun contando con la gracia y la luz de Dios. Lo que pedimos es un conocimiento de participación y comunión.



Este conocimiento tiene que ver con el don de sabiduría, pero más con el fruto de la caridad. Que Dios te haga sentir su amor. Sólo el que es amado y el que ama sabe lo que es el amor.

Él te amó primero. En ese amor aceptado y concienciado puedes conocer lo que es el misterio del amor divino, tal como se manifestó en Jesucristo. Un amor infinito en misericordia y generosidad.

El lavatorio de los pies es el signo que prepara o complementa el del pan partido y la sangre derramada. Nos asombra de inmediato la humildad de este Dios, despojado de su túnica divina y ahora maestro despojado de su manto, señor sin diván y sin anillos; y nos asombra la caridad de este Dios, caridad servicial, un amor delicado y detallista, vestido con traje de criado.

Era un gesto muy característico de Jesús: partir el pan. Lo bendecía, lo partía, lo compartía. Lo reconocían sus seguidores por esta costumbre. Jesús era el que no retenía, el que daba un toque al pan que lo hacía más sabroso, el que sabía compartir, nadie pasaba hambre junto a él.

Ahora, en la última Cena, el gesto se eleva a la categoría de signo y sacramento. Jesús parte el pan, pero dice: éste es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros (Lc 29,19).

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

UNA CENA SORPRENDENTE

José Antonio Pagola

También Jesús sabe que sus horas están contadas. Sin embargo no piensa en ocultarse o huir. Lo que hace es organizar una cena especial de despedida con sus amigos y amigas más cercanos. Es

un momento grave y delicado para él y para sus discípulos: lo quiere vivir en toda su hondura. Es una decisión pensada.

Consciente de la inminencia de su muerte, necesita compartir con los suyos su confianza total en el Padre incluso en esta hora. Los quiere preparar para un golpe tan duro; su ejecución no les tiene que hundir en la tristeza o la desesperación. Tienen que compartir juntos los interrogantes que se despiertan en todos ellos: ¿qué va a ser del reino de Dios sin Jesús? ¿Qué deben hacer sus seguidores? ¿Dónde van a alimentar en adelante su esperanza en la venida del reino de Dios?

Al parecer, no se trata de una cena pascual. Es cierto que algunas fuentes indican que Jesús quiso celebrar con sus discípulos la cena de Pascua o séder, en la que los judíos conmemoran la liberación de la esclavitud egipcia. Sin embargo, al describir el banquete, no se hace una sola alusión a la liturgia de la Pascua, nada se dice del cordero pascual ni de las hierbas amargas que se comen esa noche, no se recuerda ritualmente la salida de Egipto, tal como estaba prescrito.

Por otra parte es impensable que esa misma noche en la que todas las familias estaban celebrando la cena más importante del calendario judío, los sumos sacerdotes y sus ayudantes lo dejaran todo para ocuparse de la detención de Jesús y organizar una reunión nocturna con el fin de ir concretando las acusaciones más graves contra él. Parece más verosímil la información de otra fuente que sitúa la cena de Jesús antes de la fiesta de Pascua, pues nos dice que Jesús es ejecutado el 14 de nisán, la víspera de Pascua. Así pues, no parece posible establecer con seguridad el carácter pascual de la

última cena. Probablemente, Jesús peregrinó hasta Jerusalén para celebrar la Pascua con sus discípulos, pero no pudo llevar a cabo su deseo, pues fue detenido y ajusticiado antes de que llegara esa noche. Sin embargo sí le dio tiempo para celebrar una cena de despedida.

En cualquier caso, no es una comida ordinaria, sino una cena solemne, la última de tantas otras que habían celebrado por las aldeas de Galilea. Bebieron vino, como se hacía en las grandes ocasiones; cenaron recostados para tener una sobremesa tranquila, no sentados, como lo hacían cada día.

Probablemente no es una cena de Pascua, pero en el ambiente se respira ya la excitación de las fiestas pascales. Los peregrinos hacen sus últimos preparativos: adquieren pan ázimo y compran su cordero pascual. Todos buscan un lugar en los albergues o en los patios y terrazas de las casas. También el grupo de Jesús busca un lugar tranquilo. Esa noche Jesús no se retira a Betania como los días anteriores. Se queda en Jerusalén. Su despedida ha de celebrarse en la ciudad santa. Los relatos dicen que celebró la cena con los Doce, pero no hemos de excluir la presencia de otros discípulos y discípulas que han venido con él en peregrinación. Sería muy extraño que, en contra de su costumbre de compartir su mesa con toda clase de gentes, incluso pecadores, Jesús adoptara de pronto una actitud tan selectiva y restringida.

¿Podemos saber qué se vivió realmente en esa cena?

Jesús vivía las comidas y cenas que hacía en Galilea como símbolo y anticipación del banquete final en el reino de Dios. Todos

conocen esas comidas animadas por la fe de Jesús en el reino definitivo del Padre.

Es uno de sus rasgos característicos mientras recorre las aldeas. También esta noche, aquella cena le hace pensar en el banquete final del reino. Dos sentimientos embargan a Jesús. Primero, la certeza de su muerte inminente; no lo puede evitar: aquella es la última copa que va a compartir con los suyos; todos lo saben: no hay que hacerse ilusiones. Al mismo tiempo, su confianza inquebrantable en el reino de Dios, al que ha dedicado su vida entera. Habla con claridad: «Os aseguro: ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba, nuevo, en el reino de Dios». La muerte está próxima. Jerusalén no quiere responder a su llamada. Su actividad como profeta y portador del reino de Dios va a ser violentamente truncada, pero su ejecución no va a impedir la llegada del reino de Dios que ha estado anunciando a todos. Jesús mantiene inalterable su fe en esa intervención salvadora de Dios. Está seguro de la validez de su mensaje. Su muerte no ha de destruir la esperanza de nadie. Dios no se echará atrás. Un día Jesús se sentará a la mesa para celebrar, con una copa en sus manos, el banquete eterno de Dios con sus hijos e hijas. Beberán un vino «nuevo» y compartirán juntos la fiesta final del Padre. La cena de esta noche es un símbolo.

Movido por esta convicción, Jesús se dispone a animar la cena contagiando a sus discípulos su esperanza.

Comienza la comida siguiendo la costumbre judía: se pone en pie, toma en sus manos pan y pronuncia, en nombre de todos, una bendición a Dios, a la que todos responden diciendo «amén». Luego rompe el pan y va distribuyendo un trozo a cada uno. Todos conocen

aquel gesto. Probablemente se lo han visto hacer a Jesús en más de una ocasión. Saben lo que significa aquel rito del que preside la mesa: al obsequiarles con este trozo de pan, Jesús les hace llegar la bendición de Dios. ¡Cómo les impresionaba cuando se lo daba a los pecadores, recaudadores y prostitutas! Al recibir aquel pan, todos se sentían unidos entre sí y con Dios. Pero aquella noche, Jesús añade unas palabras que le dan un contenido nuevo e insólito a su gesto. Mientras les distribuye el pan les va diciendo estas palabras: «Esto es mi cuerpo. Yo soy este pan. Vedme en estos trozos entregándome hasta el final, para haceros llegar la bendición del reino de Dios».

¿Qué sintieron aquellos hombres y mujeres cuando escucharon por vez primera estas palabras de Jesús?

Les sorprende mucho más lo que hace al acabar la cena. Todos conocen el rito que se acostumbra. Hacia el final de la comida, el que presidía la mesa, permaneciendo sentado, cogía en su mano derecha una copa de vino, la mantenía a un palmo de altura sobre la mesa y pronunciaba sobre ella una oración de acción de gracias por la comida, a la que todos respondían «amén». A continuación bebía de su copa, lo cual servía de señal a los demás para que cada uno bebiera de la suya. Sin embargo, aquella noche Jesús cambia el rito e invita a sus discípulos y discípulas a que todos beban de una única copa: ¡la suya! Todos comparten esa «copa de salvación» bendecida por Jesús. En esa copa que se va pasando y ofreciendo a todos, Jesús ve algo «nuevo» y peculiar que quiere explicar: «Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre. Mi muerte abrirá un futuro nuevo para vosotros y para todos». Jesús no piensa solo en sus discípulos más cercanos.

En este momento decisivo y crucial, el horizonte de su mirada se hace universal: la nueva Alianza, el reino definitivo de Dios será para muchos, «para todos» .

Con estos gestos proféticos de la entrega del pan y del vino, compartidos por todos, Jesús convierte aquella cena de despedida en una gran acción sacramental, la más importante de su vida, la que mejor resume su servicio al reino de Dios, la que quiere dejar grabada para siempre en sus seguidores. Quiere que sigan vinculados a él y que alimenten en él su esperanza. Que lo recuerden siempre entregado a su servicio. Seguirá siendo «el que sirve», el que ha ofrecido su vida y su muerte por ellos, el servidor de todos. Así está ahora en medio de ellos en aquella cena y así quiere que lo recuerden siempre. El pan y la copa de vino les evocará antes que nada la fiesta final del reino de Dios; la entrega de ese pan a cada uno y la participación en la misma copa les traerá a la memoria la entrega total de Jesús. «Por vosotros»: estas palabras resumen bien lo que ha sido su vida al servicio de los pobres, los enfermos, los pecadores, los despreciados, las oprimidas, todos los necesitados... Estas palabras expresan lo que va a ser ahora su muerte: se ha «desvivido» por ofrecer a todos, en nombre de Dios, acogida, curación, esperanza y perdón.

Ahora entrega su vida hasta la muerte ofreciendo a todos la salvación del Padre.

Así fue la despedida de Jesús, que quedó grabada para siempre en las comunidades cristianas. Sus seguidores no quedarán huérfanos; la comunión con él no quedará rota por su muerte; se mantendrá hasta que un día beban todos juntos la copa de «vino

nuevo» en el reino de Dios. No sentirán el vacío de su ausencia: repitiendo aquella cena podrán alimentarse de su recuerdo y su presencia. Él estará con los suyos sosteniendo su esperanza; ellos prolongarán y reproducirán su servicio al reino de Dios hasta el reencuentro final. De manera germinal, Jesús está diseñando en su despedida las líneas maestras de su movimiento de seguidores: una comunidad alimentada por él mismo y dedicada totalmente a abrir caminos al reino de Dios, en una actitud de servicio humilde y fraterno, con la esperanza puesta en el reencuentro de la fiesta final.

¿Hace además Jesús un nuevo signo invitando a sus discípulos al servicio fraterno? El evangelio de Juan dice que, en un momento determinado de la cena, se levantó de la mesa y «se puso a lavar los pies de los discípulos». Según el relato, lo hizo para dar ejemplo a todos y hacerles saber que sus seguidores deberían vivir en actitud de servicio mutuo: «Lavándoos los pies unos a otros». La escena es probablemente una creación del evangelista, pero recoge de manera admirable el pensamiento de Jesús. El gesto es insólito.

En una sociedad donde está tan perfectamente determinado el rol de las personas y los grupos, es impensable que el comensal de una comida festiva, y menos aún el que preside la mesa, se ponga a realizar esta tarea humilde reservada a siervos y esclavos. Según el relato, Jesús deja su puesto y, como un esclavo, comienza a lavar los pies a los discípulos. Difícilmente se puede trazar una imagen más expresiva de lo que ha sido su vida, y de lo que quiere dejar grabado para siempre en sus seguidores. Lo ha repetido muchas veces: «El que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos». Jesús lo expresa ahora plásticamente en esta escena: limpiando los pies a sus

discípulos está actuando como siervo y esclavo de todos; dentro de unas horas morirá crucificado, un castigo reservado sobre todo a esclavos.

ORA EN TU INTERIOR

- **Presencia admirable de Cristo.** En el pan que se parte y en el vino que se ofrece está realmente el Señor.
- **Amor entregado.** No sólo presencia, sino oblación. Se actualiza – memorial- ese amor que llevó a Cristo a dar su vida; es el cuerpo que se rompe por nosotros y la sangre que se derrama por nosotros.
- **Amor de comunión.** Al comer el pan y beber el vino comemos el cuerpo de Cristo y bebemos la sangre de Cristo. Es la expresión máxima de amor, un amor que se deja comer.
- **Fermento de un mundo nuevo.** El dinamismo eucarístico nos debe llevar a hacer de nuestra sociedad y de nuestro mundo, una acción de gracias.
- **Anticipo del banquete del Reino.** Jesús alude insistentemente a otra cena, a otro banquete, en el que volverán a estar juntos “No beberé de más de este fruto de la vid hasta el día en que con vosotros lo vuelve a beber, vino nuevo, en el reino de mi padre.” (Mt 26,29). Así en cada Eucaristía –última cena- preguntamos la Cena definitiva.

18 DE ABRIL

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

1ª Lectura: Isaías 52,13-53,12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones.

Salmo 30

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

2ª Lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Aprendió a obedecer y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación.

PALABRA DEL DÍA

Juan 18,1-19,42

“En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: “¿A quién buscáis?”. Le contestaron: “a Jesús, el Nazareno”. Les dijo Jesús: “Yo soy”. Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: “¿A

quién buscáis?”. Ellos dijeron: “A Jesús, el Nazareno”. Jesús contestó: “Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos”. Y así se cumplió lo que había dicho: “No he perdido a ninguno de los que me diste”, Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: “Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?”. La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: “Conviene que muera un solo hombre por el pueblo”. Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que hacía de portera dijo entonces a Pedro: “¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?” Él dijo: “No lo soy”. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó: “Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo”. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: “¿Así contestas al sumo sacerdote?”. Jesús respondió: “Si he faltado al hablar, muestra en

qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: “¿No eres tú también de sus discípulos?.” Él lo negó, diciendo: “No lo soy”. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: “¿No te he visto yo con él en el huerto?”. Pero volvió a negar, y enseguida cantó un gallo. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, donde estaban ellos y dijo: “¿Qué acusación presentáis contra este hombre?” Le contestaron: “Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos”. Pilato les dijo: “Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley”. Los judíos le dijeron: “No estamos autorizados para dar muerte a nadie” Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Jesús le contestó: “¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?”. Pilato replicó: “¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí, ¿qué has hecho?”. Jesús le contestó: “Mi reino no es de aquí”. Pilato le dijo: “Con que, ¿tú eres rey?”. Jesús le contestó: “Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato le dijo: “Y, ¿qué es la verdad?”. Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo: “Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?”. Volvieron a gritar: “A ese no, a Barrabás”. El tal Barrabás era un bandido. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados

trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: “¡Salve, rey de los judíos!”. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: “Mirad, os lo saco afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa”. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: “Aquí lo tenéis”. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”. Pilato les dijo: “Lleváoslo vosotros y crucifícadlo, porque yo no encuentro culpa en él”. Los judíos le contestaron: “Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios”. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: “¿De dónde eres tú?”. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?”. Jesús le contestó: “No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor”. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: “Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César”. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman “el Enlosado” (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: “Aquí tenéis a vuestro rey”. Ellos gritaron: “¡Fuera, fuera; crucifícalo!”. Pilato les dijo: “¿A vuestro rey voy a crucificar?”. Contestaron los sumos sacerdotes: “No tenemos más rey que el César”. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado “de la calavera” (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo

crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos". Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: "No escribas: 'El rey de los judíos', sino: "este ha dicho: Soy el rey de los judíos". Pilato les contestó: "Lo escrito, escrito está". Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego, dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "Está cumplido". E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había

muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que atravesaron”. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verle de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús”

REFLEXIÓN

Juan nos ofrece una perspectiva singular de la pasión y muerte de Jesús.

Sus padecimientos y su crucifixión son el camino a la gloria; es el rey que victorioso vence al mundo y al príncipe de este mundo; elevado sobre la cruz juzga al mundo y atrae a todos hacia él.

El episodio del huerto muestra el enfrentamiento entre la luz y las tinieblas. Jesús, “luz del mundo”, se adelanta soberano. Judas y sus acompañantes, que se presentan con “faroles y antorchas”, encarnan el rechazo a la luz verdadera. Jesús aparece como el Buen

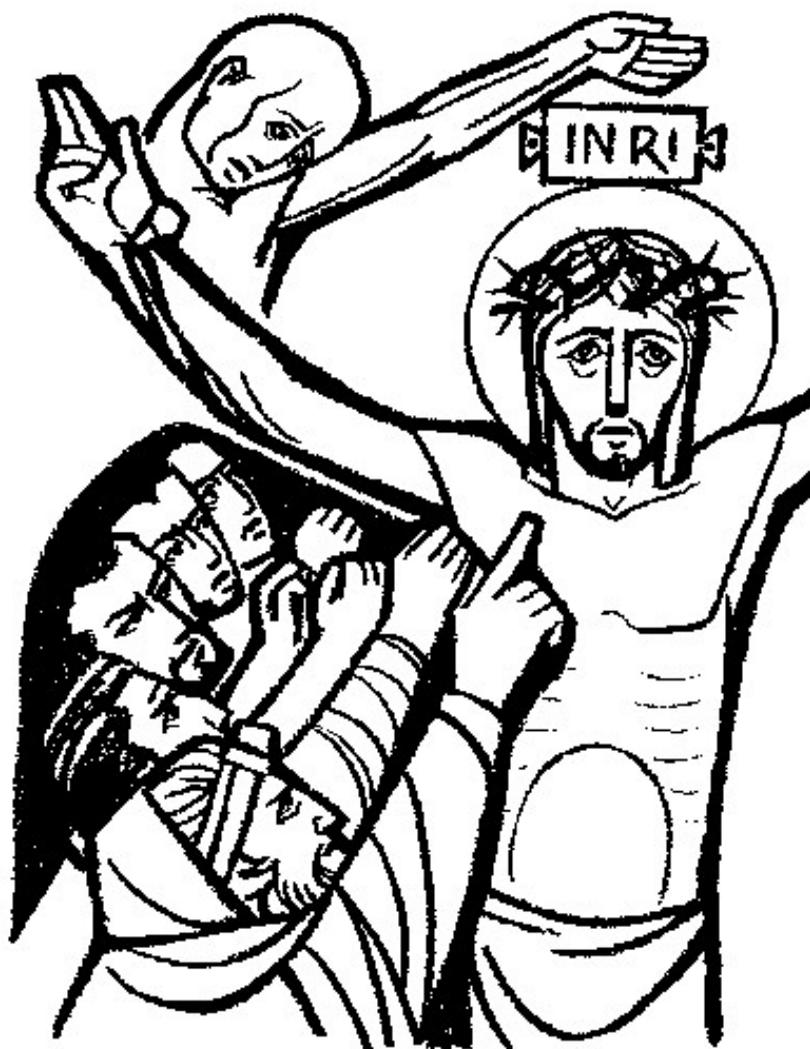
Pastor que no abandona a sus ovejas: “Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos”. Durante el proceso Jesús aparece sereno y soberano. Desenmascara la ambigüedad de la autoridad de Pilato y habla de su reino: “Mi reino no es de este mundo”, es decir, no es como los reinos de la tierra. Su reino se basa en “la verdad”. Se entra en él aceptando su palabra: “Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Como un rey, es coronado de espinas y revestido de un manto. Así lo saludan los soldados: “Salve, rey de los judíos”. Pilato lo presenta y la turba como “el Hombre”, pero la muchedumbre lo rechaza.

Junto a la cruz de Jesús aparece congregada simbólicamente la Iglesia, en la persona de “su Madre” y del “discípulo que tanto quería”. Su Madre evoca a Sión-Jerusalén, que en medio del dolor engendra a sus hijos. El discípulo es figura del creyente, que acoge a la Madre de Jesús como suya.

Al morir, Jesús entrega el Espíritu, fuente de la vida, que lleva a la verdad completa. De su cuerpo brota “sangre y agua”, probable alusión a los dones del Cristo glorificando a su comunidad: el bautismo y la eucaristía. Su cuerpo, colocado en un sepulcro nuevo, será de ahora en adelante el verdadero templo de Dios, fuente de vida y de salvación para la humanidad.

Jesús ha cumplido su misión: “Está cumplido”. El camino de glorificación que le va a devolver victorioso a la gloria del Padre ha comenzado. Ahora le toca continuar su tarea a su nuevo cuerpo místico, la Iglesia, que acaba de nacer de la sangre y el agua de su corazón traspasado, y al que ha dejado en las mejores manos: en las de María, su madre, desde hoy confirmada como madre de la Iglesia,

madre nuestra: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y “ahí tienes a tu Madre”.



ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

La señal del cristiano es la santa cruz. Donde quiera haya una cruz habrá un cristiano, y donde quiera que haya un cristiano habrá una cruz. Se multiplican las cruces en lugares sagrados y la lucimos y hacemos con frecuencia la señal de la cruz. No importa que la quiten de los centros oficiales, importa que la llevemos por dentro, donde nadie nos la podrá quitar. Es señal del cristiano porque por ella nos vino la salación, porque se convirtió en fuente inagotable de gracia.

Pero permitidme sólo una llamada de atención: Cruz significa amor total y definitivo. Donde haya cruz tiene que haber amor.

Cristo sigue crucificado. Tantos Cristos que soportan cruces indecibles. También a ellos debemos acercarnos y mirarlos con fe y comunión. Alguna cruz todos tenemos, enfermedad, soledad, incomprensión, fracaso, limitaciones, paro, pobreza, problemas familiares, desilusiones, miedos...

Decimos que la cruz de Cristo es muy grande y muy pesada, y que tenemos que llevarla entre todos. Pero no. Es la cruz de los hombres la que es grande, pesada, multiplicada, y Cristo quiere llevarla con nosotros. En cada una de nuestras cruces, Cristo se hace presente y la comparte. Cargad con mi cruz, nos dice, porque mi cruz es ligera y salvadora. Dadme las vuestras y os sentiréis aliviados y santificados.

Nuestra mirada al crucificado debe ser de comunión. Como miraban los mordidos por las serpientes venenosas a la serpiente del estandarte, que Dios mandó a Moisés que hiciera y pusiera en alto. Eran curados porque miraban con fe. *“El Hijo del hombre tiene que*

ser levantado para que todo el que crea tenga por él vida eterna” (Jn 3,14-15). Mirada de comunión, como la de María cuando estaba junto a la cruz de su hijo.

ORACIÓN FINAL

Gracias, Jesús, porque en tu cruz nos has redimido. Hoy vamos a poner todas nuestras miserias y pecados en esa cruz bendita: nuestro orgullo en tu cabeza coronada, nuestras codicias en tus manos abiertas, rebosantes de amor. Para ti fue un infierno de dolor, angustia y abandono. Cargaste con nuestros pecados y en tus heridas fuimos salvados. Amé.

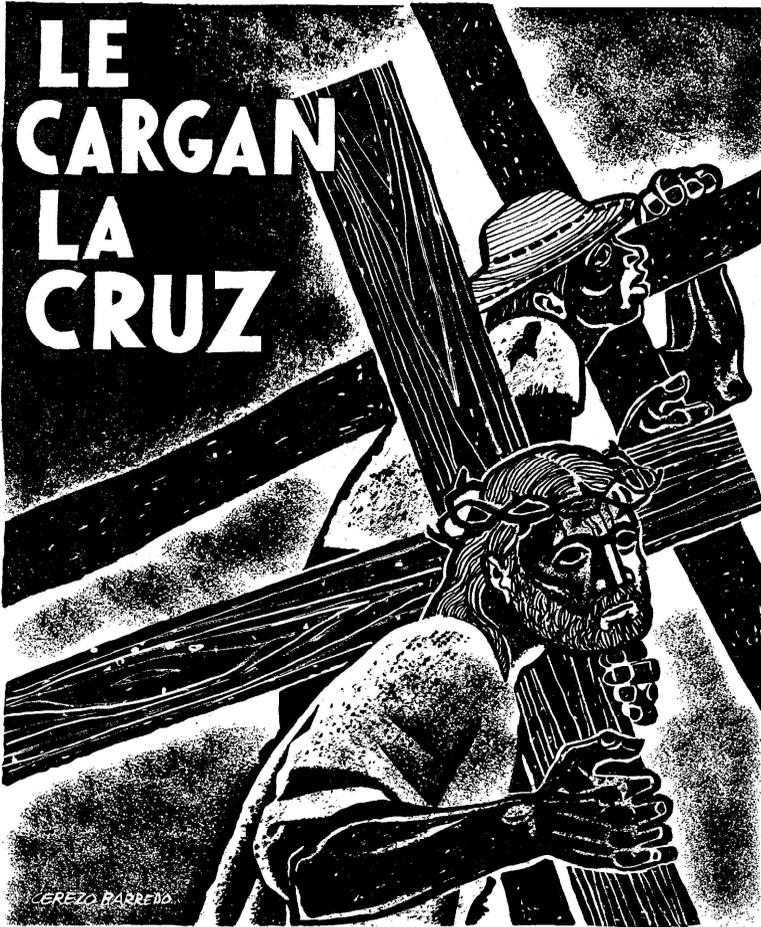


EJERCICIO DEL VÍA CRUCIS



PRIMERA ESTACIÓN

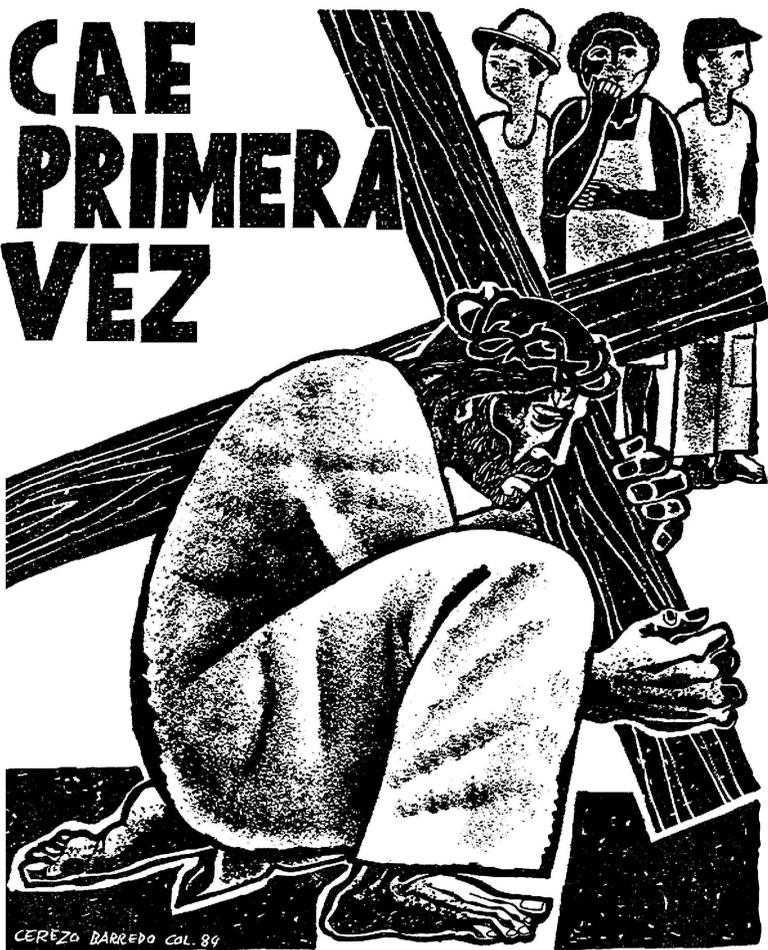
“JESÚS CONDENADO A MUERTE” (Lucas 23,22-25)



SEGUNDA ESTACIÓN

“JESÚS CARGA (ABRAZA) LA CRUZ” (Juan 19,16-17)

CAE PRIMERA VEZ



TERCERA ESTACIÓN

“JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ” (Mateo 23,37-39)



CUARTA ESTACIÓN

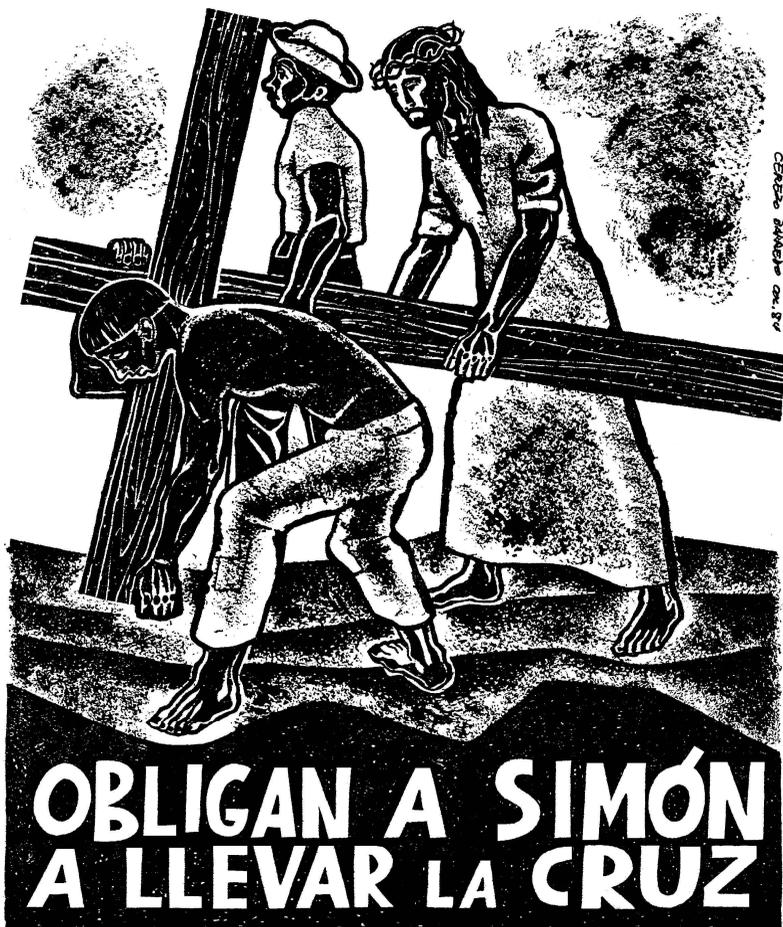
“JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE” (Juan 19,25ss)



QUINTA ESTACIÓN

“JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ”

(1 Corintios 1,18-25)



SEXTA ESTACIÓN

“SIMÓN DE CIRENE AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ” (Lucas
23,36ss)



SÉPTIMA ESTACIÓN

**“JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN” (Lucas
23,27-31)**



OCTAVA ESTACIÓN

“LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS”

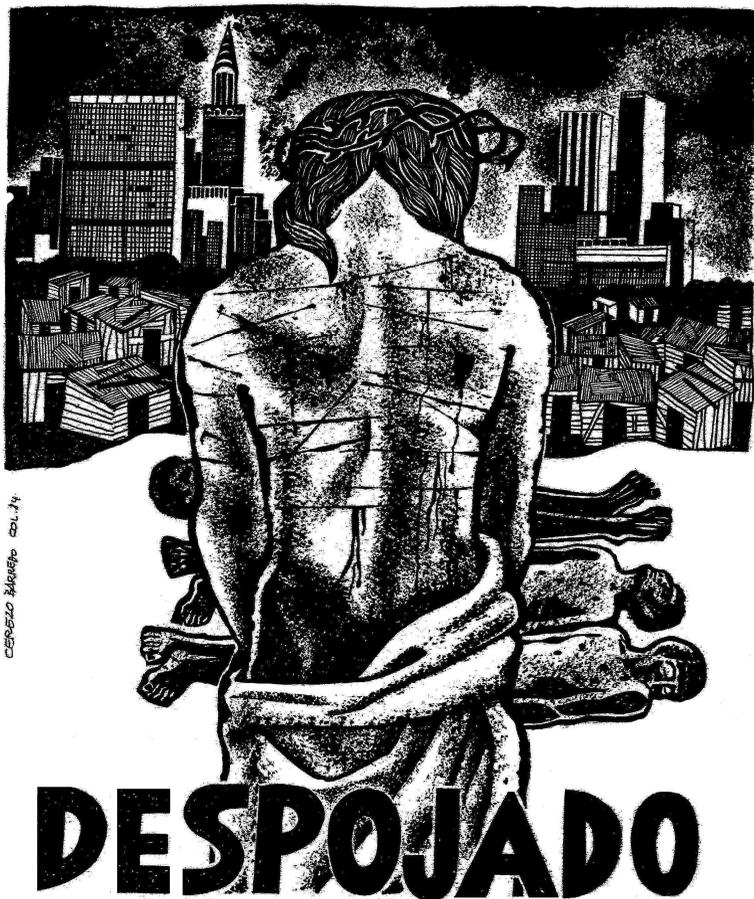
(Isaías 53,2-3)



NOVENA ESTACIÓN

“JESÚS CAE POR TERCERA VEZ”

(Filipenses 2,6-8)



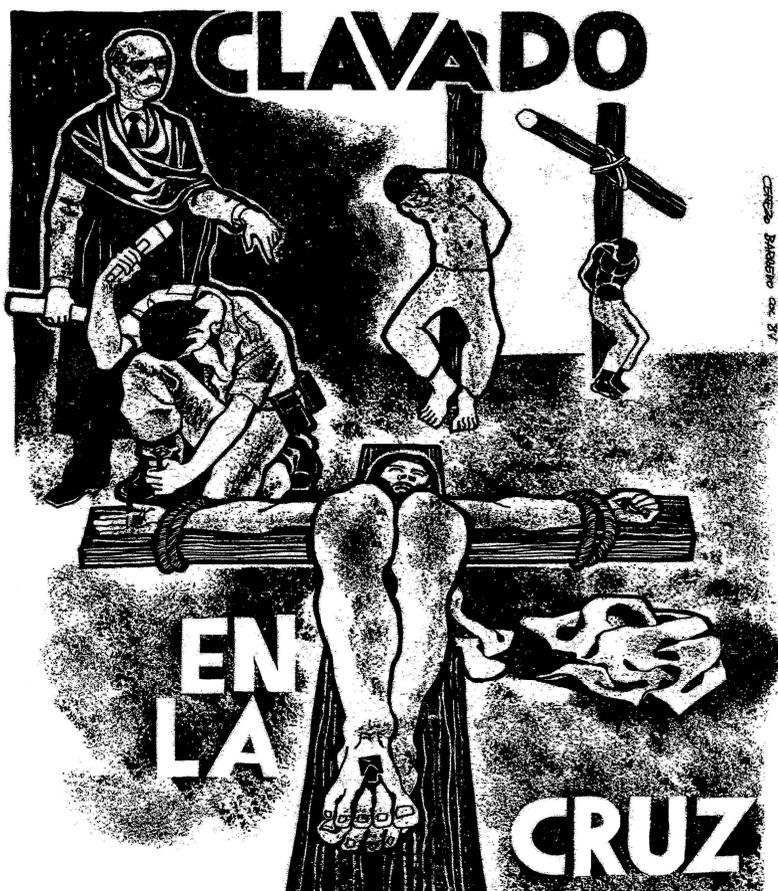
47 100 4949174 0729320

DESPOJADO

DÉCIMA ESTACIÓN

“JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDOS”

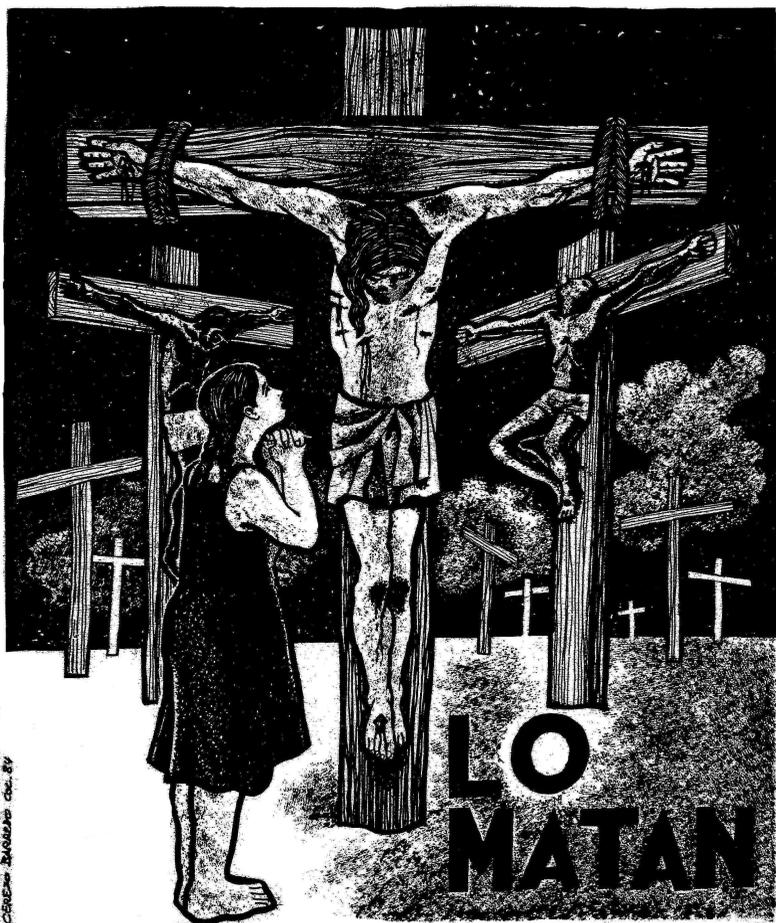
(Juan 19,23-24)



UNDÉCIMA ESTACIÓN

“JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ”

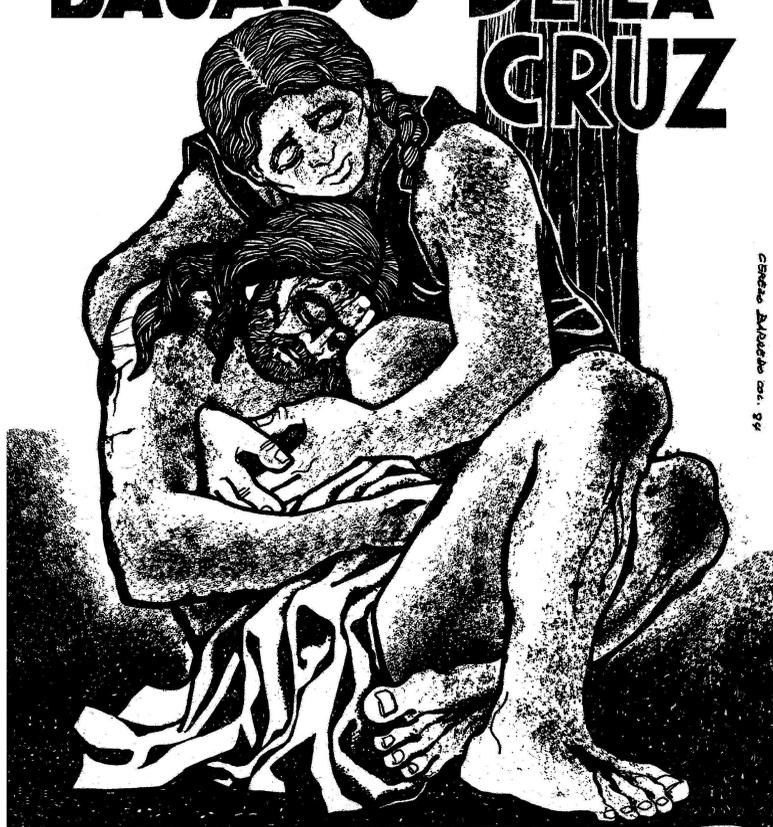
(Marcos 15,24-27)



DUODÉCIMA ESTACIÓN

“JESÚS MUERE EN LA CRUZ” (Lucas 23,44-49)

BAJADO DE LA CRUZ



CRUCIFIXO BAJADO DEL CRISTO. 94

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

“JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ” (Juan 19,25-26)



EN EL SEPULCRO

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

“JESÚS ES SEPULTADO”

(Mateo 27,57-60)



DECIMOQUINTA ESTACIÓN

“El primer día de la semana”... Resucitó

(Jn 20,1-9)

19 DE ABRIL

SÁBADO SANTO DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR

SANTA VIGILIA PASCUAL

1ª Lectura: Génesis 1,1-2,2

Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno.

Salmo 103

Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

2ª Lectura: Génesis 22,1-18

El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe.

Salmo 15

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

3ª Lectura: Éxodo 14,15-15,1

Los Israelitas en medio del mar, a pie enjuto.

4ª Lectura: Isaías 54,5-14

Con misericordia interna te quiere el Señor, tu redentor.

Salmo 29

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

5ª Lectura: Isaías 55,1-11

Venid a mí y viviréis, sellaré con vosotros alianza perpetua.

Salmo. Is 12,2-6

Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación.

6ª Lectura: Baruc 3,9-15.32-4,4

Caminad a la claridad del resplandor del Señor.

Salmo 18

Señor, tú tienes palabras de vida eterna.

7ª Lectura: Ezequiel 36,16-28

Derramaré sobre vosotros un agua pura y os daré un corazón nuevo.

Salmo 41

Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.

8ª Lectura: Romanos 6,3-11

Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más.

Salmo 117

Aleluya, aleluya, aleluya

PALABRA DEL DÍA

Lucas 24,1-12

“El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y entrando no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas, desfavoridas, miraban al suelo, y ellos les dijeron: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo estando todavía en Galilea: “El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar”. Recordaron sus palabras, volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los Once y a los demás. María Magdalena, Juana y María la de Santiago, y sus compañeras contaban esto a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose vio las vendas por el suelo. Y se volvió admirándose de lo sucedido”.

20 DE ABRIL

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

1ª Lectura: Hechos 10,34ª.37-43

Salmo 117

Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.

2ª Lectura: Colosenses 3,1-4

PALABRA DEL DÍA

Juan 20,1-9

(o bien Lc. 24,13-35)

“El primer día de la semana María fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien quería Jesús y les dijo: -Se han ,llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo, pero no entró. Llegó también simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendrás, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido las Escrituras: que él había de resucitar de entre los muertos”.

REFLEXIÓN

El evangelio de este domingo de Resurrección, es una alegoría de Juan que nos hace descubrir qué necesitamos para “ver” a Jesús en su nueva dimensión de Hombre Nuevo.

Es el primer día de la semana, aún de madrugada, casi a oscuras, cuando la fe aún no ha iluminado nuestro día. Estamos, como la Magdalena, confusos y llorosos, mirando con miedo el vacío de una tumba. Ese vacío interior que a veces nos invade: cansancio de vivir, acciones sin sentido, miedos, rutina. El vacío que se nos produce cuando estamos en crisis y los esquemas antiguos ya no tienen respuesta; cuando sentimos que tal acontecimiento o nueva doctrina nos quita eso seguro a lo que estábamos aferrados con fuerza.

Cuando tomamos conciencia de ello, nos asustamos creyendo que se derrumba nuestro mundo bien armado.

¿Y Jesús? Nos lo han robado, justamente a nosotros que creíamos tenerlo tan seguro, tan bien “conservado”. Habíamos casado a Jesús con cierto modo muy definido de vivir, como si el tiempo se hubiera detenido para que nosotros pudiéramos gozar y recrearnos indefinidamente en ese mundo ya hecho y terminado.

Pero sobreviene la crisis, cae ese mundo y Cristo desaparece.

Entonces pedimos ayuda, y Pedro y Juan comienzan a correr... ¿Será posible que Jesús no esté allí donde lo habíamos dejado debajo de una pesada piedra para que no escape?

Es la pregunta de la comunidad cristiana, atónita cuando algo nuevo sucede en el mundo o en la Iglesia, y debe recomponer sus esquemas.

Pedro y Juan se largan a la carrera. Pedro, lo institucional de la Iglesia, Juan, el amor, el aspecto íntimo.

El amor corre más ligero y llega antes, pero deja paso a la autoridad para que investigue y averigüe qué ha pasado. Pedro observa con detenimiento todo, pero no comprende nada. Mas Juan, el discípulo “a quien Jesús amaba”, el que había estado a los pies de la cruz en el momento en que todos abandonaron al maestro, el que vio cómo de su corazón salía sangre y agua, el que recibió a María como madre., el Juan que compartió el dolor de Cristo, “vio y creyó”. Intuyó lo que había pasado porque el amor ,lo había abierto más al pensamiento de Jesús. Pedro siempre había resistido a la cruz y al camino de la humillación; el orgullo lo había obcecado y no se decidía a romper sus esquemas galileos.

Pero tiempo más tarde, cuando junto al lago de Genesaret Jesús le exija el tripe testimonio de amor: “¿e amas más que éstos?”, y le proponga seguirlo por el mismo derrotero que conduce a la cruz, entonces Pedro será recuperado y no solamente creará, sino que – como hemos leído en la primera lectura- dará testimonio de ese Cristo resucitado que “había comido y bebido con él después de la resurrección”.

La lección del evangelio es clara: sólo el amor puede hacernos ver a Jesús en su nueva dimensión; sólo quien primero

acepta su camino de renuncia y de entrega, puede compartir su vida nueva.

Inútil es, como Pedro, investigar, hurgar entre los lienzos, buscar explicaciones. La fe en la Pascua es una experiencia sólo accesible a quienes escuchan el Evangelio del amor y lo llevan a la práctica.

El grano de trigo debe morir para dar fruto.

Si no amamos, esta Pascua es vacía como aquella tumba.

Si esta Pascua no nos hace más hermanos, sus palabras son mentirosas.

Si esta comunidad no vive y cree en el amor, si no pasa “Haciendo el bien y curando a los oprimidos”, ¿cómo pretenderá dar testimonio de Cristo? ¿Y cómo lo podrá ver y encontrar si Cristo sólo está donde “dos o tres se reúnen en su nombre”.

ENTRA EN TU INTERIOR

RECUPERAR A JESÚS

Los creyentes tenemos múltiples y muy diversas imágenes de Dios. Desde niños nos vamos haciendo nuestra propia idea de él, condicionados, sobre todo, por lo que vamos escuchando a catequistas y predicadores, lo que se nos transmite en casa y en el colegio o lo que vivimos en las celebraciones y actos religiosos.

Todas estas imágenes que nos hacemos de Dios son imperfectas y deficientes, y hemos de purificarlas una y otra vez a lo

largo de la vida. No lo hemos de olvidar nunca. El evangelio de Juan nos recuerda de manera rotunda una convicción que atraviesa toda la tradición bíblica: «A Dios no le ha visto nadie jamás».

Los teólogos hablamos mucho de Dios, casi siempre demasiado; parece que lo sabemos todo de él: en realidad, ningún teólogo ha visto a Dios. Lo mismo sucede con los predicadores y dirigentes religiosos; hablan con seguridad casi absoluta; parece que en su interior no hay dudas de ningún género: en realidad, ninguno de ellos ha visto a Dios.

Entonces, ¿cómo purificar nuestras imágenes para no desfigurar de manera grave su misterio santo? El mismo evangelio de Juan nos recuerda la convicción que sustenta toda la fe cristiana en Dios. Solo Jesús, el Hijo único de Dios, es «quien lo ha dado a conocer». En ninguna parte nos descubre Dios su corazón y nos muestra su rostro como en Jesús.

Dios nos ha dicho cómo es encamándose en Jesús. No se ha revelado en doctrinas y fórmulas teológicas sublimes sino en la vida entrañable de Jesús, en su comportamiento y su mensaje, en su entrega hasta la muerte y en su resurrección. Para aproximarnos a Dios hemos de acercarnos al hombre en el que él sale a nuestro encuentro.

Siempre que el cristianismo ignora a Jesús o lo olvida, corre el riesgo de alejarse del Dios verdadero y de sustituirlo por imágenes distorsionadas que desfiguran su rostro y nos impiden colaborar en su proyecto de construir un mundo nuevo más liberado, justo y fraterno. Por eso es tan urgente recuperar la humanidad de Jesús.



No basta con confesar a Jesucristo de manera teórica o doctrinal. Todos necesitamos conocer a Jesús desde un acercamiento más concreto y vital a los evangelios, sintonizar con su proyecto, dejarnos animar por su espíritu, entrar en su relación con el Padre, seguirlo de cerca día a día. Ésta es la tarea apasionante de una comunidad que vive hoy purificando su fe. Quien conoce y sigue a Jesús va disfrutando cada vez más de la bondad insondable de Dios.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Abre tus puertas a Jesús resucitado. Él quiere penetrar también en tu corazón. Ábrele tu corazón. Él quiere hablarte. Entonces tu corazón se irá encendiendo con su palabra. Él quiere partir el pan contigo. Entonces te llenarás de vida nueva. Él quiere exhalar sobre ti su Espíritu. Entonces te llenarás de fuerza santa y de alegría.

¿Sientes más paz y alegría? Entonces es que Cristo ha resucitado.

¿Sientes más fuerza espiritual? Entonces es que Cristo ha resucitado.

¿Sientes más paciencia y mansedumbre? Entonces es que Cristo ha resucitado.

¿Sientes más seguridad, más luz? Entonces es que Cristo ha resucitado.

¿Sientes más amor a los hermanos? Entonces es que Cristo ha resucitado.

ORACIÓN FINAL

Te bendecimos, Padre, por la resurrección de Jesús, mientras peregrinamos como pueblo tuyo por el desierto, atisbando la aurora y saludando nuestra liberación. Es la nueva humanidad que nace en Cristo resucitado, el hombre nuevo, el viviente, el vencedor de la muerte.

Según su mandato, queremos ser testigos del evangelio y demostrar con nuestra vida que el amor es posible.

Vence con tu gracia nuestros miedos y cobardías. Haz que reconozcamos a Jesús, y quedaremos asombrados de lo que su espíritu puede realizar en y por nosotros. Amén.

OCTAVA DE PASCUA

Jesús de Nazaret ha muerto. Un hombre único e incomparable ha sido crucificado. ¿Ha fracasado su causa por ello? He aquí que al proceso de los hombres responde el contra-proceso de Dios. Dios mismo toma partido y “firma”, para autenticarlas, las páginas “escritas” por la vida de Jesús. **“A aquel a quien vosotros habéis crucificado, Dios lo ha resucitado de entre los muertos”**. La fe cristiana se presenta como un juicio solemne, el juicio de Dios.

Algo ha ocurrido durante el tiempo que media entre la Pascua y el nacimiento de la Iglesia. Algo ha cambiado durante esta

Cincuentena primordial. Los discípulos, enloquecidos y dispersados por el miedo, se han transformados en ardientes defensores. “¡No podemos dejar de hablar!”. Los apóstoles han tenido una experiencia que les va a revelar el sentido de la muerte de Jesús en la cruz. “Era necesario que el Mesías sufriera” era necesario... No es un fracaso.

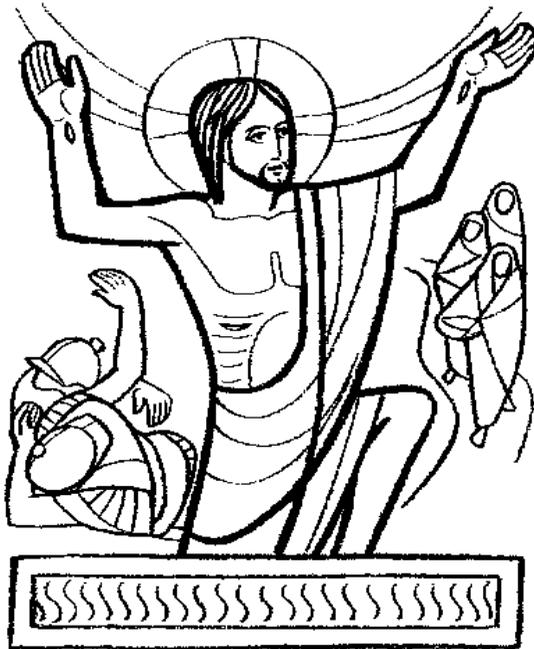
La resurrección de Jesús es un “misterio” que no pertenece al mundo visible y evidente. En un acto divino que nos resulta inaccesible a no ser por la fe, por los signos de la fe. Aun cuando algunos acontecimientos (tumba vacía, apariciones) puedan ser como la huella de ese misterio en nuestra historia, siempre habrá que interpretar estos signos y buscar su sentido profundo. No basta con que haya una tumba vacía para que el desaparecido sea proclamado Hijo de Dios y Señor.

Hay que interpretar. Algunos lo hacían de modo deductivo, sacando la lección de los hechos: a Jesús, dicen, lo ha resucitado Dios. Pero ¿de qué valdría su testimonio si sólo se apoyara en su lógica? Otros se dedicarían a anunciar al resucitado, y de los acontecimientos nacerán una predicación y un mensaje. Y otros interpretarán los hechos refiriéndose a la existencia humana: ¿qué significa para nosotros? Así nació la teología de la Pascua, es decir, el descubrimiento del sentido salvífico de la muerte y la resurrección de Cristo.

La afirmación de la resurrección es el núcleo de la confesión pascual. Decir que Jesús ha resucitado es afirmar un hecho de naturaleza “escatológica” que tiene una relación determinante con el “fin de los tiempos”. Es afirmar que, con la resurrección, Jesús está ya instalado en su función de salvador y juez de la historia humana.

Nuestra existencia no camina hacia la muerte. Jesús es la prenda y la fuente de nuestra existencia eterna. Victoria de la vida, que no es empujada hacia un futuro ilusorio, porque es victoria para hoy. La “Pascua” que vivimos con Cristo nos hace pasar desde ahora a la verdadera vida, que es comunión con Dios. Desde la mañana de Pascua vivimos en régimen de resurrección, y “en esta existencia cotidiana que recibimos de tu gracia ha comenzado ya la vida eterna”.

Esta semana, octava solemne de Pascua, la liturgia va a repetir un mismo anuncio con múltiples variaciones, pero siempre para decirnos que “el mundo antiguo ha desaparecido y ha nacido ya un mundo nuevo”.



21 DE ABRIL

LUNES DE LA OCTAVA DE PASCUA

- **Hechos 2,14.22-33**

“Hombres de Judea y los que residís en Jerusalén, comprended bien lo que ha pasado. Jesús el Nazareno fue crucificado por manos de los impíos, pero Dios lo ha resucitado y nosotros somos testigos”. Jerusalén puede continuar con los ritos de la oración y los sacrificios; nada volverá ya a ser igual. Una comunidad que vive del Espíritu, va a decir una palabra de gracia y reconciliación, va a realizar unos gestos que muy pronto dividirán al pueblo judío en lo referente a la ley mosaica.

La palabra de Dios está ya actuando. La Iglesia recibe la enseñanza de los profetas y la confronta con los acontecimientos.

- **Salmo 15: “Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti”.**

Salmo de confianza, el salmo 15 habla de la fidelidad de Yahvé que levanta al justo. La primera comunidad cristiana lo releyó a la luz de la resurrección de Cristo.

- **Mateo 28,8-15**

El evangelio de este lunes de la octava de Pascua, contiene dos episodios relacionados con la resurrección del Señor. El primero es la aparición de Jesús a María Magdalena y María la de Santiago, que fueron a visitar su sepulcro. Allí oyeron el anuncio del ángel: *“Jesús,*

el crucificado, no está aquí, ha resucitado, como había dicho... Id aprisa a decirlo a sus discípulos". Es entonces cuando les sale al encuentro Jesús mismo, que les dice: ***"Alegraos... No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán"***.

La segunda parte del evangelio deja constancia del "invento" sobre el sepulcro vacío de Jesús. Los sumos sacerdotes y los ancianos compran el silencio y la mentira de los guardias del sepulcro, únicos testigos directos de la resurrección: ***"Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais... Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy"***. En esta reseña sobre la fábula del sepulcro vacío, exclusiva de Mateo, se traduce el clima conflictivo entre la vieja sinagogas y la joven Iglesia.

22 DE ABRIL

MARTES DE LA OCTAVA DE PASCUA

- **Hechos 2,36-41**

Primeras predicaciones, primeras conversiones: ***"A quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías"***. Los apóstoles se comportan siempre del mismo modo cuando se dirigen a la sinagoga. En primer lugar, recuerdan los grandes sucesos de la historia judía y el mensaje de los profetas. Después presentan la buena noticia de Jesucristo como cumplimiento de la antigua alianza. Finalmente, concluyen con una llamada a la conversión y a la fe. Los convertidos son entonces bautizados en nombre de Jesucristo. De este modo, el bautismo se pone en relación con el Nombre, es decir, con la persona misma de Jesús resucitado.

- Salmo 32: “La misericordia del Señor llena la tierra”.

El salmo 32, es un himno en honor de las proezas de la obra divina: *“La palabra de Dios es sincera; más tajante que espada de doble filo...”*

- Juan 20,11-18

“¡Suéltame, que todavía no he subido al Padre!”. Cuando, en la cruz, Jesús hubo entregado el Espíritu, había muerto de amor. Había glorificado a su Padre, y el Padre le había glorificado a él. Desde entonces pertenece al mundo del espíritu. Sólo los creyentes, los que aceptan renacer de lo alto y del Espíritu, podrán reconocerlo.

María llora cuando regresa ante la tumba. *“¡María!”*. *“¡Maestro!”*: los dos nombres son susurrados, y no sólo los oye el corazón. Llamar por su nombre al hijo que acaba de nacer es hacerse cargo de él en su mismo nacimiento. *“¡María!”*. María va a renacer. Enjuga unas lágrimas que pertenecen al pasado y *“se vuelve”*.

Sólo entonces reconoce a Jesús. Había pensado primero en el jardinero, y no estaba lejos de la verdad. ¿Quién es ese jardinero, sino el nuevo Adán a quien el Padre acaba de devolverle la custodia del paraíso reencontrado?.

23 DE ABRIL

MIÉRCOLES DE LA OCTAVA DE PASCUA

- Hechos 3,1-10

Las tres de la tarde, cerca de la “Puerta Hermosa”, Pedro y Juan suben al templo para la oración. Un enfermo se les acerca y les pide ayuda. Ellos le dicen: *“No tengo no oro ni plata, pero lo que tengo eso te doy. En nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar”*. Un nombre: es todo lo que tienen para ofrecer.

Pero el pensamiento antiguo daba una enorme importancia al conocimiento del nombre, pues éste definía al ser y su función. Conocer el nombre equivalía a poseer el ser, y es un nombre realmente prestigioso el que los apóstoles revelan al tullido: el nombre del Ungido del Señor, de quien el profeta Isaías había cantado la siguiente alabanza: *“El Señor me ha ungido; me ha enviado a llevar un gozoso mensaje a los humillados y a curar a quienes tienen el corazón roto” (Is 61,1)*. Cristo es también Siervo...

- **SALMO 104: “Que se alegren los que buscan al Señor”.**

El salmo 104 repite sin cesar las maravillas de Dios.

- **Lucas 24,13-35**

Al atardecer del primer día de la semana, dos hombres van por el camino. Su vida se ha detenido el viernes precedente, mientras Jesús agonizaba en la cruz. Desde entonces, se han dicho el uno al otro la antigua maldición: *“Maldito el que es colgado” (Dt 21,23)*. ¿Quién tiene razón: la autoridad legítima que decidió la muerte del agitador o ese Jesús que reivindicó el título de Mesías? Los dos hombres caminan con aire sombrío. Pero de golpe pasan del desánimo a la euforia, a una fe entusiasta en la resurrección.

La Escritura es la primera clave o vía que Jesús les abre para acceder a la fe en su persona. Los discípulos no lo han reconocido presente en el caminante que se les une en la marcha y que parece ignorar todo lo sucedido aquellos días en Jerusalén. Ellos están desanimados, en la tumba del crucificado quedaron enterradas sus esperanzas mesiánicas, que no son capaces de resurgir ni con las noticias que empiezan a correr en su grupo sobre el sepulcro vacío e incluso la resurrección de Jesús anunciada por los ángeles a las mujeres.

“Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera todo esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas. Les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura”. Esta lectura cristológica de la Escritura es el camino que, iniciado por Jesús, seguirá la Iglesia primitiva, como vemos en los pregones apostólicos de los Hechos; por ejemplo el que leeremos mañana jueves y que sigue a la curación del lisiado en la Puerta Hermosa del templo por Pedro y Juan.

La Eucaristía es la segunda clave cerca ya de la aldea de Emaús, el desconocido hizo ademán de seguir adelante. Quédate con nosotros, le dijeron ellos, porque atardece y el día va de caída. Y se dispusieron a cenar juntos. Entonces el Señor, “sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció”. Lucas transcribe aquí exactamente el rito con que Jesús inició la institución de la eucaristía en la última cena, según leemos en san Pablo y en los tres evangelios sinópticos.

La comunidad es la tercera clave. Así lo entendieron los peregrinos de Emaús, que levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con sus compañeros. Habían aprendido una lección fundamental, extensiva a todos los cristianos. Cristo resucitado sigue presente entre ellos, en medio de la comunidad, de una manera nueva y cierta, por la fe que nace de su palabra y de su pan.



24 DE ABRIL

JUEVES DE LA OCTAVA DE PASCUA

- **Hechos 3,11-26**

¡Combate de la vida y la muerte! Pilatos pensaba soltar a Jesús, y los judíos rechazaron su propuesta. Reclamaron el perdón de un asesino para entregar al santo y Justo. Hicieron morir al Príncipe de la vida, y Dios lo resucitó de entre los muertos. Porque Jesús se hizo siervo, porque llegó hasta el final el don de sí. Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está por encima de todo nombre.

La curación del enfermo dejó a la muchedumbre estupefacta y desorientada. Pedro les descubre el sentido del hecho del que han sido testigos y que tiene a Dios por autor.

Jesús se hizo servidor y fue rechazado por todos. Ahí se encuentra el camino auténtico de la conversión: sólo los que se comprometen en este camino conocerán el tiempo de la restauración. Se ofrece a Israel un último tiempo. Entonces volverá para tomar posesión del Reino eterno que Dios le prometió por boca de los profetas.

- **Salmo 8: “Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!”.**

“¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él?”. El salmo 8 es un himno al Dios, creador de todo, que ha dado el nombre al hombre.

- **Lucas 24,35-48**

Al atardecer del primer día de la semana. **“¡Paz a vosotros!”** Paz a los discípulos aún incrédulos. La paz: un sueño tenaz en el corazón del hombre. Los enemigos se dan la mano, las armas se callan. Los profetas habían prometido tan a menudo esta paz para “el tiempo del descanso”... Ahora está ahí, en medio de los apóstoles estupefactos. Todos los bienes del Reino están ahí.

Jesús en medio de los suyos... La tradición judía conocía relatos de apariciones de espectros o demonios: la tradición griega también. Pero Jesús no es un fantasma; no se aparece un muerto, sino un vivo. Jesús muestra el lugar de los clavos y come un trozo de pan.

Más aún. Instruye a sus apóstoles y les explica cómo su muerte y su resurrección dan cumplimiento a las Escrituras. En efecto, a la Iglesia le gustará repetir los pasajes proféticos y los salmos que iluminan con una luz nueva la vida de su Señor. Pero pronto vendrá el Espíritu que lo renovará todo: será la hora de la misión.

25 DE ABRIL

VIERNES DE LA OCTAVA DE PASCUA

- **Hechos 4,1-12**

Pedro y Juan instruyen al pueblo e insisten en decir que Jesús ha resucitado de entre los muertos. Muchos de los que les escuchaban se convierten, y crece la comunidad de creyentes. Es más de lo que pueden soportar los sumos sacerdotes, que se encogen de hombros cuando se les habla de resurrección. Hay que matar al polluelo en el huerto y desmembrar la secta. Ha llegado para la Iglesia la hora del testimonio.

“¿En nombre de quién habéis hecho eso?” -En nombre de Jesús, pues no se nos ha dado bajo el cielo otro nombre que pueda salvarnos. El enfermo ha sido salvado en el nombre de Jesús. ¿No es Jesús la piedra rechazada por los que hoy persiguen a la joven Iglesia, pero elegida por Dios para ser la piedra angular sobre la que se edifique el nuevo Israel?-

- **Salmo 117: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”.**

El salmo 117 pertenece al género de acciones de gracias individuales. El versículo 12 parece haber sido interpretado por los judíos como el anuncio de la edificación de la comunidad escatológica, pero la Iglesia no tardó en aplicarlo a Cristo, fundador del nuevo pueblo de Dios. Obsérvese el tono antijudío que se desprende de un juego de palabra arameo que asimila los “arquitectos” a los escribas.

- **Juan 21,1-14**

“No tengas miedo, Simón; desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10). Por orden de Jesús echaron la red y sacaron ciento cincuenta y tres peces. Jesús ha glorificado a su Padre, y ahora el Padre le glorifica a él. Resucitado, realiza la promesa que había hecho a algunos paganos: ***“cuando haya sido elevado de la tierra, atraeré a todos los hombres hacia mí”***. Ahora es el tiempo de la misión, y Pedro es su jefe: ¿No se lanzó al agua al reconocer al Señor, igual que había corrido hacia la tumba vacía en la mañana de Pascua? Han capturado una enorme cantidad de peces, y la red no se rompe con el peso de la pesca. Así, contra toda esperanza, los apóstoles van

a congregar a hombres de todas partes en la unidad de una sola Iglesia. Pero sin Jesús no pueden hacer nada: durante la noche no habían pescado una sola pieza.

Aunque a primera vista pueda parecer que falta una de las características de las apariciones de Cristo resucitado, es decir: el envío misionero, la misión está indicada en el simbolismo misionero de la barca, la pesca, la red y los peces. Detalles todos que apuntan a la misión universal de la Iglesia “pescadores de hombres” y que ahora faenan comunitariamente y en cómo desborda de peces su red.

A todos nosotros se nos dice hoy: Echad la red, es decir, servid a mi misión redentora entre vuestros hermanos los hombres. A esta misión nos remite la eucaristía que a diario celebramos en nuestras comunidades.

26 DE ABRIL

SÁBADO DE LA OCTAVA DE PASCUA

- **Hechos 4,13-21**

“¿Qué es justo a los ojos de Dios: escucharos a vosotros o escucharle a él?”. El tribunal religioso reprochaba a los apóstoles el que hablen de Jesús, pero ¿podrían actuar de otro modo? Jesús se ha apoderado de ellos, como pronto se apoderará de Pablo de Tarso. Ellos le han dado su fe, su corazón, su vida, y el Aliento de Dios les ha sumergido en su fuego. No existe un contrato entre el resucitado y sus discípulos, sino una pasión recíproca. Lo que Pedro, Juan y los demás han visto y oído no pueden callarlo, pues está en juego la salvación del hombre. Lo que han visto y oído lo anuncian a todos,

para que la humanidad entera entre en comunión con ellos, ya que su comunión es comunión con el Padre y con Jesucristo.

- **Salmo 117 (ver viernes de la octava).**
- **Marcos 16,9-15**

El evangelio contiene un breve recuento de apariciones de Jesús resucitado: primero a María Magdalena, después a los dos discípulos de Emaús y finalmente a los once, cuando estaban a la mesa. Jesús les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado.

Los estudiosos de los evangelios coinciden en afirmar, que este final no formaba parte del evangelio primitivo de Marcos; está redactado con un vocabulario y un estilo diferente del resto. Se trata más bien de un resumen de los relatos de apariciones que figuran en los otros evangelios, a los que se ha añadido una serie de alusiones a determinados acontecimientos referidos en el libro de los Hechos. Su autenticidad era ya discutida en el siglo segundo.



SEGUNDA SEMANA DE PASCUA

La fe cristiana no es un adoctrinamiento. Cada cristiano está llamado a vivir personalmente, con la experiencia de su vida, la verdad universal que manifiesta la Pascua. Si la resurrección es el centro de nuestra fe, es porque significa el retorno de la vida. La vida iba a perderse, y hoy se encamina hacia su plena realización.

Creer en la resurrección es afirmar que alguien —y alguien de nuestra historia— está “lleno de vida”. Para siempre. Creer que Cristo está vivo es plantear para cada hombre el sentido de la vida. Pero creer en la resurrección es aún más. Es experimentar ya en lo secreto de nuestro corazón que, en Cristo, hemos vencido a las fuerzas de la muerte, aun cuando sigan aprisionándonos. Victoria para nosotros; sin duda; pero victoria también para el mundo. Cuando descubrimos con asombro que hemos sido despertados a la vida sin término, ese nuestro asombro es buena noticia para la tierra entera, nos convertimos en la conciencia viva de la que ya le ha sido dada sin que la propia tierra se diese cuenta.

Y no es que liquidemos alegremente el lado trágico de la existencia. Al igual que el no creyente, nos vemos enfrentados al absurdo, abocados al sufrimiento y al vacío. Pero creemos humildemente que ya fluye en nosotros una sangre nueva. Afirmamos que, desde la mañana de Pascua, hemos nacido a una vida nueva: ***“¡El mundo antiguo ha pasado, y ha nacido un mundo nuevo!”***. Creer en la resurrección es apasionarse por la vida. Creer en Jesús es descubrir todo el amor a la vida que Jesús manifestó en sus palabras y obras. Es creer en el mundo y hacer lo posible para que el mundo alcance su fin. Creer en la resurrección es descubrir el poder

de la vida que Dios nos hace experimentar, nuestra vida no camina hacia su perdición: “estad vivos, auténticamente vivos”, dice Dios. Si creemos en la vida es porque hemos descubierto en la resurrección de Jesús que el secreto tenebroso del mundo es la palpitación de un corazón que ama: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único”.

27 DE ABRIL

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA

1ª Lectura: Hechos 2,42-47

Salmo 117

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

2ª Lectura: 1 Pedro 1,3-9

PALABRA DEL DÍA

Juan 20,19-31

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros”. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así os envío yo”. Y, dicho

esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado no lo creo”.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: “Paz a vosotros”, Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Contestó Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!” Jesús le dijo: “¿Por qué me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.”

REFLEXIÓN

Nuestra fe en la resurrección de Jesucristo no puede ser sólo conceptual. La fe en Jesucristo no es cuestión de conceptos, sino de comunión. “Nunca nos olvidamos de que Cristo es ante todo comunión. Él no ha venido para crear una religión nueva, sino para suscitar una comunión” (Roger Schutz). Así lo expresaba San Pablo: “... y conocerle a él, el poder de la resurrección y la comunión en sus

padecimientos... tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos” (Flp 3,10-11). No puede haber fe pascual si no participamos de la resurrección de Cristo.

En todo este proceso la iniciativa la pone el Señor, que viene a nuestro encuentro, se pone en “medio” de nosotros, y nos comunica su Espíritu. Es autocomunicación de Dios; por medio del Espíritu vivificante se nos comunica la vida de Cristo resucitado.

La experiencia de los apóstoles y demás discípulos del Señor es significativa. Andaban dispersos o encerrados por el miedo. Estaban tristes y desesperanzados. La muerte de Jesucristo, a pesar de los avisos y recomendaciones, había supuesto para ellos un mazazo “mortal”; no sólo no levantaban cabeza –toda su fe y sus proyectos, se habían venido abajo, un ridículo espantoso-, sino que estaban “muertos”. Entonces Cristo resucitado se esfuerza por reunirlos, como el pastor a sus ovejas, se presenta, poniéndose en medio de ellos, vivificándoles.

Cristo es, efectivamente, el centro de la Iglesia, el centro de nuestra vida, el centro del mundo. Nuestros pensamientos y miradas, siempre a Cristo. Ninguna comunidad puede ser cristiana si no pone en el medio a Cristo, si no está centrada en Cristo. Él se convierte en amigo, en Señor, en comunicador de señorío y de vida.

Y “exhaló su aliento sobre ellos”. Y el aliento era el Espíritu. “Recibid el Espíritu Santo” Máxima donación de Cristo. El Espíritu es su vida íntima. Nos entrega su vida resucitada. “Cristo, vida nuestra”. Cristo se está dando a sí mismo para que los suyos vivan; pero no con el miedo, sino con la vida nueva de su Espíritu.

ENTRA EN TU INTERIOR

CENTRARNOS EN JESUCRISTO

María de Magdala ha comunicado a los discípulos su experiencia y les ha anunciado que Jesús vive, pero ellos siguen encerrados en una casa con las puertas atrancadas por miedo a los judíos. El anuncio de la resurrección no disipa sus miedos. No tiene fuerza para despertar su alegría.

El evangelista evoca en pocas palabras su desamparo en medio de un ambiente hostil. Va a «anochecer». Su miedo les lleva a cerrar bien todas las puertas. Solo buscan seguridad. Es su única preocupación. Nadie piensa en la misión recibida de Jesús.

No basta saber que el Señor ha resucitado. No es suficiente escuchar el mensaje pascual. A aquellos discípulos les falta lo más importante: la experiencia de sentirle a Jesús vivo en medio de ellos. Solo cuando Jesús ocupa el centro de la comunidad, se convierte en fuente de vida, de alegría y de paz para los creyentes.

Los discípulos «se llenan de alegría al ver al Señor». Siempre es así. En una comunidad cristiana se despierta la alegría, cuando allí, en medio de todos, es posible «ver» a Jesús vivo. Nuestras comunidades no vencerán los miedos, ni sentirán la alegría de la fe, ni conocerán la paz que solo Cristo puede dar, mientras Jesús no ocupe el centro de nuestros encuentros, reuniones y asambleas, sin que nadie lo oculte.

A veces somos nosotros mismos quienes lo hacemos desaparecer. Nos reunimos en su nombre, pero Jesús está ausente

de nuestro corazón. Nos damos la paz del Señor, pero todo queda reducido a un saludo entre nosotros. Se lee el evangelio y decimos que es «Palabra del Señor», pero a veces solo escuchamos lo que dice el predicador.

En la Iglesia siempre estamos hablando de Jesús. En teoría nada hay más importante para nosotros. Jesús es predicado, enseñado y celebrado constantemente, pero en el corazón de no pocos cristianos hay un vacío: Jesús está como ausente, ocultado por tradiciones, costumbres y rutinas que lo dejan en segundo plano.

Tal vez, nuestra primera tarea sea hoy «centrar» nuestras comunidades en Jesucristo, conocido, vivido, amado y seguido con pasión. Es lo mejor que tenemos en la parroquia y en la diócesis.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Nos regala su vida divina, Dios mismo penetrando en nosotros y siendo nuestra más íntima realidad. Desde esa profundidad. Dios nos urge, nos cura, nos ilumina, nos fortalece, nos santifica con su amor. Múltiples y enriquecedoras formas de actuar. Podríamos decir que esa acción del Espíritu de Jesús en nosotros es:

- **Curativa**, porque quita los miedos y tristezas y los innumerables traumas que vamos acumulando, es una acción liberadora.
- **Santificadora**, porque perdona los pecados y envuelve en gracia. “A quiénes perdonéis...” El Espíritu es experiencia de perdón.



- **Vivificadora**, es el aspecto positivo de lo que venimos diciendo. El Espíritu restablece la fe y llena de frutos, y va contagiando de la vida de Cristo.
- **Pacificadora y gozosa**: Jesús saluda con su paz y devuelve la alegría. Esa paz y alegría indefinibles son marca del Espíritu.
- **Comunitaria**, porque crea unidad, porque reúne a los dispersos, porque Cristo se pone en el centro, porque los corazones se sienten unidos y porque los bienes se ponen en común. El Espíritu crea comunidad y la comunidad hace presente a Cristo. Esto es lo que sucede en cada eucaristía.

Tomás palpó las llagas: ¡Dios mío Tomás tocó las entrañas de Dios: se acabaron para siempre sus dudas. Tomás se sentía ardiendo: ¡Señor mío y Dios mío!. Las llagas de Cristo fueron curativas, se podría hacer un estudio, no sólo se lo que significaron para Tomás, sino lo que han significado para la Iglesia, para nosotros:

Han ayudado a crecer, porque prueban la realidad del dios encarnado y de Cristo resucitado. Cristo no es una idea o un mito, es una realidad palpitante.

Han ayudado a rezar, porque son objeto de gran devoción y suscitan la mayor confianza. A través de esas llagas se quiere penetrar en Dios. Y, por otra parte, esas llagas son oración permanente ante el Padre.

Han ayudado a sufrir, porque Cristo se hace presente en todas las llagas, porque todas las llagas se unen a las de Cristo, y esta comunión de llagas produce consuelo y fortaleza. Ahora podríamos fijarnos en cuáles son las llagas más dolorosas de Cristo hoy.

Han ayudado a luchar. Si Cristo recibió tantas heridas en su combate, ¿nos vamos a asustar nosotros porque tengamos algún rasguño? “No habéis resistido todavía hasta la sangre” (Hb 12,4).

Han ayudado a amar. Las llagas son prueba del amor más grande, capaz de dejarse romper por nosotros. Pues amor con amor se paga. A más entrega, más amor.

ORACIÓN FINAL

Que la alegría de esta Pascua no se quede en meras palabras o solamente en los ritos. Que esa alegría florezca en un despertar del espíritu comunitario en cada uno de nuestros hogares, siendo servidores los unos de los otros.

TERCERA SEMANA DE PASCUA

“Yo soy el pan de vida... Quien come mi carne y bebe mi sangre...” El discurso de Jesús que sigue al relato de la multiplicación de los panes, en Juan 6, remite inevitablemente a la última cena y a la eucaristía, aun cuando la exégesis señale diferentes momentos más o menos marcados por esta referencia. Este tema del pan de vida, nos llevará desde el viernes de la segunda semana al sábado de la tercera semana de Pascua, por lo que nos conviene comprenderlo bien.

“Les dio un pan del cielo” este versículo del salmo 89 está en el centro mismo del discurso. Nos hallamos en el desierto, y la reflexión se remite espontáneamente al maná y al Éxodo. Jesús ha multiplicado el pan para la muchedumbre, y algunos se equivocan en torno al sentido de este signo: hay que elevar el tono del debate. Jesús no es un hacedor de milagros; no da el pan a los hombres sin que éstos tengan que “colaborar en las obras de Dios” La fe es el lugar del encuentro. Pero ¿quién es exactamente este Jesús? ¿El profeta? ¿El Rey? Toda interpretación excesivamente fácil es peligrosa; es preciso superar laboriosamente las etapas de la fe, Jesús, que se revela en la noche contra viento y marera, llama al hombre a comprometerse en su seguimiento. Por otra parte, el acontecimiento se sitúa poco antes de la Pascua, con lo cual se nos remite a la gran Pascua, donde la realeza del Hijo del Hombre será revelada a través del don que hará de sí mismo hasta la muerte.

¡La muerte y la vida! “Vuestros padres comieron del maná en el desierto y murieron”. ¿De qué serviría multiplicar el pan si no fuera pan de vida eterna? ¿Cómo vamos a tener siempre al alcance de la

mano a un hombre que nos dé el alimento de la inmortalidad? ¡Pues lo tenemos! Pero el encontrarnos con él supone la fe y el sacramento.

Primero la fe. Jesús es el pan de vida."Quien permanece en mí, permanece en Dios". Se trata de permanecer en él, no de frecuentarlo cuando la necesidad se hace sentir.

El alimento de vida eterna supone, pues, la fe. Pero la fe se expresa en el sacramento. ¡Hay que "comer" –en el sentido más radical- "la carne del Hijo del Hombre" y beber su sangre! "El, pan que yo daré, dice Jesús, es mi carne para la vida del mundo"; las palabras de la última cena resuenan aquí como un eco. Pero ¿en qué consiste ese sacramento inaugurado en la última comida de Cristo?

¡Qué lejos estamos de la distribución gratuita de un alimento de inmortalidad! ¡No basta, verdaderamente, comulgar para ser salvado! Jesús ha entregado su carne y su sangre, se ha entregado todo él... Comerlo, como lo hace la fe, es seguirle Hasta ahí: hacerse uno con su carne entregada y su sangre derramada. Acceder a la resurrección es aceptar el mismo camino que el de la Pascua. Si a los judíos les costó tanto creer que hay que "comer la carne de ese hombre", no es porque les repugnase un acto tan extraño. Sino más bien, porque percibían implícitamente que esta invitación pone a Cristo en el centro de todo: ¿con qué derecho pretende él ser el Camino y la Vida, siendo así que al poco tiempo va a ser crucificado? Por lo demás, algunos discípulos van a comenzar a murmurar contra él por el mismo motivo: "¡Duras palabras son éstas! ¿Quién puede hacerle caso?". Sí, la palabra sacramental es dura, ¡tan dura como el

camino de la cruz! Pero no hay otra que pueda salvar al hombre y “resucitarlo”... ¿A quién iremos, Señor?.

Es la tradición evangélica, el relato de la multiplicación de los panes se inserta en un conjunto que culmina en el reconocimiento de Cristo por Pedro y por la Iglesia. También aquí va el apóstol a proclamar su fe: “Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”. Pero la fe nunca será reposo absoluto. ¡Tampoco lo es en el sacramento! No se puede comer la carne del Hijo del Hombre sin sentarse con él a la mesa de la Cena y de la Pasión. De lo contrario, la vida no podrá surgir de la muerte, como tampoco fue posible la resurrección más que a través de la prueba del Calvario. Por eso la misa es un “sacrificio”. El pan partido para un mundo nuevo supera absolutamente todos los esfuerzos humanos por compartir mejor el pan: es el sacramento de la muerte necesaria para que florezca la vida. Y, en el Evangelio, el relato de la multiplicación de los panes es algo completamente distinto de una llamada a la generosidad, que siempre resulta decepcionante si no se inserta en la fe en Jesús. Pan de vida para quienes le siguen hasta el final.

4 DE MAYO

TERCER DOMINGO DE PASCUA

1ª Lectura: Hechos 2,14.22-33

No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio.

Salmo 15

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

2ª Lectura: 1 Pedro 1,17-21

Os rescataron a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto.

PALABRA DEL DÍA

Lucas 24,13-35

“Dos discípulos de Jesús iban aquel mismo día, el primero de la semana, hacia una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; caminaban comentando lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. El les dijo: -¿Qué conversación es ésa que traéis mientras vais de camino? Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, llamado Cleofás, le replicó: -¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días? El les preguntó: -¿Qué? Le contestaron: -Lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron nuestros sumos sacerdotes y los jefes para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro libertador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron. Entonces Jesús les dijo: -¡Qué necios y torpes sois para creer lo que

anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera todo esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: -Quédate con nosotros porque atardece y el día ya decae. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Entonces comentaron: -¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y, levantándose, al momento se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: -Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”.

REFLEXIÓN

“Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas” (Zac. 13,7).

No había ya razón para seguir unidos. ¿Quién podría ya estrechar los lazos, ofrecer objetivos y metas? Lo que ahora necesitaban era una terapia de relajación y olvido. Por eso Cleofás y otro discípulo se retiraban a una aldea cercana y tranquila, a Emaús.

Emaús hoy nos suena a huída. Ir a Emaús es ir a descansar, a olvidar, ir a curarse las heridas, ir a vaciar todo el desencanto acumulado, ir a quitarse la presión u opresión de cada día. Hoy diríamos que es ir a descansar, a curar el estrés, a no pensar en nada.

Cleofás y su compañero habían perdido el saber y el sabor, sus vidas ya no tenían sentido ni gusto, iban a Emaús tristes, preocupados, desesperanzados. Todo el saber y toda la esperanza la habían puesto en Jesús. Pero Jesús había sido destruido. Su muerte humillante había supuesto una caída en el vacío y en la noche. Vuelta a empezar una vieja vida gris, pero añadiendo muchas frustraciones, esperanzas rotas y cicatrices.

Querían olvidar, pero no podían. Estaban muy cogidos por la extraordinaria figura del Maestro y por su dramático final. Repensaban con dolor la película, tan reciente, de los hechos, si una pena entre dos es menos pena, una angustia entre dos es doble angustia.

Todo terminó en un grito desgarrador: ¿Por qué nos has abandonado? Nuestros sacerdotes y jefes no creyeron en él y lo condenaron a muerte. Y no se defendió, y nadie lo defendió, y Dios tampoco lo defendió. ¡Qué amargura y qué desilusión! ¿Tendrían razón los jefes? ¿Por qué Dios “lo abandonó”? ¿Había sido todo un hermoso sueño? Un sueño como el de las mujeres esta mañana, ilusiones, no hay que tomarlo en consideración.

Los discípulos de Emaús ya no esperaban, pero añoraban. Estaban desesperanzados, pero no desesperados. El recuerdo de Jesús les hacía bien. Si el volviera otra vez, si nos pudiera traspasar con la luz de su mirada, si nos volviera a decir palabras encendidas, si nos ofreciera su mano amiga y liberadora, si nos pudiéramos bañar en el lago de su ternura...

Eran deseos, pero Jesús los conocía, por eso se acercó en persona y les hace el regalo de su compañía y de sus palabras. Fue como una catequesis a lo largo del camino, una catequesis vespertina. Pudo durar un par de horas, pero se hizo cortísima, como muy corto se les hizo el camino, de unos 12 kilómetros, porque aquellos hombres se sentían cautivados. Fue una explicación de la palabra, un recorrido por toda la Escritura, centrándose en la visión mesiánica de los salmos y profetas. El punto delicado era la Pasión del Mesías. ¿Por qué tenía que sufrir tanto? ¿Cómo se puede entender un liberador derrotado? ¿A quién puede salvar si no es capaz de salvarse a sí mismo?

Pero la homilía de Jesús no sólo disipó sus dudas, sino que hizo arder sus corazones. Seguro que utilizaría los poemas del siervo, el que se entrega para salvar a su pueblo. Y hablaría del cordero que carga con los pecados del mundo y es llevado al matadero, sin abrir la boca, herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas>; y hablaría de la serpiente de bronce salvadora, puesta en lo alto de un palo; y hablaría del grano de trigo que tiene que morir para llevar mucho fruto.

También nosotros necesitamos que el Señor nos siga explicando las Escrituras sobre el misterio de la Pasión. Somos necios y torpes para entender la necesidad de la cruz, sobre todo cuando nos toca a nosotros. Que nos diga y repita el Señor que la cruz nos puede ayudar a crecer como personas, que nos puede hacer más humanos, que puede romper la dureza de nuestro corazón, que nos puede unir a Cristo con más fuerza.

Jesús accede a la invitación de los compañeros de camino. ¡Quédate con nosotros! ¿Cómo iba a negarse si había venido para quedarse con nosotros? Les había alimentado con su palabra, ahora quiere alimentarlos con su pan. Ellos prepararon agradecidos la cena, pero el plato fuerte lo puso Jesús.

Y así, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. No hizo falta más. Era el signo inconfundible. Cristo es el que parte el pan. Cristo es el pan partido. Cristo es el que se parte a sí mismo y se entrega. Cristo es el que se deja comer como el pan.

Fue una maravillosa experiencia pascual. Por eso, levantándose el momento, se volvieron a Jerusalén. Ya no les importaba que fuera muy tarde. Ya llevaban el día dentro de sus corazones. No podían esperar. Tenían que dar noticia de Jesús resucitado. Es posible que algún discípulo todavía no creyera, pero lo cierto es que ellos ya estaban resucitados. Lo que empezó en desesperanza terminó en pascua, lo que empezó en tristeza terminó en gozo, lo que empezó en frío terminó en fuego, lo que empezó en duda terminó en testimonio.

Ojalá que en cada una de nuestras Eucaristías se repitiera la historia de los discípulos de Emaús.

ENTRA EN TU INTERIOR

RECORDAR MÁS A JESÚS

El relato de los discípulos de Emaús nos describe la experiencia vivida por dos seguidores de Jesús mientras caminan desde Jerusalén hacia la pequeña aldea de Emaús, a ocho kilómetros

de distancia de la capital. El narrador lo hace con tal maestría que nos ayuda a reavivar también hoy nuestra fe en Cristo resucitado.

Dos discípulos de Jesús se alejan de Jerusalén abandonando el grupo de seguidores que se ha ido formando en torno a él. Muerto Jesús, el grupo se va deshaciendo. Sin él, no tiene sentido seguir reunidos. El sueño se ha desvanecido. Al morir Jesús, muere también la esperanza que había despertado en sus corazones. ¿No está sucediendo algo de esto en nuestras comunidades? ¿No estamos dejando morir la fe en Jesús?

Sin embargo, estos discípulos siguen hablando de Jesús. No lo pueden olvidar. Comentan lo sucedido. Tratan de buscarle algún sentido a lo que han vivido junto a él. «Mientras conversan, Jesús se acerca y se pone a caminar con ellos». Es el primer gesto del Resucitado. Los discípulos no son capaces de reconocerlo, pero Jesús ya está presente caminando junto a ellos, ¿No camina hoy Jesús veladamente junto a tantos creyentes que abandonan la Iglesia pero lo siguen recordando?

La intención del narrador es clara: Jesús se acerca cuando los discípulos lo recuerdan y hablan de él. Se hace presente allí donde se comenta su evangelio, donde hay interés por su mensaje, donde se conversa sobre su estilo de vida y su proyecto. ¿No está Jesús tan ausente entre nosotros porque hablamos poco de él?

Jesús está interesado en conversar con ellos: «¿Qué conversación es ésa que traéis mientras vais de camino?» No se impone revelándoles su identidad. Les pide que sigan contando su experiencia. Conversando con él, irán descubriendo su ceguera. Se

les abrirán los ojos cuando, guiados por su palabra, hagan un recorrido interior. Es así. Si en la Iglesia hablamos más de Jesús y conversamos más con él, nuestra fe revivirá.

Los discípulos le hablan de sus expectativas y decepciones; Jesús les ayuda a ahondar en la identidad del Mesías crucificado. El corazón de los discípulos comienza a arder; sienten necesidad de que aquel "desconocido" se quede con ellos. Al celebrar la cena eucarística, se les abren los ojos y lo reconocen: ¡Jesús está con ellos!

Los cristianos hemos de recordar más a Jesús: citar sus palabras, comentar su estilo de vida, ahondar en su proyecto. Hemos de abrir más los ojos de nuestra fe y descubrirlo lleno de vida en nuestras eucaristías. Nadie ha de estar más presente. Jesús camina junto a nosotros.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Como a los discípulos de Emaús, Jesús se sigue apareciendo hoy:

Se aparece al que lo desea y lo busca apasionadamente, como María Magdalena.

Se aparece al que se siente pobre y está vacío de sí mismo, como las mujeres que iban al sepulcro con sus aromas.

Se aparece al que cree en él, o quisiera creer, como Juan, Pedro y Tomás...

Se aparece al que lo espera o, por lo menos, lo añora, como los discípulos de Emaús.

Jesús se aparece al que no vive para sí, sino para el hermano, y va tejiendo día a día el manto comunitario, como los discípulos cuando se reunían.

Se aparece a los que, guardando su memoria, celebran la palabra y parten el pan, como las primeras comunidades cristianas.

Jesús se aparece a todo el que lo ama más que a sí mismo, como el mártir.

Se aparece a todo el que ama al hermano más que a sí mismo, y ve en él a Cristo, y son capaces de hacer suyos sus sufrimientos, sus dolores, sus alegrías, sus esperanzas.

El modelo completo de toda esta preparación lo encontramos en María, la hija y la madre, la esclava y la señora, la orante y la donante, siempre abierta a Jesús, siempre unida a Jesús, siempre llena de Jesús.

ORACIÓN FINAL

Jesús de Nazaret. Tú eres el que centra toda la predicación apostólica, y al que tengo que mirar para salvame. Eres el santo, el justo, el que pasó haciendo el bien, el Mesías esperado.

Te rechazaron y te mataron. ¡Qué ceguera y qué crueldad! No cabe un error más perverso: “Rechazasteis al santo, al justo... matasteis al autor de la vida... y pedisteis el indulto de un asesino”



Sí, Señor, muchas veces preferimos la maldad a la santidad, la injusticia a la justicia, la crueldad a la misericordia, la muerte a la vida, todo con mayúscula, cuando no te vemos en el hermano que sufre, en el triste, en el solo, en el abandonado, en la mujer maltratada, en el emigrante no aceptado, en el padre de familia sin trabajo. Dame un corazón grande para amar, para acoger, para compartir, aunque tenga que meter mi dedo en el agujero de los clavos y mi mano en la herida del costado, hay muchas manos agujereadas y muchos

CUARTA SEMANA DE PASCUA

La resurrección es el mundo al revés, aunque habría que decir que es el mundo al derecho si no tuviéramos necesidad de efectuar un continuo cambio de nuestras perspectivas. Cristo va delante y nos precede en el camino, conduciendo la historia de los hombres hasta la tierra de Dios. Nadie tiene acceso al Padre si no pasa por la Puerta del reino que su Palabra construye. Los que le siguen han de aprender a reorientar su vida. Si la resurrección canta nuestra victoria, también expresa la nueva Ley de nuestra existencia.

Y es que no tenemos que hacer ni más ni menos que imitar al Pastor que nos guía. San Pablo resume todo el dinamismo de la resurrección cuando escribe a las primeras comunidades: “Sois hijos de la luz; convertíos en hijos de la luz”.

La “moral” de la resurrección es, antes que nada, afirmación de la salvación: pertenecéis a Cristo, y nadie puede arrancar de sus manos a aquellos que el Padre le ha entregado. La luz vino al mundo

para que quien crea en ella no siga en las tinieblas: la Ley nueva es iluminación y gracia.

Pero es también aprendizaje en la escuela de aquel que no reivindicó para sí el rango que le hacía igual a Dios. No hay más que un cristiano: Cristo. Sólo él vivió la exigencia del amor hasta el extremo, porque él es el amor. Sólo él puede pretender ser el Camino, porque él trazó, en la sangre y en la confianza, el camino que, a través del Gólgota, asciende hasta el jardín de la Pascua.

“Seréis como dioses”, había susurrado la serpiente en el jardín del Edén. Y el hombre, presa del vértigo, creyó semejante mentira y se vio arrastrado al polvo. El que, en la paciencia y en la oración, trate de conformar su vida de acuerdo con la Palabra de Dios, el que trate de imitar los rasgos del divino Rostro, ése oirá cómo se le dice: “Hace mucho tiempo que yo estoy contigo; desde siempre eres como Dios”. He ahí el cambio total del mundo y la nueva Ley.

11 DE MAYO

CUARTO DOMINGO DE PASCUA

1ª Lectura: Hechos 2,14ª.36-41

Salmo 22

El Señor es mi pastor, nada me falta.

2ª Lectura: 1 Pedro 2,20b-25

PALABRA DEL DÍA

Juan 10,1-10

“En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: -Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirían, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: -Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante”.

REFLEXIÓN

Lo primero que llama la atención de este cuarto domingo de Pascua, es que las tres lecturas subrayan la misma y fundamental afirmación: el único pastor y Señor de la comunidad cristiana es Jesucristo.

Fue Pedro, el primer Papa de la Iglesia, el que lo expresó con más claridad y convicción el día de Pentecostés: ***“A este mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y***

Mesías". Es el mismo Pedro que en su primera carta afirma: **"Andabais descarriados como ovejas, y habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas"**. Todas estas afirmaciones serán recogidas con especial énfasis por el Evangelio de Juan unos cuantos años después.

Si para todos los cristianos esta afirmación es importante, lo es mucho más para los católicos, ya que entre nosotros se subraya mucho más que en otras confesiones cristianas el carácter jerárquico de la Iglesia y se acentúa el papel del Papa, de los obispos y sacerdotes sobre toda la comunidad. El sentido jurisdicista de los romanos y otras vicisitudes históricas han hecho de nuestra Iglesia un organismo fuertemente jerarquizado, se acentuaron las diferencias de estado y, en más de una oportunidad, se exageró el poder de quienes detentan el oficio pastoral.

Si es importante que la comunidad cristiana esté organizada, mucho más importante es el cómo está organizada. Jesús reprobó severamente en varias oportunidades a los apóstoles porque concebían su ministerio pastoral como una forma de mando y de dominio sobre los demás, con todos los celos, envidias y egoísmos que ello implicaba.

Jesús tiene que recordarles que él no ha venido a ser servido sino a servir y dar la vida en rescate por todos y que entre ellos, el que quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos.

Cristo se aplica así mismo el título de pastor. Tiene significación religiosa y política, tiene incluso connotaciones divinas. Porque Dios mismo se presenta como pastor. "Yo mismo cuidaré de

mi rebaño y velaré por él” (Ez 34,11). Y si Dios guarda el rebaño, las ovejas estarán seguras. “Vosotros, ovejas mías, sois el rebaño que yo apaciento” (Ez 34,31). Ya no hay nada que temer. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo.

Tampoco tú tienes nada que temer, porque Cristo es tu pastor y guardián de tu vida. Él te guarda bien. No hablamos de una promesa, sino de una realidad. Cristo es el Dios que apacienta y defiende, el dios que alimenta y protege, el Dios que conduce y que cura: ***“Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos”***.

El pastor no quiere que sus ovejas mueran, porque él ama la vida. Vino precisamente porque veía a las ovejas amenazadas y heridas de muerte. ***“Yo he venido para que tengan vida”***. Pero no se conforma con una vida cualquiera. Hay vidas que no valen la pena, vidas vacías, manchadas, esclavizadas: tienen más de muerte que de vida; como una fruta de hermosa presencia, pero que lleva dentro el gusano. Jesús quiere para sus ovejas vida abundante, creciente, verdadera.

Por eso viene cargado de alimentos y medicina. Como aquel samaritano que se volcó sobre el que estaba herido en el camino: vendas, aceite y vino. El pastor viene con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. El pastor ofrece también agua, pan, pero agua viva, pan vivo. Alimentos y medicinas que libran de la muerte y llenan de vida eterna. ***“Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante”***.



ENTRA EN TU INTERIOR

ACERCARNOS Y CONOCERNOS

Cuando entre los primeros cristianos comenzaron los conflictos y disensiones entre grupos y líderes diferentes, alguien sintió la necesidad de recordar que, en la comunidad de Jesús, sólo él es el Pastor bueno. No un pastor más, sino el auténtico, el verdadero, el modelo a seguir por todos.

Esta bella imagen de Jesús, Pastor bueno, es una llamada a la conversión, dirigida a quienes pueden reivindicar el título de «pastores» en la comunidad cristiana. El pastor que se parece a Jesús, sólo piensa en sus ovejas, no «huye» ante los problemas, no las «abandona». Al contrario, está junto a ellas, las defiende, se desvive por ellas, «expone su vida» buscando su bien.

Al mismo tiempo, esta imagen es una llamada a la comunión fraterna entre todos. El Buen Pastor «conoce» a sus ovejas y las ovejas le «conocen» a él. Sólo desde esta cercanía estrecha, desde este conocimiento mutuo y esta comunión de corazón, el Buen Pastor comparte su vida con las ovejas. Hacia esta comunión y mutuo conocimiento hemos de caminar también hoy en la Iglesia.

En estos momentos no fáciles para la fe, necesitamos como nunca aunar fuerzas, buscar juntos criterios evangélicos y líneas maestras de actuación para saber en qué dirección hemos de caminar de manera creativa hacia el futuro.

Sin embargo, no es esto lo que está sucediendo. Se hacen algunas llamadas convencionales a vivir en comunión, pero no

estamos dando pasos para crear un clima de escucha mutua y diálogo. Al contrario, crecen las descalificaciones y disensiones entre obispos y teólogos; entre teólogos de diferentes tendencias; entre movimientos y comunidades de diverso signo; entre grupos y «blogs» de todo género...

Pero, tal vez, lo más triste es ver cómo sigue creciendo el distanciamiento entre la jerarquía y el pueblo cristiano. Se diría que viven dos mundos diferentes. En muchos lugares los «pastores» y las «ovejas» apenas se conocen. A muchos obispos no les resulta fácil sintonizar con las necesidades reales de los creyentes, para ofrecerles la orientación y el aliento que necesitan. A muchos fieles les resulta difícil sentir afecto e interés hacia unos pastores a los que ven alejados de sus problemas.

Sólo creyentes, llenos del Espíritu del Buen Pastor, pueden ayudarnos a crear el clima de acercamiento, mutua escucha, respeto recíproco y diálogo humilde que tanto necesitamos.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Cristo es el buen pastor anunciado y esperado. Antes no había más que malos pastores, ladrones y bandidos. Ahora llega el buen pastor, capacitado para defender y salvar a las ovejas. Ahora todas las ovejas podrán decir: El Señor es mi pastor, nada me falta.

Jesús se presenta también como la puerta del aprisco. Hay que entrar por esta puerta para ser un buen pastor. O sea, hay que creer en Jesucristo para poder ser pastor del rebaño de Dios.

ORACIÓN

Yo quiero saber también qué tengo que hacer para entrar por la puerta de tu aprisco. He oído que la puerta tiene cuatro tablas. La primera exige creer y confiar en ti, y se llama fe. La segunda obliga a hacerse pequeño, porque la puerta es chica, y se llama humildad. La tercera pide capacidad de servicio y entrega, y se llama caridad. La cuarta enseña a ser dócil, a dejarse llevar, a tener paciencia, a esperar y orar, y se llama esperanza. Estas cuatro tablas se integran armoniosamente, la puerta resulta preciosa y fuerte. A veces tiene la forma de cruz. Porque la cruz resulta ser la tesis doctoral del amor, de la entrega, de la humildad, de la paciencia, de la generosidad, de la confianza. Ahora entiendo, Señor, la puerta viva del aprisco eres tú.

QUINTA SEMANA DE PASCUA

Para que los hombres entren en comunión con él, Dios quiere darse a conocer o, según la palabra bíblica, revelarse, desvelarse. Para lograrlo, y siguiendo el instinto de todo amor, Dios busca los medios de vivir con el ser amado. Se hace hombre: sale de sí mismo y se despoja, de alguna manera, de su trascendencia. Ese es el misterio. Su extravagancia racional provoca precisamente en nosotros lo que llamamos la fe. La fe no es consentimiento teórico a

una verdad abstracta, sino participación del ser Dios, dado en comunión.

Sobre este trasfondo hay que captar el misterio de la Iglesia. A través de los tiempos, la Iglesia es la historia de la palabra única entregada por Dios en Jesucristo. “¡El reino ha llegado a vosotros!. La Palabra de Dios no tiene más palabras para hacerse oír que palabras de hombres que balbucean el misterio revelado; pero en estas palabras que dudan se pueden ya oír la voz eterna. El amor no tiene otro lugar donde realizarse que los gestos de los hombres y mujeres que intentan amar; pero en estas vidas aún confusas se efectúa ya el gran gesto de Dios.

El tiempo de la Iglesia se confunde con el de espera y la esperanza. La referencia de la Iglesia a lo Por-venir, al Reino, es tan decisiva como la referencia al hecho pasado de Jesús. Sin duda, la Iglesia recuerda, y su fe es memoria, herencia; pero, al mismo tiempo, está orientada a la futura consumación. Y aunque viva ya la visión del cara a cara. Dios se ha revelado de una vez por todas y, sin embargo, a la Iglesia no le bastará todo el tiempo de la Iglesia es el de la humilde invocación: “¡Venga tu Reino!”. Con la seguridad que le da Cristo, ella ofrece ya al Reino la posibilidad de llegar a los hombres, pero sin jamás poder agotarlo.

Sois el Cuerpo de Cristo, ¡y no hay que profanar el amor!

Sois la Viña plantada por Dios, ¡y no debéis nutrirnos de fuentes estériles!

Sois el pueblo consagrado, ¡y no podéis coquetear con el mundo caduco! ¡Señor, ten piedad de nosotros!

18 DE MAYO

QUINTO DOMINGO DE PASCUA

1ª Lectura: Hechos 6,1-7

Escogieron a siete hombres llenos de espíritu.

Salmo 32

**Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo
esperamos de ti.**

2ª Lectura: 1 Pedro 2,4-9

Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real.

PALABRA DEL DÍA

Juan 14,1-12

“En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: -No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias y yo voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino. Tomás le dice: -Señor, no sabemos adónde vas; ¿cómo podemos saber el camino? Jesús le responde: -Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conocerías también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto. Felipe le dice: -Muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le replica: -Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces,

Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre”.

REFLEXIÓN

Comunión perfecta la que se da entre el Padre y el Hijo. Por eso quien me ha visto a mí ha visto al Padre. Porque yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Esta compenetración total entre el Padre y el Hijo se realiza en el Espíritu, que se manifiesta como abrazo divino, como seno de la misma Trinidad.

El hombre ya puede ver a Dios, porque el Hijo nos lo ha revelado. Podemos decir que Jesús de Nazaret, el Cristo, es el vídeo de Dios. Viendo a Jesús, vemos al Padre; escuchando a Jesús, escuchamos al Padre; captando los sentimientos de Jesús, captamos los sentimientos del Padre; contemplando las obras de Jesús, contemplamos las obras del Padre. Viendo a Cristo, vieron la belleza de Dios. Vieron su ternura, su misericordia, su generosidad, su gozo, su humildad, su entrega sin límites, su amorosa libertad.

Los discípulos no acababan de entender, porque realmente no estaban aún capacitados para ello. Se trataba de una realidad que les desbordaba. Si hubieran podido captar alguna luz de este misterio, se hubieran quedado ciegos, tal vez, pero dichosa ceguera. Necesitaban un tratamiento especial.



Pero hay más. Este misterio de comunión desborda y se prolonga hasta nosotros. El Padre está en Cristo y Cristo está en

nosotros. “Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno” (Jn 17,23). Todo el sol en el rostro de Cristo, y la luz de Cristo en cada uno de nosotros. Todo el amor de Dios en el corazón de Cristo, y cada uno de nosotros, un latido de ese corazón.

No es extraño que a Jesús le cueste tanto separarse de los suyos. Les dice: Me voy, pero os llevo en el corazón; me voy, aunque estaré siempre pensando en vosotros; me voy, pero estaremos siempre unidos, y donde estoy yo estaréis también vosotros.

Y además les dice: Me voy, pero me quedo. Yo estaré siempre con vosotros y en vosotros. Descubriréis mi presencia de muchas formas. En cada uno de vosotros hay algo mío. Cuando os reunís, yo estoy en medio. Yo estará sufriendo en el que sufre, esperando en el que espera, amando en el que ama, llorando en el que llora. Yo estaré en el más pequeño y olvidado. Yo seguiré hablando al corazón y partiendo mi pan candeal y tierno. Yo no dejaré de celebrar mi Pascua con vosotros.

Es una primera consecuencia de nuestra unión con Cristo. Si él está con nosotros no tenemos nada que temer. Es el momento de entonar el canto paulino: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Rom 8,35-39). ¿Quién o qué? Nada ni nadie, ni en la vida ni en la muerte. Podemos ser amenazados y heridos, podemos enfermarnos y llorar, pero si él comparte nuestro dolor y nuestras lágrimas, no hay nada que temer. Los pueblos y naciones pueden entrar en guerra, el terrorismo nos llenará de espanto, muchas cosas nos pueden salir mal, pero no tememos, porque Cristo ha vencido al príncipe de este mundo y sigue con nosotros; si él es nuestro aliado, el hombre terminará venciendo al mal.

ENTRA EN TU INTERIOR

NO OS QUEDÉIS SIN JESÚS

Al final de la última cena Jesús comienza a despedirse de los suyos: ya no estará mucho tiempo con ellos. Los discípulos quedan desconcertados y sobrecogidos. Aunque no les habla claramente, todos intuyen que pronto la muerte les arrebatará de su lado. ¿Qué será de ellos sin él?

Jesús los ve hundidos. Es el momento de reafirmarlos en la fe enseñándoles a creer en Dios de manera diferente: «Que no tiemble vuestro corazón. Creed en Dios y creed también en mí». Han de seguir confiando en Dios, pero en adelante han de creer también en él, pues es el mejor camino para creer en Dios.

Jesús les descubre luego un horizonte nuevo. Su muerte no ha de hacer naufragar su fe. En realidad, los deja para encaminarse hacia el misterio del Padre. Pero no los olvidará. Seguirá pensando en ellos. Les preparará un lugar en la casa del Padre y un día volverá para llevárselos consigo. ¡Por fin estarán de nuevo juntos para siempre!

A los discípulos se les hace difícil creer algo tan grandioso. En su corazón se despiertan toda clase de dudas e interrogantes. También a nosotros nos sucede algo parecido: ¿No es todo esto un bello sueño? ¿No es una ilusión engañosa? ¿Quién nos puede garantizar semejante destino? Tomás, con su sentido realista de siempre, sólo le hace una pregunta: ¿Cómo podemos saber el camino que conduce al misterio de Dios?

La respuesta de Jesús es un desafío inesperado: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». No se conoce en la historia de las religiones una afirmación tan audaz. Jesús se ofrece como el camino que podemos recorrer para entrar en el misterio de un Dios Padre. El nos puede descubrir el secreto último de la existencia. El nos puede comunicar la vida plena que anhela el corazón humano.

Son hoy muchos los hombres y mujeres que se han quedado sin caminos hacia Dios. No son ateos. Nunca han rechazado de su vida a Dios de manera consciente. Ni ellos mismos saben si creen o no. Sencillamente, han dejado la Iglesia porque no han encontrado en ella un camino atractivo para buscar con gozo el misterio último de la vida que los creyentes llamamos "Dios".

Al abandonar la Iglesia, algunos han abandonado al mismo tiempo a Jesús. Desde estas modestas líneas, yo os quiero decir algo que bastantes intuís. Jesús es más grande que la Iglesia. No confundáis a Cristo con los cristianos. No confundáis su Evangelio con nuestros sermones. Aunque lo dejéis todo, no os quedéis sin Jesús. En él encontraréis el camino, la verdad y la vida que nosotros no os hemos sabido mostrar. Jesús os puede sorprender.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

La primera comunidad nos ha dado un ejemplo de madurez. Es posible que en nuestras respectivas comunidades necesitemos releer y meditar seriamente esta página que, como otras tantas de los Hechos, establecen criterios fundamentales para la vida de la comunidad.

Estamos viviendo la Pascua y el viento del Espíritu debe airear nuestras así llamadas comunidades cristianas. La Iglesia, en su liturgia, insiste en presentarnos el ideal de los primeros cristianos a través de sus gestos y palabras, para que hoy el árbol no nos impida ver el bosque. Cambiar lo caduco, vitalizar lo anquilosado, purificar lo espúreo..., son tareas que nos incumben a todos. Pascua es también dar vida a las piedras muertas del Templo del Espíritu; porque hemos sido convocados para ***“proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de las tinieblas para entrar en su luz maravillosa”***.

ORACIÓN

Ya conocemos cuál es nuestro camino y hacia dónde tiene que llevarnos. Asumamos nuestro compromiso en la construcción de un mundo mejor para que la liberación de Jesucristo sature todas nuestras estructuras familiares, sociales y políticas.

25 DE MAYO

SEXTO DOMINGO DE PASCUA

1ª Lectura: Hechos 8,5-8.14-17

Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

Salmo 65

Aclamad al Señor, tierra entera.

2ª Lectura: 1 Pedro 3,15-18

Como era hombre, lo mataron; pero, como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida.

PALABRA DEL DÍA

Juan 14,15-21

(o bien Jn 17,1.11a)

“En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulo: -Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros. No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama, lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él”.

REFLEXIÓN

“No os dejaré desamparados”. Palabras consoladoras de Jesús, dirigidas a sus discípulos en la despedida. Manifiestan un amor extraordinario, maternal y responsable. Sabe el Señor que van a sentirse solos, sabe el desgarro y desconcierto que provocará en ellos su muerte, sabe del bache en que van a caer, por eso quiere confortarlos. Pase lo que pase, él no los va a abandonar. Uno es responsable de aquello que ama, y Jesús ama mucho a sus amigos.

No os dejaré desamparados, no os abandonaré a vuestra suerte. Conozco las dificultades y peligros que vais a encontrar. Vuestros enemigos serán poderosos. Sufriréis persecuciones. Os querrán quitar de en medio. Pero no podrán, porque yo seré vuestra defensa y vuestro amparo. No temáis. Me sentiréis siempre a vuestro lado. Experimentaréis una fuerza que no es vuestra, y una alegría que no es explicable. No temáis. Os podrán quitar los bienes, os podrán quitar la vida, pero nadie os quitará vuestra esperanza, vuestra verdadera vida.

Sabréis que yo vivo: ayer, hoy y siempre. Sabréis que yo soy la vida, de manera que todo el que se acerca a mí, vive; todo el que cree en mí, todo el que me sigue, todo el que comparte conmigo, todo el que comulga de mí, se llenará de vida creciente.

Y sabréis que yo soy, sabréis que el Padre está en mí y yo en Él, por eso veréis también al Padre y viviréis, y el Espíritu divino os introducirá en la comunidad divina. Os daréis cuenta que la vida es misterio. Toda la vida, todas las personas y las cosas tienen algo de misterio, porque Dios está en todo. No se puede ver con la razón y la técnica, sino desde el amor y la fe, por eso vosotros lo veréis y viviréis.

Cristo promete a sus discípulos la máxima donación de Dios, el Espíritu Santo, que es la fuerza amorosa de Dios, pero no desde fuera, sino desde dentro. Comunica al que lo recibe un consuelo y una energía insuperables. Convierte la tristeza en gozo, la timidez en valentía, la soledad en amistosa compañía.

Espíritu de verdad y de amor, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Los ojos del mundo son demasiado miopes, porque están acostumbrados a ver cosas materiales, y sólo se interesa por cosas materiales. El Espíritu es invisible a sus ojos. No aparece en sus pantallas, ni en sus máquinas, ni en sus laboratorios.

Vosotros, en cambio, estáis capacitados para recibir el espíritu, porque creéis en Él y estáis abiertos a él. Dentro de poco lo veréis y lo conoceréis, porque vais a experimentar su gozosa presencia.

Esta promesa de Jesús empezó a cumplirse el mismo día de Pascua y después de Pentecostés. Todos los creyentes estaban llenos del Espíritu Santo. Todos se bautizaban no tanto en agua, sino en espíritu, y quedaban transformados, llenos de dones y carismas. Las comunidades cristianas eran manifiestamente comunidades carismáticas. Hoy se nos narra el caso de Samaria, una ciudad transformada en el Espíritu. Felipe, el diácono, inicia la predicación de Jesucristo y bautizaba; Pedro y Juan completan la obra de Felipe con la imposición de manos, como una Confirmación. Y la ciudad se llenó de alegría, que es fruto del Espíritu.

ENTRA EN TU INTERIOR

NO ESTAMOS HUÉRFANOS

Una Iglesia formada por cristianos que se relacionan con un Jesús mal conocido, poco amado y apenas recordado de manera rutinaria, es una Iglesia que corre el riesgo de irse extinguiendo. Una



comunidad cristiana reunida en torno a un Jesús apagado, que no seduce ni toca los corazones, es una comunidad sin futuro. En la Iglesia de Jesús necesitamos urgentemente una calidad nueva en nuestra relación con él. Necesitamos comunidades cristianas marcadas por la experiencia viva de Jesús. Todos podemos contribuir a que en la Iglesia se le sienta y se le viva a Jesús de manera nueva. Podemos hacer que sea más de Jesús, que viva más unida a él. ¿Cómo?

Juan recrea en su evangelio la despedida de Jesús en la última cena. Los discípulos intuyen que dentro de muy poco les será arrebatado. ¿Qué será de ellos sin Jesús? ¿A quién le seguirán? ¿Dónde alimentarán su esperanza? Jesús les habla con ternura especial. Antes de dejarlos, quiere hacerles ver cómo podrán vivir unidos a él, incluso después de su muerte.

Antes que nada, ha de quedar grabado en su corazón algo que no han de olvidar jamás: «No os dejaré huérfanos. Volveré». No han de sentirse nunca solos. Jesús les habla de una experiencia nueva que los envolverá y les hará vivir porque los alcanzará en lo más íntimo de su ser. No los olvidará. Vendrá y estará con ellos.

Jesús no podrá ya ser visto con la luz de este mundo, pero podrá ser captado por sus seguidores con los ojos de la fe. ¿No hemos de cuidar y reavivar mucho más esta presencia de Jesús resucitado en medio de nosotros? ¿Cómo vamos a trabajar por un mundo más humano y una Iglesia más evangélica si no le sentimos a él junto a nosotros?

Jesús les habla de una experiencia nueva que hasta ahora no han conocido sus discípulos mientras lo seguían por los caminos de Galilea: «Sabréis que yo estoy con mi Padre y vosotros conmigo». Esta es la experiencia básica que sostiene nuestra fe. En el fondo de nuestro corazón cristiano sabemos que Jesús está con el Padre y nosotros estamos con él. Esto lo cambia todo.

Esta experiencia está alimentada por el amor: «Al que me ama...yo también lo amaré y me revelaré a él». ¿Es posible seguir a Jesús tomando la cruz cada día, sin amarlo y sin sentirnos amados entrañablemente por él? ¿Es posible evitar la decadencia del cristianismo sin reavivar este amor? ¿Qué fuerza podrá mover a la Iglesia si lo dejamos apagar? ¿Quién podrá llenar el vacío de Jesús? ¿Quién podrá sustituir su presencia viva en medio de nosotros?

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

El Espíritu nos hace ver lo que otros no vieron; comprender lo que aún no se ha comprendido; descubrir lo que no está escrito ni codificado. El Espíritu, si nos abrimos a Él con el silencio y la oración, nos hará vernos a nosotros mismos tal cual somos. Pero su obra no termina allí: hará que esta Iglesia, adormecida en un largo invierno, despierte a la primavera de la Pascua con esperanza, sí, pero también con audacia.

ORACIÓN

Señor, no estamos en tiempos de persecución a muerte en países civilizados. Pero tampoco es momento fácil para tu Iglesia,

continuamente expuesta al escarnio, a la difamación y al desprecio: y yo soy miembro de esa Iglesia. Tu Evangelio no está en sus mejores tiempos de aceptación y valoración social, no es valor en alza, a pesar de ser la mejor síntesis de todo valor humano. En medio de esta sociedad me pides que dé testimonio, pero con la fuerza del Espíritu que me prometes. Sabes que soy débil y me sales al encuentro con la fortaleza del Espíritu. Yo quiero, Señor, estar contigo.

SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA

“No os dejaré huérfanos: os enviaré el Espíritu”. El discurso de despedida de Jesús, que leemos en este tiempo de la Ascensión, se hace oración. Antes de dejar a los suyos, Jesús invoca al Padre por aquellos que ha recibido de su mano.

Recibirán el Espíritu. La Iglesia va a recibir su constitución: no ya un código de mandamiento, sino una ley interior incesantemente reescrita y puesta al día por el Espíritu. De edad en edad, la Iglesia nacerá del Espíritu y será llamada a reencontrar la fuente de su existencia. Vivirá del Espíritu, abandonándose a la pasión de amar que la abrasa.

Los discípulos van a recibir el Espíritu. De siglo, la Iglesia será la caja de resonancia de la Buena Nueva sobre el escenario del mundo; prefigurará la unión de todas las cosas en el amor al Padre.

“¡No os dejaré huérfanos!”. El Espíritu, que hace a la Iglesia, es el don pascual del Señor Jesús. Por tanto, no vamos a celebrar Pentecostés como algo distinto a la Pascua, sino, más bien, como la

eclosión de lo que Jesús ha sembrado venciendo a la muerte. Los cincuenta días del tiempo de Pascua no habrán sido demasiados para acoger al Espíritu de Cristo, vivo para siempre.

En este sentido, somos invitados también a hacer un retiro en el cenáculo esta semana, con María, la madre de Jesús, y los apóstoles, para pedir la efusión del Espíritu. En el curso, a menudo monótono, del tiempo, la celebración litúrgica permite que irrumpen los tiempos de Dios, para que se renueve el gran don pascual. Pedir con insistencia el don del Espíritu durante esta semana que precede a la fiesta de Pentecostés tiene, pues, mucho sentido; repetir incansablemente: “Ven, espíritu Santo”, es profesar en la fe que ciertamente vendrá (nuestra oración no es un grito insensato), pero que su venida depende necesariamente de nuestra petición y de nuestra sumisión a él.

En el Cenáculo estaba presente María. Discretamente. Está con la Iglesia para siempre, como icono de acogida y de fecundidad. En ella, la Palabra se ha hecho carne por el Espíritu, pues “nada es imposible para Dios”: también en la Iglesia la Palabra se hará carne de los hombres, por la fuerza del Espíritu.

1 DE JUNIO

SEPTIMO DOMINGO DE PASCUA

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

1ª Lectura: Hechos 1,1-11

Salmo 46

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.

2ª Lectura: Efesios 1,17-23

Lo sentó a su derecha en el cielo.

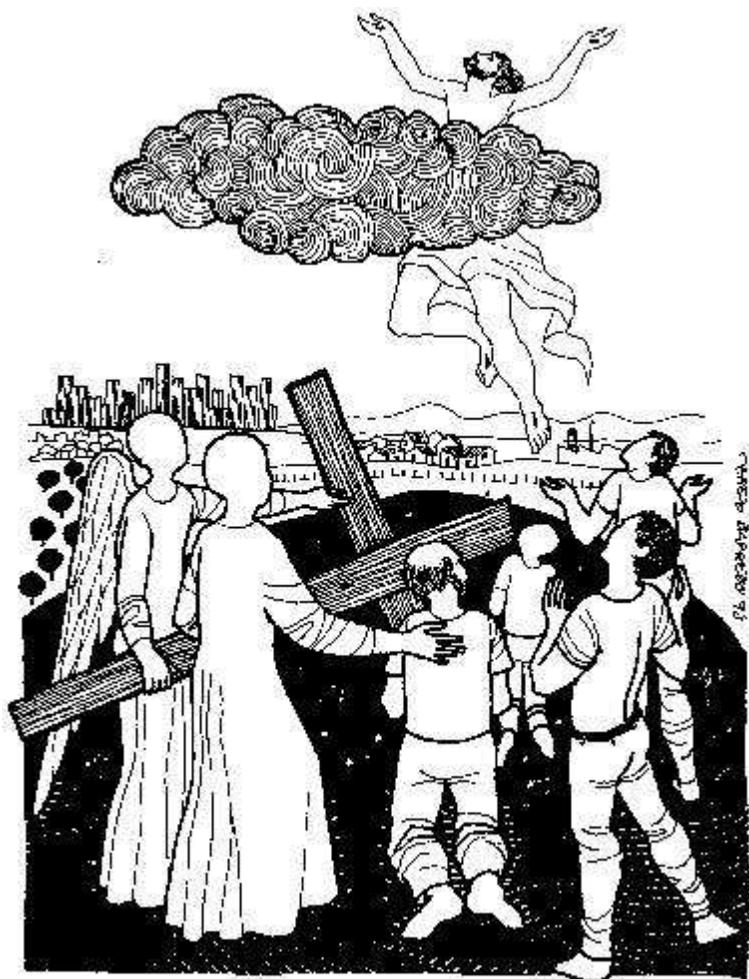
PALABRA DEL DÍA

Mateo 28,16-20

“En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: -Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

REFLEXIÓN

Dos son las ideas, unida una a la otra, que nos han de guiar en esta reflexión: mientras el Señor desaparece visiblemente y es constituido como Señor y Cabeza de la Iglesia, los cristianos están llamados a prolongar su misión salvadora, anunciando la Buena Nueva a todos los hombres. La Ascensión, como preparándonos a la celebración de Pentecostés el próximo domingo, marca el inicio de la



responsabilidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Este es su tiempo, tiempo de evangelizar.

Sabemos ya que Pascua, Ascensión y Pentecostés forman en realidad un único misterio de fe, que comporta tres elementos esenciales: Jesús resucita, sube hasta el Padre y nos envía el Espíritu.

Sin embargo, Lucas, con fines litúrgicos y pedagógicos, separa los tres aspectos para que comprendamos mejor el alcance de cada uno de ellos. Así, mientras en la resurrección se subraya la victoria sobre la muerte, en la Ascensión se enfatiza la entronización de Jesús como Salvador y Señor, y en Pentecostés se inaugura oficialmente el tiempo de la Iglesia con la recepción del Espíritu Santo.

La Ascensión representa el comienzo de nuestro tiempo existencial: ser testigos del Señor Jesús y anunciar su Buena Nueva.

Mirad, Jesús es el que más ha amado, por eso es el Señor. Jesús es el Señor del amor, el Señor de los que aman, en la medida en que nuestra vida se va llenando de amor, Jesús se va “enseñoreando” en ella. Cuando el amor mueve enteramente nuestra vida, Jesús toma definitivamente posesión de ella, es su Señor. Y así, no es que tengamos el amor de Cristo, sino que su amor nos tiene, nos puede, nos dirige y nos domina. Jesús será nuestro Señor en la medida que sea él quien viva en nosotros, en la medida en que nos compenetremos con sus pensamientos, sentimientos y actitudes, en la medida en que nuestra voluntad esté entregada a la suya. Jesús será nuestro Señor cuando podamos decir: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí.

Las últimas palabras del evangelio de Mateo son la mejor noticia. Algunos discípulos le pedían a Jesús: dínos dónde vas a ir; no te vayas, quédate con nosotros; ¿a dónde iremos sin ti?; ¿qué va a ser de nosotros sin ti? Hacemos nuestras sus peticiones. Ahora Jesús les responde y nos responde: Yo estaré con vosotros hasta el fin. Es verdad que voy al Padre y ya no me veréis con vuestros ojos corporales, pero no me voy del todo, me quedo también con vosotros, me podréis ver con los ojos de vuestro corazón, sentiréis mi presencia.

Y os dejaré mi Espíritu, lo mejor de mí mismo, que os hablará de mí y os llenará de mí. Así podré estar con vosotros, de una forma íntima y permanente. Será para vosotros mejor, porque ya nunca estaréis solos, porque comprenderéis mejor mi palabra, porque recibiréis constantemente mi aliento y mi fuerza.

Estos son los milagros del amor. Lo mismo que el amor vence a la muerte, vence también los vacíos. El amor siempre encontrará una manera de estar y hacerse presente, presencia espiritual, pero real. Será una palabra que se graba, una mirada que no se olvida, un gesto que se recuerda, una realidad que está contigo, porque uno no está donde está, sino donde ama, donde tiene su corazón, el alma está más donde ama que donde anima, donde habita.

ENTRA EN TU INTERIOR

LO ESENCIAL DEL CREDO

A lo largo de los siglos, los teólogos cristianos han elaborado profundos estudios sobre la Trinidad. Sin embargo, bastantes

cristianos de nuestros días no logran captar qué tienen que ver con su vida esas admirables doctrinas.

Al parecer, hoy necesitamos oír hablar de Dios con palabras humildes y sencillas, que toquen nuestro pobre corazón, confuso y desalentado, y reconforten nuestra fe vacilante. Necesitamos, tal vez, recuperar lo esencial de nuestro credo para aprender a vivirlo con alegría nueva.

«Creo en Dios Padre, creador del cielo y de la tierra». No estamos solos ante nuestros problemas y conflictos. No vivimos olvidados. Dios es nuestro «Padre» querido. Así lo llamaba Jesús y así lo llamamos nosotros. Él es el origen y la meta de nuestra vida. Nos ha creado a todos sólo por amor, y nos espera a todos con corazón de Padre al final de nuestra peregrinación por este mundo.

Su nombre es hoy olvidado y negado por muchos. Nuestros hijos se van alejando de él, y los creyentes no sabemos contagiarles nuestra fe, pero Dios nos sigue mirando a todos con amor. Aunque vivamos llenos de dudas, no hemos de perder la fe en un Dios Creador y Padre pues habríamos perdido nuestra última esperanza.

«Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor». Es el gran regalo que Dios ha hecho al mundo. Él nos ha contado cómo es el Padre. Para nosotros, Jesús nunca será un hombre más. Mirándolo a él, vemos al Padre: en sus gestos captamos su ternura y comprensión. En él podemos sentir a Dios humano, cercano, amigo.

Este Jesús, el Hijo amado de Dios, nos ha animado a construir una vida más fraterna y dichosa para todos. Es lo que más quiere el Padre. Nos ha indicado, además, el camino a seguir: «Sed

compasivos como vuestro Padre es compasivo». Si olvidamos a Jesús, ¿quién ocupará su vacío?, ¿quién nos podrá ofrecer su luz y su esperanza?

«Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida». Este misterio de Dios no es algo lejano. Está presente en el fondo de cada uno de nosotros. Lo podemos captar como Espíritu que alienta nuestras vidas, como Amor que nos lleva hacia los que sufren. Este Espíritu es lo mejor que hay dentro de nosotros.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Cristo dejó su huella indeleble en todas las cosas. La marca de la cruz, de su amor entregado, está en el corazón del mundo. Y está, sabemos, en todas las personas, especialmente en los que llevan alguna cruz pesada. Es otro milagro del amor misericordioso, que convierte el sufrimiento en gracia. Donde hay herida, donde hay pobreza; donde hay necesidad, allí está el buen samaritano de todos los tiempos, Jesucristo, con sus medicinas y con su espíritu. Es una presencia que no nos abandona, porque, por desgracia, el sufrimiento acompaña siempre a los hermanos.

ORACIÓN

Hasta salimos ganando, con la Ascensión de Jesús:

- Porque está más dentro de nosotros, en la mayor intimidad.
- Porque puede estar con todos nosotros, sin limitación de espacio.

- Porque puede estar siempre con nosotros, sin limitación de tiempo.
- Porque está con nosotros en su Espíritu, la presencia más lograda y más rica. Es una presencia divina que acompaña y transforma. Es como si el mismo Cristo viviera en nosotros, hasta convertirnos en otros Cristos. Presencia dinámica y transformadora.
- Porque está con nosotros en el pan que se parte y se comparte y en los sacramentos, presencia real, que acompaña, consuela, fortalece y alimenta.
- Porque está con nosotros en los hermanos, en los que le recuerdan y le aman, en los que le comulgan, en los que se unen, en los que se comprometen.
- Porque está con nosotros en los pobres y en los que sufren, presencia ardiente, llagas dolorosas del cuerpo del señor...

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, nos dé espíritu de sabiduría para conocerlo, e ilumine nuestros ojos para que comprendamos cuál es la esperanza a la que hemos sido llamados y cuál la fuerza que desplegó en Jesucristo resucitándolo de la muerte y constituyéndolo Señor de todo lo creado y Cabeza d

8 DE JUNIO

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

(DÍA DE LA ACCIÓN CATÓLICA Y DEL APOSTOLADO SEGLAR)

1ª Lectura: Hechos 2,1-11

Salmo 103

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

2ª Lectura: 1 Corintios 12,3b-7.12-13

Hemos sido bautizados en un mismo espíritu.

PALABRA DEL DÍA

Juan 20,19-23

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros” Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

REFLEXIÓN

El Espíritu Santo es como el Sopro de Dios. En hebreo *Ruah* significa a la vez espíritu y sopro o viento; también en griego: *Pneuma*. Parece que el sopro, el aliento, el viento es algo más espiritual, porque no se ve, pero se siente su vitalidad y su fuerza. Hay realidades que están más allá o más adentro de nuestra perspectiva.



El mismo Jesús compara el Espíritu a lo que sucede con el viento: “El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu, le dice Jesús a Nicodemo. No vemos el Espíritu, pero oímos su voz. No sabemos definir bien el Espíritu, pero experimentamos su dinamismo creador, vivificante. Nos resulta imposible explicar, siquiera analógicamente, el origen y la misma identidad del Espíritu, pero sentimos su presencia y palpamos la multiplicidad de sus actuaciones y sus efectos. Por eso las mejores definiciones del Espíritu son descriptivas o simbólicas.

Pero este Aliento actúa desde dentro, oxigenando nuestras neuronas, vitalizando nuestras células, como la savia de todo el organismo. No es una fuerza externa que nos obligue y nos conduzca. Es un dinamismo íntimo que nos hace ser y crecer.

El aliento que Jesús transmite a los suyos, es el mismo Espíritu en persona: Recibid el Espíritu Santo. No reciben solamente una iluminación, una consolación, una fuerza, un don, reciben todo el Espíritu Santo, la fuente de todas las gracias y el tesoro que encierra todos los dones. No reciben una parte del Espíritu, sino todo el Espíritu.

La misión del Espíritu es llenarnos de la Vida de Jesús, asemejarnos a Cristo en todo. Él nos habla de Cristo. Él va pintando en nosotros la imagen de Cristo. Él nos recrea con la misma “genética” de Cristo.

Donde hay Espíritu no hay miedo. Cuando llega el Espíritu se abren las puertas cerradas, se habla claro y bonito, se dicen las verdades delante de todos los públicos. Eso sí, con respeto y con misericordia, sin amenazas ni insultos.

Donde hay Espíritu hay libertad. El Espíritu está reñido con la esclavitud, sea interior –todo lo que te ata-, sea exterior, por condicionamientos de cualquier tipo. El que tiene el Espíritu respeta, pero no se doblga ante nada ni ante nadie; no adora a los poderosos o a los líderes o a los sabios o al dinero o al ambiente cultural y social... Sólo adora a Dios.

Donde hay Espíritu hay fortaleza y paciencia. Se asume la persecución, la cárcel, los azotes. El Espíritu conforta y consuela en la lucha, en la enfermedad, en la humillación. El Espíritu es el que unge a los mártires y a cuantos sufren por la fe y por el amor.

Donde hay Espíritu hay generosidad. El Espíritu es Don y capacidad de donar. El Espíritu no es posesivo, sino comunicativo. Nada retiene, libre como el aire. Comparte cuanto es y cuanto tiene. Y siempre desde la gratuidad, no es interesado, es gracia.

Donde hay Espíritu hay amor. Claro, el Espíritu se define como el Amor de Dios personalizado. Amor de Dios derramado en nuestros corazones. En el fondo, cuando hablamos de energía, de fortaleza, de libertad, de generosidad, estamos hablando de resplandores de una misma realidad, que es el amor. Desde el amor nos hacemos libres, valientes, pacientes, generosos, entregados. Desde el Espíritu podemos amar como nos amó Jesucristo.

ENTRA EN TU INTERIOR

Recibid el Espíritu

Poco a poco, vamos aprendiendo a vivir sin interioridad. Ya no necesitamos estar en contacto con lo mejor que hay dentro de nosotros. Nos basta con vivir entretenidos. Nos contentamos con funcionar sin alma y alimentarnos solo de pan. No queremos exponernos a buscar la verdad. **Ven Espíritu Santo y libéranos del vacío interior.** Ya sabemos vivir sin raíces y sin metas. Nos basta con dejarnos programar desde fuera. Nos movemos y agitamos sin cesar, pero no sabemos qué queremos ni hacia dónde vamos. Estamos cada vez mejor informados, pero nos sentimos más perdidos que nunca. **Ven Espíritu Santo y libéranos de la desorientación.**

Apenas nos interesan ya las grandes cuestiones de la existencia. No nos preocupa quedarnos sin luz para enfrentarnos a la vida. Nos hemos hecho más escépticos pero también más frágiles e inseguros. Queremos ser inteligentes y lúcidos. ¿Por qué no encontramos sosiego y paz? ¿Por qué nos visita tanto la tristeza? **Ven Espíritu Santo y libéranos de la oscuridad interior.**

Queremos vivir más, vivir mejor, vivir más tiempo, pero ¿vivir qué? Queremos sentirnos bien, sentirnos mejor, pero ¿sentir qué? Buscamos disfrutar intensamente de la vida, sacarle el máximo jugo, pero no nos contentamos solo con pasarlo bien. Hacemos lo que nos

apetece. Apenas hay prohibiciones ni terrenos vedados. ¿Por qué queremos algo diferente? **Ven Espíritu Santo y enséñanos a vivir.**

Queremos ser libres e independientes, y nos encontramos cada vez más solos. Necesitamos vivir y nos encerramos en nuestro pequeño mundo, a veces tan aburrido. Necesitamos sentirnos queridos y no sabemos crear contactos vivos y amistosos. Al sexo le llamamos “amor” y al placer “felicidad”, pero ¿quién saciará nuestra sed? **Ven Espíritu Santo y enséñanos a amar.**

En nuestra vida ya no hay sitio para Dios. Su presencia ha quedado reprimida o atrofiada dentro de nosotros. Llenos de ruidos por dentro, ya no podemos escuchar su voz. Volcados en mil deseos y sensaciones, no acertamos a percibir su cercanía. Sabemos hablar con todos menos con él. Hemos aprendido a vivir de espaldas al Misterio. **Ven Espíritu Santo y enséñanos a creer.**

Creyentes y no creyentes, poco creyentes y malos creyentes, así peregrinamos todos muchas veces por la vida. En la fiesta cristiana del Espíritu Santo a todos nos dice Jesús lo que un día dijo a sus discípulos exhalando sobre ellos su aliento: **“Recibid el Espíritu Santo”**. Ese Espíritu que sostiene nuestras pobres vidas y alienta

nuestra débil fe puede penetrar en nosotros por caminos que solo él conoce.

José Antonio Pagola

ORA EN TU INTERIOR

Sabemos muy bien que todo lo que somos ha sido un don de Dios y, por eso, nos queremos dirigir a él con las manos totalmente vacías para acoger sus dones, los dones del Espíritu.

DON DE LA SABIDURÍA: Sabemos que Dios nos ha dado una nueva identidad, nos ha marcado con su Espíritu; por eso pedimos la fuerza necesaria para ser capaces de vivir sin temor la libertad que supone el hecho de ser bautizados.

También queremos ofrecer nuestra capacidad de ir a fondo para descubrir la profundidad de este misterio, para conocer, madurar y saborear, cada vez más, nuestra fe.

DON DE ENTENDIMIENTO: Entendemos que Dios nos acoge siempre, para lo que pase; y por eso pedimos que en la comunidad nos acojamos también con la misma incondicionalidad.

Queremos ofrecer nuestra espontaneidad y apertura para afrontar cualquier situación.

DON DE CONSEJO: No tenemos demasiadas cosas, pero sí un camino que recorrer, por eso pedimos no ir solos en este camino.

Ofrecemos la voluntad de aprovechar cada etapa de nuestro crecimiento y maduración en la fe, conscientes de que, en cada momento, Dios nos sale al encuentro.

DON DE FORTALEZA: También queremos llegar muy arriba; y por eso pedimos el apoyo y la ayuda de Dios y de los hermanos, fuertemente unidos y parando los golpes que nos pueda traer la vida.

DON DE PIEDAD: También queremos pedir que la comunidad nos ayude a vivir una espiritualidad firme y sólida, a fin de escuchar la voz de Dios y poder responder a ella.

Ofrecemos nuestra necesidad de interiorización, oración y recogimiento, para experimentar silencios llenos en lugar de palabras vacías.

DON DE CIENCIA: Queremos pedir también un esfuerzo conjunto para intentar adaptarnos a los signos de los tiempos, para dar respuesta a las necesidades de hoy, fundamentalmente en las verdades de siempre.

DON DE FIDELIDAD A DIOS: La mano de Dios la encontramos en los testimonios de la comunidad por esto pedimos que los cristianos seamos siempre un ejemplo a seguir para todos. Ofrecemos nuestro compromiso y nuestra fidelidad a Dios intentando siempre, dar una respuesta de fe.

ORACIÓN

- “Revestíos de la fuerza que brota del Espíritu y convertíos en constructores de un mundo nuevo, un mundo diferente, fundado en la verdad, la justicia, la solidaridad y el amor”. (Beato Papa Juan Pablo II a los jóvenes, 1991).

TERMINA EL TIEMPO PASCUAL

SE REANUDA EL TIEMPO ORDINARIO EN SU DÉCIMA SEMANA

15 DE JUNIO

DOMINGO: SANTÍSIMA TRINIDAD

DÍA PRO ORANTIBUS

1ª Lectura: Éxodo 34,4b-6.8-9

Salmo: Dn 3,52-56

A ti gloria y alabanza por los siglos.

2ª Lectura: 2 Corintios 13,11-13

La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo.

PALABRA DEL DÍA

Juan 3,16-18

“Dijo Jesús a Nicodemo: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será condenado; el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del hijo único de Dios”.

REFLEXIÓN

Profesamos nuestra fe en Dios uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La profesamos desde nuestro bautismo, fuimos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hasta que morimos abrazados a la cruz. La profesamos en nuestras oraciones, signos y bendiciones, catequesis y enseñanzas, cantos y tradiciones.

Aunque no hemos sido muy conscientes de la importancia espiritual de este misterio, hoy, por la gracia de Dios, sabemos que es fuente, marca y meta de toda nuestra vida.

- Fuente: Tres corrientes en una, origen de toda vida y toda gracia.
- Marca: Estamos hechos a su imagen, con dinamismo de comunión.
- Meta: “Nos has hecho, Señor, para ti”, decía san Agustín. Caminamos hacia el abrazo trinitario.

El Padre, decía san Juan de la Cruz, es mano blanda. Blanda por la ternura y la misericordia. Pero es también mano fuerte, creadora y protectora. De sus dedos salieron las espirales de las estrellas, la vida innumerable, las figuras del hombre y la mujer, bien moldeados.

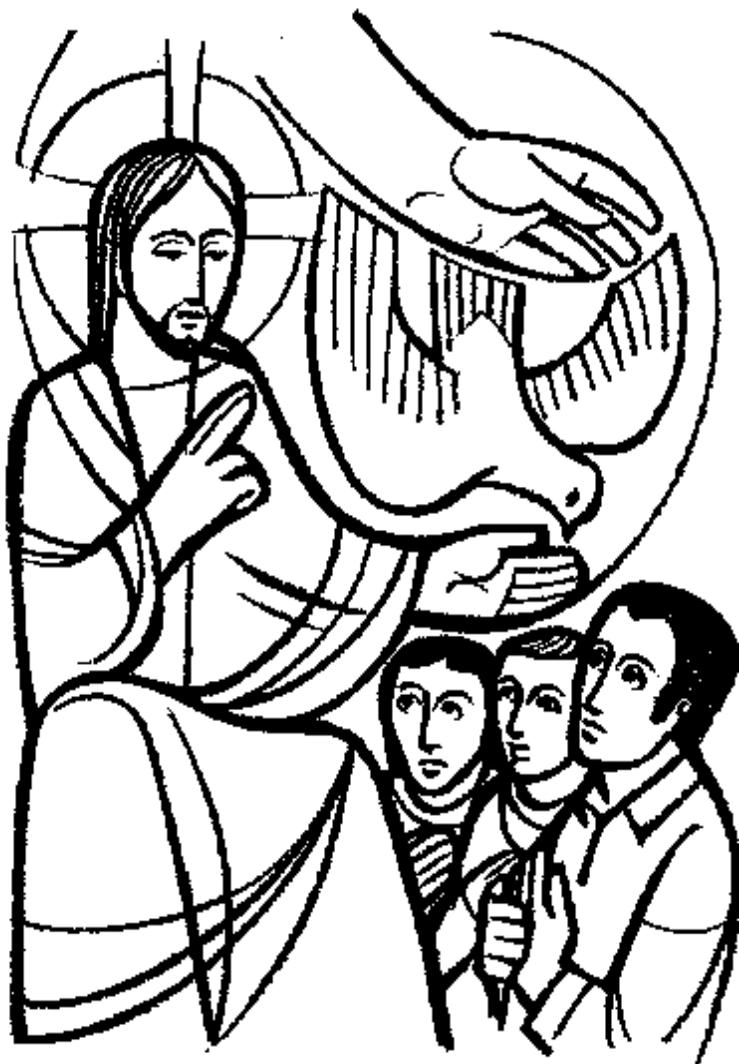
El Hijo es “toque delicado”, carne de nuestra carne. Su toque era curativo y amistoso. Su toque era transmisión de gracias. Su toque elevaba y dignificaba. Después se dejó tocar y traspasar para redimirnos y salvarnos.

El Espíritu es “llama viva”, que purifica y transforma, da calor y amistad, embellece y transfigura. De su llama se desprenden inflamaciones de amor. Ya nunca tendremos miedo, porque en Él estamos encendidos.

Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidos en fuerte abrazo, viviendo la comunión perfecta, sosteniendo y recreando la vida toda, desbordando en hijos y familias, tan distintos, tan iguales, sostén y fundamento de todo lo creado.

Dios Padre, que es creación, amor. Dios es amor. Dios Hijo, que es el camino que tenemos que recorrer, la verdad que tenemos que creer y la vida que tenemos que vivir. Dios Espíritu Santo, que es donación, comunicación, comunión.

¿En qué Dios creemos?



¿En un Dios serio, justiciero. En un Dios que premia a los buenos y castiga a los malos?

ENTRA Y ORA EN TU INTERIOR

Yo creo:

- En un Dios que es todo corazón, compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.
- En un Dios-Padre, fuente de vida, generosidad desbordante.
- En un Dios-Hijo, palabra eterna del Padre por la que todo vino a la existencia, que paso por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal porque Dios estaba con él.
- En un Dios-Espíritu Santo, llama viva, fuerza desbordante, comunión profunda, alma de la Iglesia.
- Creo en un Dios siempre alegre, uno y trino, comunidad, familia, las tres divinas personas en comunión de vida y amor.

Creo también que este Dios bueno no quiso quedarse tanta bondad para él solo y creó al hombre: A imagen de Dios los creó, hombre y mujer los creó.

Tres veces repite el libro del Génesis en el relato de la creación, en un solo versículo, que el hombre es una imagen de Dios.

Por eso, también necesito creer en el hombre:

- En un hombre que sea donación, como Dios. Aprendamos a dar y a darnos, a compartir bienes y talentos, a abrir la mano y el corazón al otro.
- En un hombre que sea comunicación. Como dios, el hombre tiene la palabra. Porque frente a la incomunicación y a la confusión de Babel, está Pentecostés.

- En un hombre que sea comunión. Creer en la Trinidad es optar por la comunión entre los hombres. Por eso debemos sentirnos felices cuando vivimos nuestra fe en comunidad de fe y amor en la eucaristía.

Solo Dios puede colmar la insatisfacción del hombre, solo él puede colmar nuestra sed: “El que tenga sed, que venga a mí y beba”, decía Jesús.

Tenemos sed de muchas cosas, pero solo él puede calmar nuestra sed, es lo que san Agustín expresaba tan certera y bellamente:

“Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti”.

Dios es pues nuestra meta. Hacia Él caminamos todos, aunque no lo sepamos. En todas nuestras búsquedas sinceras Dios se hace el encontradizo.

Cuando deseamos un mundo mejor, cuando nos comprometemos con la paz y la solidaridad, estamos deseando a Dios. Cuando tenemos hambre y sed de justicia, estamos deseando a Dios. Cuando buscamos la verdad, la felicidad de los hermanos, sobre todo de los que más lo necesitan estamos deseando a Dios.

Y nos encaminamos hacia el Dios uno y Trino, cuando nos queremos, cuando formamos una familia, una comunidad unida en la fe, en la esperanza y en la caridad, cuando trabajamos por la reconciliación entre los hombres. Cuando amamos de verdad, estamos dando pasos hacia la Trinidad.

22 DE JUNIO

JUEVES O DOMINGO DESPUÉS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

(DÍA NACIONAL DE CARIDAD)

1ª Lectura: Deuteronomio 8,2-3

Salmo 147

Glorifica al Señor, Jerusalén.

2ª Lectura: 1 Corintios 10,16-17

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo.

PALABRA DEL DÍA

Juan 6,51-58

“Dijo Jesús a los judíos: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”. Disputaban entonces los judíos entre sí: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?. Entonces Jesús les dijo: Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi carne es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo

modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron. El que come este pan vivirá para siempre”.

REFLEXIÓN

Celebramos la fiesta del Cuerpo y la Sangre del Señor. Y lo hacemos con reconocimiento y gratitud inmensa. Celebramos el misterio de nuestra salvación. La mesa está aquí, en el centro de nuestra reunión. El pan partido y el cáliz rebosante están significando muchas cosas: hay recuerdos, hay presencia, hay banquete, hay común-unión, hay anuncio, hay compromiso, y, sobre todo y en todo, hay un amor misterioso, un amor propio de Dios.

Esta mesa está aquí, en el centro, pero está también en el centro de la Iglesia, está también en el centro del mundo. Es un centro que expande energía liberadora en todas direcciones y en todos los niveles. A esa mesa pueden acudir todos los que tienen hambre y sed, todos los que sienten frío, todos los que sufren de soledad y tristeza, todos los desesperanzados, los que no encuentran sentido a su vida, todos los acobardados, todos los que están excluidos o carecen de libertad, todos los que no se entienden o no se quieren, todos los que están cargados y agobiados, todos los que, de una u otra manera, están heridos.

Pero a esta mesa deben acercarse también los que están llenos de luz y esperanza, los que se sienten bendecidos y queridos, los que tienen hambre y sed de justicia, los que tienen ansias de crecimiento y de frutos, los que quieren servir mejor y comprometerse, los que desean más amistad y más comunión.



Esta mesa es lugar de encuentro no sólo para las personas, sino para los grupos, para las comunidades, para las iglesias, para los

pueblos. Hay medicina, alimento y energía para todos. Ayuda a ver mejor los problemas y a superarlos, a quitar prejuicios y crecer en la unidad, a vivir más cercanos y solidarios, a olvidarse de sí y vivir para el otro o para los otros. Ayuda a crecer en libertad, en solidaridad, en comunión, en amor.

ENTRA EN TU INTERIOR

LO DECISIVO ES TENER HAMBRE

El evangelista Juan utiliza un lenguaje muy fuerte para insistir en la necesidad de alimentar la comunión con Jesucristo. Sólo así experimentaremos en nosotros su propia vida. Según él, es necesario comer a Jesús: «El que me come a mí, vivirá por mí».

El lenguaje adquiere un carácter todavía más agresivo cuando dice que hay que comer la carne de Jesús y beber su sangre. El texto es rotundo. «Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él».

Este lenguaje ya no produce impacto alguno entre los cristianos. Habitados a escucharlo desde niños, tendemos a pensar en lo que venimos haciendo desde la primera comunión. Todos conocemos la doctrina aprendida en el catecismo: en el momento de comulgar, Cristo se hace presente en nosotros por la gracia del sacramento de la eucaristía.

Por desgracia, todo puede quedar más de una vez en doctrina pensada y aceptada piadosamente. Pero, con frecuencia, nos falta la experiencia de incorporar a Cristo a nuestra vida

concreta. No sabemos cómo abrirnos a él para que nutra con su Espíritu nuestra vida y la vaya haciendo más humana y más evangélica.

Comer a Cristo es mucho más que adelantarnos distraídamente a cumplir el rito sacramental de recibir el pan consagrado. Comulgar con Cristo exige un acto de fe y apertura de especial intensidad, que se puede vivir sobre todo en el momento de la comunión sacramental, pero también en otras experiencias de contacto vital con Jesús.

Lo decisivo es tener hambre de Jesús. Buscar desde lo más profundo encontramos con él. Abrirnos a su verdad para que nos marque con su Espíritu y potencie lo mejor que hay en nosotros. Dejarle que ilumine y transforme las zonas de nuestra vida que están todavía sin evangelizar.

Entonces, alimentarnos de Jesús es volver a lo más genuino, lo más simple y más auténtico de su Evangelio; interiorizar sus actitudes más básicas y esenciales; encender en nosotros el instinto de vivir como él; despertar nuestra conciencia de discípulos y seguidores para hacer de él el centro de nuestra vida. Sin cristianos que se alimenten de Jesús, la Iglesia languidece sin remedio.

ORA EN TU INTERIOR

NO SE PUEDE SEPARAR LA EUCARISTÍA DE LA CARIDAD

La Eucaristía es acción de gracias y la caridad reconocimiento: Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos.

La Eucaristía es alabanza de las maravillas de Dios; la caridad, hace vivo el amor de Cristo: amaos los unos a los otros como yo os he amado.

La Eucaristía es sacrificio y la caridad amor en la entrega: aunque me dejara quemar vivo, si no tengo caridad de nada me sirve, dice Pablo en 1 Cor 13.

La Eucaristía es presencia escondida. La caridad es coherencia y sinceridad: el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo va a amar a Dios al que no ve?

La Eucaristía, en fin, es fuente y cima de la vida cristiana. Y la caridad es la señal de que somos reconocidos como discípulos de Cristo: en esto se conoce que sois discípulos míos, en el amor que exista entre vosotros. Esta será la medida con la que nos medirán en el último día.

Esperamos, por la misericordia de Dios, escuchar en aquel momento, las palabras: “Venid benditos de mi Padre, heredad el reino que os tenía preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre y me distéis de comer, tuve sed y me distéis de beber, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis en la cárcel y vinisteis a verme”. Y tendremos que responder bendito tú, Señor, porque yo era el hambriento y me diste el pan del cielo que es tu cuerpo. Porque yo era el sediento y me diste a beber la copa de tu sangre. Y los justos irán a la vida eterna.

ORACIÓN FINAL

¡Oh Dios! Que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tu pasión, concédenos como te pedimos, venerar de tal modo los sagrados misterios de tu cuerpo y de tu sangre, que experimentemos, constantemente en nosotros, los frutos de tu redención. Amén.



